



Felipe Trigo

Así paga el diablo...

2003 - Reservados todos los derechos

Permitido el uso sin fines comerciales

Felipe Trigo

Así paga el diablo...

Así paga el diablo

- I -

Sentíase esta tarde perezoso, Juan.

Miraba caer la lluvia en el jardín, por los cristales.

Había comido mucho. Callos. Le gustaban. Aquí, al estar como diciéndoselo su estómago y su conciencia, recta, escrupulosa, sufría por ello un poco de rubor. Para venir a este magnífico hotel, a esta mansión aristocrática un joven, además, que habíase puesto en camino de ser tantas grandes cosas en la vida, no debiera comer callos. Si eructase dejaría en la biblioteca un tufillo mesonil. Si entrase Garona después, lo advertiría... Y ¿qué iba a pensar de él este pulcro prócer, este poderoso y bondadoso protector que era como su Dios y su padre.

Sí, hoy se había hartado de callos... por sorpresa; pusiéronselos como extraordinario en el almuerzo -en la casa digna, o al menos limpia y seria, donde pagaba cuatro pesetas de hospedaje. Y era que, de los tiempos en que pagaba dos, conservaba él el plebeyo gusto por los callos y judías y manos de cordero y otra porción de cosas de taberna.

Bruuu... Eructó... ¡no pudo menos! Rojo de vergüenza miró en torno. Nadie. Una flaqueza. Sacó el pañuelo y lo sacudió, aventando el posible olor villano por la amplia biblioteca.

Sin embargo, físicamente, se quedó más descansado. Tendría que ir combatiéndose, una porción de antiguos hábitos groseros. Cosas de aquella humilde Gerona, donde no enseñaban los maestros nada de una fina educación. Cosas, también, de este Madrid, del Ateneo, en cuya biblioteca no encontraban los jóvenes y estudiosos provincianos tratados de urbanidad.

Por ejemplo, el Sr. Garona, cuando fue tomando con él estas paternales confianzas, le dijo un día: «Querido Juan, ¿por qué no se limpia usted los dientes?» Y otro día: «Querido Juan, ¿por qué no se corta usted las uñas y se hace lustrar las botas a diario?... Las botas deben estar siempre como espejos y las uñas a rape y limpias con cepillo y jabón». Y otro día, por fin: «Querido Juan, ¿por qué no se riza el bigote, cortándose un poco las guías?... Así, lacias, como las tiene usted tan largas se las retuerce al escribir, hay veces que le quedan una para arriba y otra para abajo. Los dientes, ya veo que se los limpió; mas no basta: debe usted ir a un dentista».

Ah, qué razón tenía el Sr. Garona, cuyo talento abarcaba todos los detalles!... Fue Juan al dentista, y éste le hizo saltar el sarro de los dientes.

Al salir, ya con el bigote cortado y rizado, se desconoció ante el espejo de su casa. Una dentadura perfecta, ideal, sobre la que, aumentaban su frescura los labios sonrosados. Estaba guapo... ¡guapo!

No, no era vanidad. Él, sin dejar de haber tenido sus antojos y sus más o menos necias horas de pasión, no podía llamarse hombre de mujeres; pero el trato con Garona le iba convenciendo de que asimismo en un político, en un orador parlamentario, un bello y simpático aspecto personal entra por mucho. Desde que tuvo la plena posesión de esta verdad, imitó a Garona cuanto pudo.

Un par de trajes, barbero cada día, dentífricos, y cuellos y corbatas del mismo corte y del tono de matices de Garona, quien también le había advertido últimamente: -«Sí, Juanito, mire usted, en casa, a mi mujer y a mí nos gusta de una manera exagerada la limpieza. A ese otro chico secretario que teníamos, no lo pudimos soportar. Era poco grata su figura. A más, le olía el aliento; y mi mujer, sobre todo, lo advertía en cualquier habitación, con sólo que la hubiese cruzado el secretario».

Sintió ruido Juan, y se volvió. No, no era nadie. Sin embargo, volvió a aventar el aire alrededor con el pañuelo.

Al poco, en otro balcón volvió a pararse detrás de los cristales. Llovía menos. Llovía con esa tenaz serenidad de los otoños en que le da por llover. Las hojas de los árboles pingaban. Los pobres gorriones, con las plumas en ovillo, no dejaban de volar, buscando donde guarecerse.

De pronto, se abrió la verja, y volaron los gorriones, espantados. Una doncella del hotel llegaba, sin paraguas, de algún recado de la vecindad. Traía las faldas recogidas, e inclinaba la rubia cabeza hacia adelante, por evitarse en la cara la lluvia. Curvada así, medio corriendo, cruzó el jardín. Pero al tomar el sendero de esta puerta de servicio, se encontró cortada por un charco. Entonces se alzó más las faldas con ambas manos... ¡y cuánto, caramba... la bota, la media... hasta las corvas!... y pasó. En la escalerilla, aún véale Juan las piernas... ¡Vaya unas piernas, la niña!... Creería la pobre que nadie estuvo viéndola cruzar...

El caso es que con mirarle las piernas no había tenido tiempo de mirarle la cara a la muchacha. ¿Era bonita?... Rubia, sí; esto lo vió. Luego no eran Martina, el ama de llaves, ni Andrea. Nueva.

Se entró Juan hacia el fondo, tratando de olvidar el suceso picaresco. Lo cierto es que no le caería esta chica completamente mal después de haber comido tanto.

Pero le hirió en seguida la desconsideración de su deseo. Él no había venido al noble hogar de su protector para conquistar doncellas, ni para desear siquiera a las doncellas.

Compuso el gesto en dignidad, y pensó, con desprecio de sí mismo y de su estómago, que el mucho comer dispone el organismo a la pereza y a la más grosera liviandad. Volvió al rincón de las Gacetas y notó que todavía costábale trabajo doblarse y trepar por la escalera portátil.

Paseó de nuevo, tratando de poblar su mente con ideas del Diario de Sesiones.

«¡Ah, señores!, yo entiendo que la conducta de esa minoría pone en grave riesgo la pública tranquilidad. Amáis el motín. Esos aplausos al Sr. Soriano, que no es en el Parlamento español sino el representante de la procacidad y de la anarquía moral más espantosa...»

Se detuvo. En primer lugar, porque había ido alzando la voz sin quererlo, seducido por sus musicales inflexiones, y sería ridículo que cualquier sirviente le oyese desde fuera. En segundo lugar, porque Soriano, lejos de ser un diputado que contestase con ideas a las ideas, en seguida tiraba de lance, y hacía todo cuestión personal...; esto, a Juan, pacífico de suyo, le inquietaba..., si no de presente, de porvenir..., ante la eventualidad de que él, cuando lo fuese, tuviese que ser un diputado que no aludiera jamás al arisco diputado por Valencia. Pero, en fin, si ayer hubiera sido Rodríguez Sampedro, con ese vigor hubiese empezado él su réplica a Soriano.

Facha tenía Juan, ¡qué caramba! Con el fin de volver a comprobarlo, como siempre que se le ocurría la duda, pasó a la estancia contigua, en donde había un enorme espejo. Era un saloncito amarillo, de damasco, para fumar cuando se daba el té en la biblioteca.

Se puso ante el espejo y se miró. Marcó una reverencia, como si fuera el dueño del hotel que recibía a un amigo. Sonrió. Así inmóvil, con esta sonrisita que era, después de todo, la suya habitual (aunque acentuada ahora que tenía los dientes limpios), su aspecto resultaba amable y dulce. No muy alto. Sonrosado y gordito desde que poseía interior tranquilidad y pagaba cuatro pesetas del hospedaje. Elegante, desde que hacía los trajes de veinticinco duros el mismo sastrero que a Garona. Rubio, con los ojos medio verdes y con aquel profundo reposo de sabio en la faz, él mismo se sorprendía, aunque sin sorpresa, de que desde hacía dos meses le mirasen las señoritas por la calle. Sin sorpresa, porque le explicaba el agrado de ellas su radical transformación: antes no le miraba ninguna. Pero con sorpresa, al mismo tiempo, por la estultez de las mujeres, incapaces de comprender que un joven de veinte años se embelleciese y cuidase por resultar algún día un perfecto parlamentario con todos los perfiles.

Alzó un brazo, ensayando otro gesto de oratoria, y... lo volvió a bajar, por dos veces, de hombre y de mujer, que acababan de hacer irrupción en el billar, tejiendo un diálogo:

-¿Conque te irás resueltamente?

-Que sí, vidita.

-¿Y por mucho tiempo?

-¡No sé! ¡Ya ves, afecto a la embajada!

-Claro; tú lo que tienes es ganas de ver París.

-¿Yo?... ¡Bah!

-Te conozco bien.

-Que no, vidita. Te juro que no ha nombrado el gobierno. Yo no, ¡por ti me resistía!

-¡Bah, no merecías ni que te despidiese; pero en fin!

-¡Qué buena eres!

Sonaron besos. Juan se acercó intrigado a la leve entreabertura que dejaban las cortinas.

Por la puerta del fondo del billar desaparecía don Gaspar (el joven y elocuente diputado protegido de Garona), abrazando a una mujer rubia.

¡Ah! ¿Quién era esta mujer?... La indignación y el asombro tenían trémulo a Juanito. Rubia..., mas no le vió el rostro. Habíanle parecido sedas y encajes los de su vestido. Una especie de gran bata de casa. ¿Quién era? ¿Una dama que entraba de la calle para avistarse con los amigos de Garona?... No, imposible. Nada de traje de calle, ni tocado..., y rubia, rubia como la doncella que cruzó antes el jardín.

Para ser la doncella, sin embargo, le sobraban lujos y estatura.

¡Oh! ¡oh! ¡ah!... ¿Quién era esta mujer?. Pensó en las intrigas de tragedia y de misterio que suele haber en los alcázares, en los palacios, en estos modernos y aristocráticos hoteles, también, sin duda...; y un poco sobrecogido y aterrado se retiró a la biblioteca. Él, humilde servidor, después de todo, no tenía derecho alguno a espiar, a intervenir en la vida íntima y cordial de esta mansión.

Como si el delito fuese suyo, por haber estado en donde no debía, se puso con más fervor que jamás a seguir ordenando las Gacetas.

Durante toda la tarde pensó mil cosas, acerca del incidente. La dama sería quizás alguna amante que Garona tendría en las profundidades del hotel para consuelo de la ausencia de su esposa. La dama podría ser una de las tantas amigas galantes con que Garona y sus íntimos celebrasen por el otro lado de la casa alguna juerga regia. Sin embargo, no creía que Garona fuese hombre de estos trotes, y rechazaba ambos supuestos. ¡La doncella rubia, por lo tanto..., pescada al paso, en un pasillo, por el elegante don Gaspar!

Seguía, seguía poniendo Gacetas en los altos anaqueles.

Seguía, seguía pensando en el asunto, al mismo tiempo.

La falta de don Caspar, si ella fuese la doncella, no sería tan grave. Pero la lealtad, la gratitud que Juan sentía en el mismo corazón hacia Garona, impulsáronle a meditar si debía contarle a su protector el suceso. Mas si le detenía esta moral obligación (querido y estimado, cual estaba él por el prohombre, como un hijo, antes que como un simple empleado de la casa), si la dama aquella fuese la amante de Garona. En caso tal, querría ello decir que don Gaspar el diputado era un ingrato y un traidor... y que él propio, Juan, cooperaría a esa traición y a esa ingratitud con complicidades de silencio... Sólo que, ¿y si se trataba de una juerga en que también Garona estuviese con otra bella pecadora allá por los otros fondos del hotel?

Un lío, en fin, en el hotel y en la cabeza del joven licenciado.

Siguió colocando las Gacetas. Quince años de Gacetas.

Había Gacetas para más de seis semanas, y ya iban coronando todas las alturas de la enorme estantería.

A las siete, terminado su trabajo, disponíase Juan a partir. Antes quiso sentarse a descansar, fumándose un cigarro, y cuando descendía de la escalera portátil, algo anómalo le hizo, primero, detenerse y luego, al volverse, resbalarse de un peldaño con estruendo, porque rodaron hasta el suelo cinco tomos de Gacetas. Era que había oído un ruido discreto de conversación, y algo así como si alguien hubiese entreabierto las cortinas de la sala de fumar. Las cortinas, en efecto, se movían. Pasos de fuga, en seguida... y, últimamente el silencio.

¿Qué?

Juan acabó de bajar y se instaló en una poltrona. Descansaba, fumando. Además, volvía a pensar en estos ruidos de misterio, relacionados con la escena que horas antes presenció. Sus meditaciones fueron truncadas por otro cortinón que se movió del lado del pasillo y esta vez vio al ama de llaves, a la vieja Martina, asomando con cautela..., y que pudo ver, así de frente, que había sido vista por él.

-¡Hola don Juan! -le saludó.

-Hola, Martina.

-No sabía que estuviese nadie aquí. Pasaba, sentí ruido y me he asomado.

-¡Pues, si... aquí estoy!

-¡Como estos días trabajaba usted arriba, en su despacho!

En la bondadosa humildad de Martina había un poco de turbación. Sonreía como pidiéndole perdones por haberle molestado.

Juan pensó que esta buena mujer habría podido percatarse de la imprudencia de la doncella, y que vendría buscándola.

-¿Está en casa el señor? -la interrogó compartiendo su interés y con cierto intento policíaco.

-No. Salió esta tarde. No ha vuelto del Congreso todavía.

-¡Ah! Entonces... ¿no hay nadie en el hotel?

-¿Cómo, nadie?

-Vamos..., digo... de visitas, de amigos del señor.

-Está la señora, solamente.

-¿Qué señora?

-La del señor.

-Ah, pero... ¿la mujer..., la señora del señor?

-¡Claro! Ha llegado esta mañana con las amas y los niños, del Norte. Tienen un hotel cerca de Gijón, y se pasa allí todo el verano.

-¡Aaah!

-¿Usted no la conoce?

-No. ¿Es rubia?

-Rubia.

-Conque... ¡rubia!... y... joven... y...

Juan se contuvo. Su asombro y su indecisión habían tenido ya tales matices de alarma, que Martina los advirtió, no obstante, y dijo como impulsada por un vago y súbito respeto de defensa:

-Sí, joven... más joven que el señor... pero ¡una santa! ¡Oh, don Juan, usted verá en cuanto la conozca! Como joven, alegre y suelta, claro es; vamos al decir, de buen humor...; pero también como ella sola buena, y madre de sus hijos.

Sintió la lección de respeto en la conciencia, el pobre licenciado. Definitivamente, con la vergüenza de haber injuriado en pensamiento a Garona y a su esposa, tuvo que admitir que se trató, en el suceso aquél, de la doncella. ¡Qué estúpido! ¡Haber supuesto también que un

personaje que tenía tantas preocupaciones políticas y esta biblioteca fuese a andar, y en su propia casa, de juergas y jarana!

Cogió el sombrero y el abrigo y el paraguas, y se fue. Inmediatamente, Martina subió al encuentro de su ama, en un lejano tocador.

-¡Sí -le dijo,- señorita! ¡El que sintieron ustedes es don Juan, un joven secretario que ha tomado en estos meses el señor! Mas no importa; ¡perdóneme!... Él no ha sentido nada.

-¡Sí, hija, sí! -repuso Casilda con enojo-. ¡Pues mira que si no lo llegamos a advertir y salgo con don Gaspar biblioteca alante, nos lucimos!

-¡Perdón, por Dios! ¡No me acordé de advertirle a la señora que hay un nuevo secretario! ¡Además, no creí que estaría en la biblioteca, sino arriba!

-¡Torpe!

-¡Aparte de que pensé que no vendría don Gaspar hasta la noche!

-¡Torpe!, ¡torpe!... Bueno, vete.

Obedeció Martina, y Casilda continuó volviendo al orden sus rubios rizos, delante del espejo.

- II -

-Siéntese. Ahora saldrá don Juan.

Victorino se sentó y volvió a asombrarse. Un cuarto en toda regla.

¡Caramba! ¡Luego era verdad que era Juan aquello! ¡Luego podía ser verdad que un chico serio y tonto de remate, licenciado en ciencias morales y políticas, y socio del Atenco, por añadidura, podía ser tenido en cuenta para algo!

El comedor, que no debía de estar muy lejos, enviaba emanaciones de jamón, de ternera, de manteca..., de todo eso a que huelen solamente las casas de huéspedes de a tres pesetas para arriba.

Vio sobre la mesa una boquilla de pitillo y la cogió y se la guardó, con un rápido movimiento de la mano. Luego vio un diccionario inglés, nuevo, manuable, y lo cogió también y se lo sepultó en el gabán.

¡Demonio! Pero, ¡si, no era éste su paisano! ¿Confusión de nombres?... La duda acababa de ocasionársela un retrato. Sólo que se parecían, las caras también, y... ¡bah!, ¡sí, Juan! ¡El mismo! ¡Con qué transformación!... Bien peinado, limpio..., casi guapo, en realidad... Si lo

ven en Tarragona no lo conoce ni su hermana... ¡Guapo, nada! ¡casi guapo!... ¡Parecía mentira lo que cambia un joven sabio en cuanto come de fonda!

Volvió a sentarse Victorino, y se guardó de paso un lapicero.

No apartaba del retrato la mirada, después de haberla paseado por la sólida mesa de despacho, por la estera, por la buena cama que se veía en la habitación.

Su concepto de la vida trastornábase. La equivocación estaba acaso de su parte. Él, con talento, con más talento cien veces que este Juan, se había propuesto la conquista de Madrid en fuerza de cinismo. Por resumen doloroso de tres años pintorescos, quedábale ahora mismo un gabán roto y el recuerdo de algunos puñetazos dados y recibidos. Verdad es que tenía su nombradía por los cafés...

-¡Hola!

Victorino se volvió, se levantó y fue a recibir al prohombre.

-Hola, chico, ¿cómo estás?

-Bien, ¿Y tú?

-Tirando, hijo. ¡Caracoles, déjame que te felicite!... Llegué anteayer de la Coruña, de dirigir El Demócrata, y me lo dijeron ayer. Vine anoche, y no estabas... Pero, ¡demonio, Juanillo! ¡Cuenta, cuenta! ¿Cómo ha sido esto?... ¡Si estás hecho un marqués!...

Se reportó Victorino. Juan había aumentado su empaque grave con el cambio. Hoy, que Victorino venía a pedirle unas pesetas, favor, algo, debía atemperarse a su «modo», en vez de hacerle objeto de burlas e ironías.

Se sentaron.

-Un momento. Tengo prisa, ¿sabes?... He de volver a casa de Garona hasta las once.

-¡Ah, conque Garona! ¡De modo que Garona! ¡Vaya, cuenta, hombre! ¿Cómo te conoció?

-Pues, nada... ahí verás, querido Victorino, lo que son casualidades. Que acababa él de construir un hotel, y al mudarse necesitaba ordenar su biblioteca. Parece que fue un antiguo y asiduo ateneísta, de los buenos tiempos de la casa. Conoce a Teodoro, y le envió recado una tarde pidiéndole un chico capaz. Teodoro, que me quiere, me buscó, me lo dijo... y llevo dos meses con Garona, y me va tomando estima, y creo que acabaré por ser su secretario...: por lo pronto me ha puesto diez mil reales.

-Bravo, Juan. Eso es suerte. Yo, en cambio, vengo sin un cuarto de Galicia. El Demócrata tronó. Si tú pudieses hacer que Garona me diese un destinejo... ¿Tienes con él confianza?

-Hombre, confianza, no. Me estima... porque ve que soy trabajador y útil. ¡Me quiere, vamos... y se ha propuesto protegerme! Esto es cosa de los libros, de que te reñas tú.

-Sí, hijo, en fuerza de machacar...

-Ha visto que los conozco por fuera y por dentro, y confía en mí para que le saque notas y estadísticas, sabes?... Tanto, que el arreglo de la biblioteca, lo que se llama el trabajo manual, de colocación, lo tengo casi interrumpido... Por cierto que... ¡sí, Victorino!... Si tú me prometieses ser formal, ¡bien sabes que te quiero!... en eso podrías desde mañana mismo emplearte. Mira, Garona ha despedido a su secretario cuando ha visto que yo lo puedo ser, y con ventaja. Lo seré. A ti... ya veremos, andando el tiempo. Lo importante es que te hagas grato a Garona. Desde mañana, por lo pronto -terminó Juanito levantándose- puedes ir. Te señalo dos pesetas.

-¿De tu peculio?

-No. Es que ya Garona me ha indicado varias veces que convendría llevar a alguien provisional, hasta terminar la biblioteca. Arreglarás la biblioteca. Realmente a mí me necesita para otra clase de trabajos.

Victorino meditó. Sintió un poco la humillación del escaso sueldo y de la subalternidad que le ofrecía este sabio botarate.

-Bueno, escucha tú -le dijo-; lo que podemos hacer es otra cosa. Yo voy mañana, y me presentas. Se trata de que me dé un destino. Si tú le ves esta noche, le dices de antemano que yo he hecho en El Demócrata furiosas campañas contra él, como es verdad, por eso de las Salinas, y que sabiendo tú que vengo a Madrid dispuesto a continuarlas, no ves manera mejor de desarmarme que...

-¡Quita, hombre! -le interrumpió Juan, asustado.- ¡Digo! Te creerás tú que se puede tratar a un hombre de estos... ¡Si es como mi padre!... ¡Ah, hoy, te lo juro... bailarías de coronilla si él me mandase bailar de coronilla!

-¡Mal hecho!

-¿Cómo?... ¡Le debo cuanto soy... cuanto seré!

-¡No llegarás a arzobispo! ¡Ya verás! Ése no es camino de ir a parte alguna.

-¿Tú crees?

-¡Claro que lo creo!

Juan se volvió, desdeñoso.

-Bien, pues cada cual con su creencia. Por mi parte, me dejaría picar por ese hombre.

-¡Es una acémila!

Juan, esta vez, no respondió. Cogió el sombrero e invitó a salir a Victorino. Por la escalera, en silencio, iba pensando en cómo pudiera a un listo darle Dios tanta torpeza. Él se sentía feliz, orgulloso, al fin, de aquella simplicísima y filosófica bondad que le habían dado los libros. Su tesoro, que se empeñaban en negar los contumaces, descreídos aun ante los más tangibles resultados. Por bueno, por trabajador y por sumiso habíale concedido un prócer su resuelta protección. Y todavía este pobre Victorino escéptico sería capaz de repetirle, como le había repetido tantas veces, que él no conocía ni jota de la vida. ¡Bien, allá el pobre Victorino, que creía ir aprendiéndola en cafés, y por ahí, piropeando a las muchachas!

-Oye, Juan, ¿me das tres duros? -le dijo Victorino en la puerta, al despedirse cada uno para un lado.

Juan se los dió, y aun le hizo comprender por el sonido, con cierta delicia saludable y generosa, que tenía en el portamonedas lo menos otros siete.

-Gracias. Voy a ver si en estos días me meto en alguna redacción. Si no, ya tendré presente tu oferta. Adiós, Juanito.

-Adiós.

El uno se fue por la calle abajo.

El otro, por la calle arriba.

Y Victorino pensaba: «Será capaz este melón de hacer algo de provecho»...

- III -

Trabajaba.

Trabajaba esta mañana en su despacho.

Buscaba, por medio de la estadística, una demostración de que la incultura y la pobreza de un país no guardan relación con el número de crímenes. Si se aumentan las públicas escuelas y se alimentan las clases populares, gracias al abaratamiento de las subsistencias, disminuyen los atentados contra la propiedad, pero crecen en el mismo grado los delitos contra el pudor y los de sangre. Esto era natural, y hacía falta estar ciegos para no verlo: un bruto que no come, roba; pero un bruto que se harta, aunque se le enseñe a leer, mata... por celos, por furias de fiera alimentada, por una simple sinrazón de majería. La idea, o mejor dicho, el «hecho de observación», era de Colajanni o de Trerate, de uno de estos dos sociólogos amigos de Lombroso; pero el propio Juan habíalo comprobado en sí mismo, con

un hartazgo de callos: la bestia humana surgió inmediatamente, con sólo haberle visto a una doncella las piernas... Sí, la tarde aquella turbáronle instintos de lascivia.... de irrespetuosidad hacia esta honesta casa de su protector, de crimen moral, por consecuencia... Si tal le sucedía a un culto ateneísta y licenciado, que a fuerza de la conciencia fuerte formada por sus libros supo dominarse, ¿podiera nadie predecir adónde llegaría un bárbaro cualquiera bien comido, aunque se le enseñase a leer?

¡Bah, leer! ¡Para que leyese periódicos, media docena de folletos que le metiesen el anarquismo en la cabeza!

Inglaterra, Francia, Alemania, los Estados Unidos, con todas sus escuelas y su industria, no habían visto disminuir su criminalidad, sino simplemente transformarse. El apache es un producto parisién: come, lee y escribe.

¡Oh, la dialéctica! Juan, que en sus primeros tiempos de Madrid no sabía si era demócrata, ahora se había hecho conservador, aristocrático, más que Garona aún. Y por si Garona lo quisiese aprovechar, iba a ofrecerle este tema de discurso contundente contra la interpelación que sobre la enseñanza y los consumos anunciaban ciertos diputados radicales: «Las clases pobres, ya que es imposible hacer un doctor de cada ciudadano, deben permanecer en aquella santa ignorancia medioeval que mantuvo un régimen de orden, y comer lo estrictamente necesario. No había otro modo de conservar un pueblo perfectamente dócil, perfectamente gobernable.»

Cogió otro libro y se dispuso a formular la estadística italiana.

Pero cantaba por la calle un ciego, y Juan se levantó con el objeto de cerrarle al balcón las vidrieras. Las había entreabierto para que entrase el sol, en este primer día claro después de tantos días de lluvia.

Cerró. Una visión le detuvo, sin embargo, a través de los visillos. En el mirador del centro, alzado sobre el templete de la entrada principal, cuidaba los canarios la señora. Él veíala casi enfrente, desde este despacho, desde este balcón que estaba en otra de las torretas laterales del hotel.

Suntuoso el mirador, con sus cristales curvos y sus adornos de mármol y de bronce. Grande como una sala; lleno de sol como una gloria. Recogidos a lo alto sus estores, veíanse colgar del techo las canastillas de orquídeas. Dentro, a pesar de ser Noviembre, podía estar la señora de claro, de verano..., según estaba siempre en esta comfortable mansión calentada por estufas invisibles. Los canarios pipiaban, saltando en la dorada jaula, magnífica, de soberbio pie, y que parecía propiamente una custodia. La señora, al alzar por los alambres las manos llenas de sortijas, enseñaba ambos brazos hasta el codo, derribadas sus amplias mangas de sedas y de encajes. ¡Oh, qué disparate el socialismo! ¿Cómo iba cada ciudadano a poder tener una jaula como ésta, sólo para canarios, que valdría sus mil pesetas, y un hotel y unos jardines como éstos?

Pero los brazos, la albura y la elegancia de aquella especie de gran bata de la dama, llamaban su atención. Juraría Juan que esta bata fue la misma que le vió en la famosa tarde

a la compañera de Gaspar. Y... ¡oh!... ¿era entonces que llevó su avilantez Marieta, la rubia doncellita, hasta adornarse para cosa tal con los lujos de su ama?

Se retiró de los cristales. Volvió a la mesa. Sin embargo, no pudo trabajar, con la obsesión del mirador, que seguía ostensible enfrente. Esta bata clara le inquietaba. En doce días de estar tratando a la señora, veíala por primera vez con el traje que acababa de traerle a la memoria la escena tremebunda. La duda tornaba a acometerle, y rubia también. ¿Fue ella, o fue Marieta?... En fin, sí... ¡fue Marieta!... por más que le tuviesen que caer demasiado holgadas, demasiado grandes, las ropas de tan espléndida mujer...

No lograba persuadirle, a pesar de todo, la afirmación que él quería dejar inconvencible en su conciencia por no profanar ni con sospechas la pureza de este hogar. Contra su voluntad, acordábase de ciertos pormenores observados en su trato con la dama... Sí, sí... de... ciertos pormenores que ella...

«Imbécil» -se injurió a sí propio. Y el disgusto le levantó.

¿Qué, que fuese, como joven, algo alegre y espontánea?... «¡Una santa, una santa! ¡Un modelo de esposas y una verdadera madre de sus hijos!» -según le dijo Martina.

Juan juzgose indigno. Cogió el libro y los papeles y se marchó del despacho. Por un sagrado terror, huía hasta de la distante e ignorada presencia de ella, evitándose las divagaciones injuriosas.

Bajó la escalerilla de caracol que conducía a la biblioteca y se dispuso en una mesita a continuar las estadísticas.

Mas no pudo. Su disgusto interior era muy grande. ¿Por qué insultaba en pensamiento a esta señora? ¿Por qué ofendía a su protector? Se quedó reflexionando... recordando. Al ser presentado a ella por Garona, tuvo el espanto de creer reconocer a la que llevaba abrazada D. Gaspar. Y... ¡oh, qué absurdo! ¡un hombre, D. Gaspar, que debía a Garona cuanto era!, un abolgado que también dos años antes había venido de secretario a la casa, y actualmente habíase encaramado ya nada menos que en la embajada de Francia!... Imposible. El concepto de tamaña ingratitud no cabía en la conciencia.

A pesar de lo cual, una terquedad estúpida le hacía recordar con recelo ciertas cosas, ciertos «pormenores de su trato con la dama.»

Reíase mucho, ella; era desenvuelta y miraba de un modo singular.

Cuando le encontraba en los pasillos, se le quedaba mirando y sonriendo.

Él almorzó con el matrimonio un día, porque habíase retardado en el trabajo, y no dejó la señora de mirarle ni un segundo desde el frente de la mesa. Además tendría tal hábito de sentarse con las piernas estiradas, que él, por no tocar a las de ella, se vió en la precisión de encoger los pies algunas veces.

Desde entonces, no había tarde ni mañana en que hubiese dejado de entrar con cualquier motivo en el despacho. ¡Mujer más deliciosa, más insinuante!

-«Sí, sí -fue anoche mismo a anunciarle-, ya le he dicho a mi marido que me parece usted inteligente. Le pondrá tres mil pesetas. Al lado suyo usted prosperará con rapidez». - Charlaron, y la dulce bondadosa...

Sonó la puerta.

¡Ella!

Juan se estremeció. Púsose de pie instantáneamente.

-¡Hola! -oyó que saludaba, lanzándole una de sus sonrisas.

-Buenos días, señora -se apresuró Juan a responder con una inclinación.

Dejó ella de sostener con la alhajada mano el portiére, que le había formado un dosel verde-ceniza a su elegancia perla, y, avanzó hacia el interior.

-Siéntese, hágame el favor; y siga, siga su tarea. Yo vengo en busca de unos libros.

-¿Qué libros, señora?

-Oh, nada. ¡Yo los buscaré! Hágame el favor de sentarse y proseguir. No quiero distraerle. ¿Estorbo?

-¡Oh! ¡usted, señora! ¡Encantado!

-Bien. Con su permiso. Gracias.

-¡De nada, señora, por Dios! ¡Usted es muy dueña!

Ella, lanzándole otra sonrisa, se torció hacia la estantería de la derecha. Había caído sobre los lomos rojos de la Revue Diplomatic.

Él se sentó azoradísimo por esta sonrisa, que esta vez había tenido no se supiese qué particular dedicación o qué sorpresa. Quiso trabajar, ruboroso y preocupado. Poco hecho a cortesías, llegaba a dudar si cada vez que metíase en cumplimientos y en frases de etiqueta, por ser fino, no dijera alguna estupidez. Ella habría sonreído por esto. Ella quizás le miraba siempre con curiosidad como... a un bicho raro del Ateneo, incapaz de decirle a una gran dama dos cosas a derechas ni de hacer dos reverencias sin tropezarse con los muebles.

Así, el día que comió con ellos, vertió el vino en el mantel, como entrada!...

Mientras allá lejos, al otro lado de la gran mesa de roble, examinaba ella las monótonas hileras de La Revue Diplomatic, y de la Monitor Financiero, luego, y de la Gaceta de la

Banca..., examinaba Juan las frases que acababa de decirla. «¡Usted es muy dueña!», una. ¡Claro!, ¿no iba a ser muy dueña, si era el ama del hotel? Creció el rubor del joven. La majadería de lo que quiso ser cumplido estaba en haberla querido conferir un permiso perfectamente bufo. Debió decir: «La señora manda siempre!» Tragó saliva. ¡Bien! ¿qué hacerle ya?

-¡De nada! -fue otra frase. Y esta sí, caía justa, puesto que habíale dado ella las gracias. Pero, el de nada, substituyendo al no hay de qué... ¿no era una innovación cuya misma sencillez la había vulgarizado?... Oíasele a todos los camareros, a todos los cocheros, a todos los barberos... y a los guardias. Repetirla aquí, con ciertas pretensiones, valdría como ponerse a cantar la Serenata de Schubert... después de haber dado con ella tanta lata por las calles la mujer de la guitarra.

El «de nada», pues, aumentándole ahora el rubor, le sonaba a fineza de barbero.

¡Bah!, ¿y el «encantado»? ¿y aquel dichoso «encantado»?... ¿Tenía tal vez (dicho en esta ocasión de soledad con una dama joven), a más de la cursilería, un tinte de impertinencia?

Juan acabó de sentirse el calor de la sangre en las orejas. El encantado, que él decía por primera vez, y que había escuchado entre amigos, solamente pudiera hacerle vislumbrar a una mujer una osadía amorosa... ¡oh!, ¡oh!... ¡por favor!... ¡y a la esposa de todo un personaje, de todo un... protector!, ¡y a una millonaria con landó de dos caballos y siendo él un mísero empleadote! Comprendía, en fin, que ella se hubiese sonreído y le mirase siem pre de aquel modo. Aparte la facha, debía de resultarle tan divertidamente ridículo como Carreras, el de Apolo, con su torpe timidez...

Volvió a observarla. La veía sacar libros, dejar libros. Ahora iba por los Tratados de Política General, de Campoom. Pensó de pronto que él debiera interrogarla acerca de qué libro buscaba, con el objeto de dárselo; pero pensó también que ella había rehusado antes el mismo ofrecimiento, y que fuese de poco respeto el insistir. Era alta, esbelta, llena de maciza y elástica belleza. Cuando se empinaba hacia los altos anaqueles, quebrábasele gallarda la cintura. Cuando se doblaba hacia los bajos, marcábanse sus caderas deliciosas... Por un momento, volvió a la mente, de Juanito la sospecha de Gaspar: esta mujer, porque creyese que aquí estaban los números corrientes de La Revue Diplomatique y que en ellos hablase de... par, vendría buscando sus noticias... Tal vez el tal Gaspar no la escribiría... con nuevos amores en Francia...

Pero se turbó el joven licenciado. La dama se había vuelto de cara a él, con un brusco girar, y en el más brusco ademán con que el escribiente quiso volver a su escritura, ella debió advertir que había estado contemplándola.

Juan no pudo dejar de notar que la señora sonreía, que sonreía mirándole otra vez, al acercarse a la gran mesa del centro. Y no vio más, después, en tanto la sentía enredar con revistas y papeles.

Al poco, y cuando mas atareado fingíase Juan, ella, llevando en la mano una revista, fue a sentarse en la poltrona. Mejor dicho, fue a tumbarse, fue a tenderse..., como quien con toda cómoda pereza quisiera buscar tenaz algo que le importa.

-¡Encontró el número del mes! -pensó Juanito.

Y se tuvo en seguida que acusar de mal pensado. Gracias a que ella, tan tirada atrás, le ocultaba completamente la faz con el periódico, pudo leer en la cubierta: Ilustración Española y Americana. En aquel número, que había hojeado él, no se hablaba poco ni mucho de Francia. Y Juan era un villano, un vil, con sus sospechas. En su hotel una honesta esposa y madre de familia, bien podía permitirse leer La Ilustración.

Trabajó. Pero le había chocado desde luego ver lo alta que quedábale a la honrada esposa el borde de la falda, y hasta sin querer se fijaba en sus tobillos. La poltrona, lejos, en el otro extremo del salón, estaba enfrente. A menos de cambiar de sitio, Juan tenía que verle los tobillos a la dama. Medias color hueso, caladas desde el mismo arranque del zapato. La piel clareábase entre las mallas y dibujos, ambarina. Sus manos eran muy blancas, y sus brazos, caídas las mangas hasta el codo sobre los brazos del mueble.

Trabajó. Hizo números y números. Llenó de ellos una plana. La lectora, en tanto, y luego de haber vuelto las hojas viendo los grabados, leía... quieta.

Habría encontrado algo interesante.

Nunca se quitaba La Ilustración de ante la faz. Al revés, habíase ido hundiendo en la poltrona y... ¡oh, sí, esto lo divisó Juan con asombro!..., Se le veía más de la mitad la pierna izquierda. Cruzada la otra encima, desde el empiene del pie que estaba en alto formaban un bravo pabellón las sedas de la bata...

¡Oh, Dios! ¡Qué calados y qué pierna! Estallaba la media y parecía estirada por cinco doncellas de servicio. Juan se acordaba de haber oído que a los toreros les ponían la faja tirando de una punta entre otros tres. Y por los ceñidos y sedosos uníanse en su imaginación el talle de los toreros y esta pierna.

¡Bah, claro, más de la mitad!

Descubría hasta la terminación de unos bordados celestes, por arriba... esa plena expansión de la carne firme y poderosa. El bordado celeste, que trazaba una especie de reja como la que gastan los húsares en el calzón los días de gala, no era celeste, en realidad, sino entre azul y verde y amarillo..., un color de esos pálidos de moda, que no se sabe cómo son, quebrados en todos los colores. Así la media podía decirse color hueso, y era más bien entre heliotropo y barquillo.

Además, la señora no debía tener puesta enagua. En el fondo de penumbras marcantes, vislumbrábase el forro rosa de la bata, nada más, y que no era rosa tampoco, sino tirando a limón, o a salmón.

¿Sería una bata, aquello, o un saut de lit, sencillamente?

El pobre Juan no lo sabía.

El tenía noticias vagas de estos lujos.

Ignoraba en absoluto si la dicha prenda servía para dormir, o para salir del lecho hasta arreglarse (como indicaba su nombre), o también como traje casero de mañana.

Quiso continuar su tarea. La dama, absorta en la lectura, hacía subir y bajar rítmicamente el pie de encima, cual si llevase un compás... y a cada revuelo de la falda, veíase el misterio más profundo y tentador en la pierna de debajo.

Se horrorizó.

Hasta en ayunas, hoy, con cuadro semejante, habíase sorprendido la... «delectación morosa» de que hablan los teólogos.

Tratando de enfrascarse en sus cifras se inclinó más sobre el papel.

Se, equivocaba.

Buscábale la explicación a «tal manera de sentarse».

Su acoyo de sí mismo creyó encontrarla -y harto natural.

Tan natural, que se acusó inmediatamente de salvaje y mentecato.

Una honrada esposa y una buena madre de sus hijos, siendo aristócrata, podía sentarse, así. Las aristócratas -según él tenía entendido- son por educación despreocupadas: no le dan importancia a las piernas.

«¡Necio! ¡Salvaje!» -se apostrofó.

Sentía vergüenza, por su falta de mundo, lamentable. Era como un lugareño que no hubiese estado nunca en el Real, y que se escandalizase y se excitase viendo los escotes.

Quería escribir, y érale imposible. Copiaba cifras, sin concierto, poniendo a los alcohólicos en la casilla de impulsivos, y la pluma acababa por alzarse del papel, y él acababa por quedarse mirando aquella pierna...

Una de estas veces, la pluma se le cayó de entre los dedos.

Pero había causado un ruido seco y rebotante, y la dama, la ensimismada lectora, abatió la Ilustración, mirando al joven. Rápida, en seguida, descruzó las piernas y arreglóse el vuelo de la bata.

-¡Ah, por Dios, qué tonta! ¡Creíame sola! ¡Me había olvidado de usted!... ¡Perdóneme!
¡Perdóneme!

Juan veíala un poco sofocada, sonriente como en una calma bondadosa de rubor que espera alguna frase de aliento. Él debía de estar como una brasa. No supo contestar. Y entonces, la dama dejó la Ilustración, y se marchó lentamente, púdica, con la cabeza baja, sin desprenderse de los labios aquella sonrisa indescifrable...

¡Indescifrable!

Púdica, ella... e indescifrable, sin embargo, la dichosa sonrisita. Quedose pensativo el licenciado. Perdían firmeza sus ideas.

Habíase equivocado, pues, creyendo que ella enseñase la pierna por despreocupación aristocrática.

Esto no era cierto... Es decir, no existía en las aristócratas tal despreocupación, puesto que dábale a su pierna importancia esta señora. «¡Perdóneme! ¡Perdóneme!» -le había pedido. Luego pensaba ella que algo tenía que perdonar, por su descuido.

En cuanto a él, había sido un grosero. Debió de responderla y no le respondió.

Sí, sí. «¡Perdóneme! ¡Perdóneme!» -pidió ella. Pues bien: -«¡de nada!»- pudo haberla dicho; y mucho mejor que el «¡No hay de qué!», en esta ocasión tan especial.

También habría sido oportuno afirmarla: «¡No he visto nada, señora; tranquilícese!».- Sino que esto hubiéseta parecido una falsa candidez llena de malicia, porque mal sabría, de no haber visto, que se tendría que disculpar con no haber visto.

«¡Miserable!» -volvió el licenciado a apostrofarle. Se hallaba torpe y desleal. Achacaba a despreocupación aristocrática la actitud de esta mujer, y resultó que la estaba calumniando, porque demás pudo verla los rubores cuando ella notó su inadvertencia. ¡Qué sencillamente lo explicó: «Me había olvidado de usted!»... ¡Claro! ¿Era que una casta esposa no pudiera distraerse? ¿Era que una honesta esposa, creyéndose en completa soledad, no pudiera tumbarse y cruzar las piernas a su gusto?

«¡Miserable, sí, bien miserable!»... Este descuido de la excelsa dama, habíalo aprovechado él villanamente para solazarse mirándole las piernas -y ella ¡era lo peor! habíalo visto, y no reconocería otra causa la complejidad de aquella sonrisita. -¡Traición y deslealtad! ¡Torpeza, sobre todo, mucha torpeza!

Recobró la pluma y púsose a escribir.

Su torpeza le escocía.

Todo le hacía pensar que esta mujer era una zorra... hasta sus recuerdos del billar.

Todo le hacía creer, no obstante, al mismo tiempo, que esta mujer era una santa... hasta sus cándidos olvidos y descuidos.

En efecto, una mujer que entra y que se sienta a leer donde hay un hombre, ¿podría a los diez minutos haberse olvidado su presencia si no fuese la de ella un alma noble y pura que en nada se preocupa de los hombres?

¿Podría siquiera admitirse, además, que una dama de esta distinción, bella y rica, viniese a provocar a nadie enseñándole las piernas como una friega platos?

¡Oh, y a él... un humilde serviciario de la casa! Escribió, desechando de la mente tanto absurdo. Se atuvo a su estadística.

- IV -

Terminaba la estadística al día siguiente, En la biblioteca había instalado desde luego, tanto por dedicarle hoy un par de horas a los libros, después de este trabajo, como por no ver en el mirador a la señora cuando arreglase la jaula. Eran las once. Garona, después de la firma con él, acababa de partir en el coche. Iría a los ministerios, como siempre. Lo abrumaban con tanta petición.

Sintió un ruido, leve de pasos y de puertas. Tras él, en el fumadero, dijo una voz dulce:
-¡Hola, amigo mío!

La señora.

Juan se levantó.

-¡Vaya! -dijo ella.-¿Quiere usted hacerme la partida?

-¿Qué partida?

-De billar.

-¡Oh, señora!

El colmo. Se asombraba el joven. No sabía que al billar jugasen las mujeres.

-Acabo de bañarme y de vestirme, y me he quedado..., así, algo enervada. Puse caliente el baño, demás. Voy a salir en el coche, y necesito antes un poco de reacción, un poco de ejercicio, yo suelo hacerlo con la polea, pero me aburro. ¡Vamos! ¿Quiere?... ¡Oh, no se puede figurar cómo me aplana el baño tan caliente!

-¡Señora!

Juan se inclinaba, sin moverse de su sitio.

-¿Qué? ¿No sabe usted el billar?... ¡Un juego que juega todo el mundo!

-Sí, un poco.

-Pues ¡vamos!

Obedeció.

Pasaron el fumadero, ella delante. Llegaron al billar. Tomó la dama un taco fino hecho con piezas ensambladas de adelfa y de boj y de marfil, y la invitó Juan a la salida.

-Nada de eso. Al que le toque. ¿Juega usted mucho?

-Señora... ¡regular!

-Pues, ¡hala!... A todo rigor, amigo mío.

-A cara de perro, que dicen.

-Justamente.

Ella sonrió, y él tiró, junto a ella, «a mano», conturbado. Temía ya haber dicho una frase de garito de café, impropia de este lugar y de esta distinguida compañera. Aquel «a cara de perro» era una frase de sus tiempos de estudiante, cuando fue casi un maestro al billar en Tarragona.

Su bola quedó más cerca de la banda que la otra. Salió, pues. Hizo la carambola, de tres tablas, y le quedaba reunión. Hizo la segunda, la tercera, la cuarta..., sin más que tocarlas suavemente.

-¡Vaya, vaya un profesor!

-¡Señora!

La señora sonreía. Juan, con un poco de vergüenza, temiendo que le juzgase un tahúr que hubiérase pasado la vida en tal oficio, dispersó las bolas, tirando fuerte. Y a la nueva tacada erró el recodo.

-¡Cinco, apúntese! -dijo la dama haciendo su primera, por una tabla.

Al jugar la segunda, advirtió:

-¡También yo juego, no crea usted! ¡Picó!

Saltó la bola.

-¡Otra vez, señora!

-No. ¡A cara de perro!

-¡Señora!

-Nada, usted. Y no me llame señora: ¡Casilda!

Hizo tres, el licenciado.

Luego, ella, dos -y deploró, en tanto se apuntaba:

-¡A nuevos! ¡Me he vendido!

Juan respiró.

No parecía Casilda jugar mucho, pero conocía el argot de los cafés.

Aun tirando con desgaire, hizo siete seguidas, el joven. Esto le inquietó otro poco, porque así vería la dama que las hacía él por todas partes. No, no quería pasar por un tahúr..., por un estudiante vago y calavera.

-No crea usted, señora, es casualidad. Jugué mucho cuando niño. Luego, en la Universidad, con la carrera...

-¿Qué carrera tiene usted?

-Filosofía.

-Ah, muy bien. ¡Recodo limpio!... y ha sido.

Además quedábale reunión, junto a la banda. Quiso ella aprovecharla, muy despacio. Tuvo que estirarse una vez, desde el lado opuesto, y le vio Juan la pantorrilla. ¡Diablo! Las medias, hoy eran de un tono tabaco... Tuvo otra vez que casi tenderse en el paño, y no sólo le vio Juan el arranque de la bota, nada baja, sino que sólo entonces advirtió que la dama tenía puesto un traje verdoso tan ceñido, de estos de moda, que dibujaba el muslo y la cadera lo mismo que en camisa. Por la campana de la falda asomaban su desorden las rizadas sederías de una enagua oro-naranja.

Mas era la posición tan violenta, así sobre una mano toda en vilo, que, al querer alzarse, se torció y quedó de codo, casi de espaldas en la mesa, derribada. Rió, y se recobró luego por sí misma..., viendo que el susto de Juan se limitaba a una expectación inerte, confusa..., casi llena de los rubores que a ella misma le causó por un momento el desatino de sus pies y de su falda al perder el equilibrio.

-¿Se ha hecho usted daño, señora?

-¡No, bah, ca! ¡Y me he vendido! ¡No podrá usted quejarse, Juan! ¡Así se las ponían a Fernando VII!

Juan no dió bola, azoradísimo. Pero ella se había formalizado de repente, y él pensó que fuese esto la reacción de aquella involuntaria mostración en que la tuvo, un tanto libre. Él no se dio cuenta del todo, porque aquello había sido un remolino de sedas y de cosas...; sin embargo, hasta en la forzadísima postura ella había sabido conservar un aire de recato y de elegancia.

-A veces, amigo mío -la oyó decir, mientras la emprendía él con la reunión- yo he pensado que el billar no sea muy propio de señoras. Por esto, justamente..., porque tiene una que extenderse... ¡A menos de jugar con pantalones! No obstante me he tranquilizado, pensando que más se enseñan las piernas en las playas... ¡Y ya ve usted, hay más gente, porque aquí sólo está usted!

Juan la miró. Volvió a bajar los ojos, viendo cómo ella le miraba y sonreía. Si no era una ladina, esta mujer debía de ser un poco simple. De buena gana la hubiese hecho observar que... estando sola con alguno, era cuando era peor que le viesen las piernas a una dama. Siguió tirando. Siguió haciendo carambolas. Encima sentíase, adivinábase la mirada de ella, como un pesante enigma de doblez o de inocencia.

Y la dama, franca y gentil, dando tiza, proseguía:

-En verdad que son problemas, estos del pudor. En la calle y en visita, no debe verle nadie a una mujer más que la cara y las manos. En un teatro, ya pueden verle los brazos, el pecho. En una playa, las piernas. Y con los besos, lo mismo: Llega uno, me da un beso en la mano, y... cortesía; en cambio, en la cara, sería malo... ¡y todo es piel! Francamente, no lo entiendo. Tenía ganas de hablar alguna vez con un doctor en ciencias para preguntarle de estas cosas... ¿No es usted doctor en ciencias?

-En Letras, en Filosofía y Letras, señora; y nada más que licenciado.

Se le fue la carambola.

Jugó ella, no la hizo, y expresó -sentándose:

-Es igual. Y acaso preferible, porque son cuestiones filosóficas. Varnos a ver: ¿en qué se funda todo esto del pudor?

¡Demonio! Tragó saliva el licenciado. Tiró, dio pifia, y fue a decir frente a ella -que continuaba sentada en el diván y apoyándose en el taco:

-Del... del pudor. ¡No comprendo bien, señora!

-Sí, mire; digo yo: nosotras..., yo, por ejemplo, tengo sitios en mí misma, como acabo de indicar, que todo el mundo puede ver a todas horas: la cara y las manos; otros, como las

piernas y los brazos y el escote, que sólo se me deben ver en determinadas circunstancias. Sitios, también, en que puede besarme un extraño, cortés, a guisa de saludo, tal que la punta de los dedos, y sitios que en una fiesta de salón puede tocarme un hombre impunemente, según hacen con mi talle al cogermelo para un vals... ¿No es cierto? ¡En todo ello no hay ni sombra de pecado!

-¡Cierto, señora!

-Bien, pues yo he pensado que habría de ser, no curioso solamente, sino hasta necesario para la firme educación moral de una mujer, que alguien que lo sepa le dijese: «mira, lo mismo que en una vaca cuando se vende por kilos hay carne de primera, y de segunda, y de tercera, y hasta despojos que valen poca cosa y que no importa reglar; hay en vuestro cuerpo tales y tales sitios que no afectan al pudor, y cuales y cuales otros completamente reservados. El límite, además, es éste..., y la razón... ¡oh, sí, la razón es lo importante!... ésta que te explico». Es decir, amigo mío, ésta que debe usted explicarme. ¿Cuál?

-¡Ah, señora!...

Juan se sonreía, rojo como un fuego. Fija en el piso la vista, la había girado en torno al taco y parecía incitarla a jugar su carambola.

Pero ella le invitó donosamente:

-¡Siéntese, bah! ¡Siéntese aquí, y respóndame!... Son cuestiones filosóficas. ¿Es que hay cinco o seis clases de pudor, y que el pudor varía a cada momento? Un pudor de mar, otro de teatro, otro de calle, otro... ¡Usted lo habrá estudiado, claro es!

Por lo pronto, el licenciado no había hecho sino sentarse encogido y respetuoso junto a ella. Luego habló..., requerido en la ciencia de sus libros, como estaba, y sin lograr discernir qué especie de señora fuese esta señora...

-Señora: usted lo ha dicho... yo creo también que los límites y el concepto del pudor se definen por la misma moda de los trajes. En la antigua Grecia, por ejemplo...

Enmudeció. La historia iba a forzarle a hablar de cosas absurdas.

Y la dama, que esperaba, opuso a su argumento:

-El traje, no, bah, tampoco. Aun contando los de teatro y de baño, limítanse a descubrir hasta la rodilla, y los hombros y el escote. No obstante, ya me ha oído que en un baile puede un extraño abrazarme la cintura... ¿Es que toda esta parte de mi espalda no corresponde tampoco al dominio del pudor?... Pues, ¡eso...! ¡la medida! ¡la medida! ¡saber exactamente a cuántos milímetros por encima y por debajo, y por delante y por detrás empieza lo prohibido, y el por qué..., puesto que acabamos de probar que hay sitios inocentes asimismo en lo que ocultan las ropas. Además, hayo otros pudores que se pudieran llamar de médico, de zapatero, de sastre... cuando nos prueba alguna cosa... ¡Oh!,

el médico, ya ve usted..., para él no vale reservarse... Y por cierto que si receta un parche, dice claro, cuando menos: aplíquese desde aquí hasta aquí, porque más allá pudiera hacerle daño inútilmente. ¿Por qué al aplicarnos sus parches, el pudor no nos marca tan exacto sus regiones?... y me refiero a los bailes, siempre, por el brazo que nos ciñe y por lo mucho más que se ciñen en plena calle las parejas, con las murgas. No será inmoral esto, tampoco, desde el punto en que los guardias lo consenten. ¿No?

-¡Verdad, señora! Es decir...

Volvió a callarse Juan. Iba a haberla dicho una sandez: que los bailes de la calle son de gente sin vergüenza. Pero ya se lo había invalidado ella, en vista de que lo consentía la autoridad. Parecíale todo esto una discusión estúpida; y tanto más molesta, cuanto que en su misma estupidez estaba oyendo cosas que ponían en un brete al licenciado. ¡El colmo! ¡una señora, con un poco de desaprensión, venciendo a la ciencia de sus libros!... Por otra parte, inquietábale su falta de mundo, que no le permitía conocer si fuesen estas las verdaderas despreocupaciones de las aristócratas o... El coche había rodado y sonaba hacía rato en el jardín.

-Créalo usted, amigo mío -añadió ella con un recogimiento ruboroso. -Lo malo es que damos las mujeres en querer ahondar estos problemas. Lo digo porque, francamente, desde que una cae en la cuenta de que todo lo que tapa es una indecencia, sufre una. Vestida y todo, y aquí mismo, ahora con usted, yo misma pienso, por más que no se vea, que usted puede imaginarse toda la indecencia que en vano ocultan mis vestidos.

«¡Atiza!» Juan se quedó, mirándola, pasmado.

Ella se quedó abismada en su sonrisa triste y dulce, con la barba caída al pecho.

Y como él nada decía, y era trenando este silencio, ella se levantó:

-Es horrible, horrible esto de saber que lleva una en su ser tanta vergüenza, y que cualquiera puede adivinársela debajo de unas sedas y batistas... Esto es horrible ¿verdad?

-¡Señora! -dijo Juan, sin osar siquiera levantarse.

-Yo le ruego que delante de mí no me deje nunca pensar que me adivina, amigo mío.

-¡Señora, por Dios!... ¡Oh, señora!

-Adiós. Yo se lo ruego. Me haría sufrir.

-Bien, señora.

-Y no me llame «señora» ¿sabe? Prefiero que me llamen Casilda mis amigos. Usted y yo no podemos menos de serlo, después de tanta involuntaria intimidad. ¡Hasta mañana!

Partió.

El joven licenciado quedose en el diván con un taco en cada mano. El de Casilda, al levantarse y dejarlo, había rodado, y lo había cogido él.

En la mesa yacían las tres bolas casi juntas. Había perdido la noción de si le tocaría jugar a ella o si le hubiese tocado a él.

Pero esta reunión le recordó la otra...

«¡Así se las ponían a Fernando VII!»

Bah, sí, concho... ¡Qué frascecita!

Soltó los tacos y quedose entre los dos, recostado en la pared.

No había nadie en el billar y díjose el licenciado que estaban tocando allí una música de Wagner. Tal le había quedado la cabeza. Oía trompas, bombardinos, clarinetes...

- V -

Juan pasaba días de sobresalto.

Había perdido la calma y le atormentaban grandes miedos de conciencia.

Cuando llevábale a Garona la firma, sentía una turbación cruel en las entrañas. Un dolor. Calambres. Porque, sin querer, la imaginación del joven rompía la armónica figura de aquel prócer, de aquel su bondadoso protector, con unos apéndices cónicos y tiernos, como los que les van apuntando a los becerros... ¡Oh, en la noble frente!

Esto era de un triste cómico-trágico espantoso. Hay que saber lo que se sufre viendo caer uno de estos emblemas de ridículo sobre una persona respetable y respetada y bien querida.

Por suerte, la mujer de Garona llevaba siete días ausente de Madrid. Se había marchado al siguiente de la partida de billar. A la boda de una hermana, en Huesca, según dijo.

-Desde este mes -le había manifestado Garona a la entrada de Noviembre- cobrara tres mil pesetas, Juan, y queda nombrado secretario. Me satisface usted. Tiene usted talento, constancia, seriedad. ¡Irá usted lejos!

¡Su padre!

¡Más que su padre! Conmovido, Juan, dio las gracias, a punto de llorar.

¡Oh, y no poder dejar de imaginarle!...

Lo peor era que no sabía si infería este ultraje horrible porque su esposa se hubiese enamorado de él o porque él fuera un mentecato que se lo estaba creyendo... ¡para más grande indignidad de sí mismo y más escarnio de una y otro!

«¿Me quiere ella?» Tal problema constituía la clave de sus dudas y martirios.

En cuanto a este otro punto obscuro: «¿La quiero yo?», tenía menos importancia.

Dormía poco y mal a fuerza de empeñarse en ver claro en las tinieblas de sus noches. Pero las negras tinieblas no le presentaban sino la imagen de Casilda, ya en un blanco resplandor de santidad, ya en fosforescencias diabólicas, sobre la mesa del billar, con las ropas en desorden. Pronto una nueva visión sombría ocultaba a la bella visión de un puntapié: la de Garona. Y en seguida la sombría visión se liaba a puntapiés con el mismo visionario.

Entonces, con sudores fríos y con una contrita angustia hacia la justa furia de Garona, le acudía la persuasión, y repetíase: -«¡No, no; yo no quiero a esa mujer; yo no estoy enamorado!»

¡Ah, si pudiese afirmar lo mismo con respecto a ella!... No podía, y el tormento del recto licenciado tomaba nuevas formas. De semejante pasión, que dibujábase para el porvenir una catástrofe, él tenía la culpa, quizás por echárselas de fino. Así, en la mañana que ella púsose a leer enfrente de él, temía Juan haberla parecido provocador e impertinente. «¡Encantado!», hubo de decirle. Que era como haberla dicho:-«¡Señora, no sólo no me estorba usted, sino que su presencia es para mí el mayor embeleso del mundo!»

¡Horrible! ¡Horrible!

Ahora..., si el enseñar ella luego las piernas fue olvido o fue malicia de una pobre apasionada que no sabe ya lo que se pesca, formaba una cuestión nueva en el embrollo de cuestiones tan complejo. «Que es de vidrio la mujer...»

El más pequeño choque puede echar abajo todas sus purezas.

Y Juan, si estaba comiendo en casa cuando de modo tan feroz le acornetían las reflexiones, bebía vino, buscando el olvidarlas. Si estaba en el hotel hundíase en sus trabajos. Delante seguía siempre la sombra de Garona, increpándole: «¡Traidor, ingrato!... ¿Qué estás a punto de hacer con mi decoro?»

Pero otras veces, viendo el jardín por los balcones, viendo el magnífico landó, viendo en el suntuoso mirador de vidrios curvos y de mármoles y bronce, la jaula de lo menos mil pesetas, que parecía una gótica custodia..., pensaba en su humildad de empleadillo de la casa, con menos sueldo tal vez que el cocinero, y llegaba también a persuadirse de que la bella reina-dueña de tanta maravilla no habríase nunca preocupado de todas estas necedades que él solo, por su cuenta se estaría forjando como un solemne botarate.

Estuvo una noche a visitarle Victorino, completamente desastrado.

-Querido Juan, aquí me tienes. Si es tiempo, llévame a ordenar la biblioteca. No encuentro nada por Madrid... ni la cena de esta noche.

-¡Hombre, sí! ¡Es tiempo todavía! Irás mañana..., pero, ¿no tienes más ropa? Allí quieren gente pulcra bien vestida.

-Hazme un adelanto y desempeño mi traje de invierno y el gabán.

-¿Cuánto?

-Veinte duros. Le debo también a la patrona.

-No; ¡no eres formal, los gastarías! Si quieres..., voy contigo y pago el desempeño. Y ahora mismo. Y cenamos por ahí.

En respuesta, Victorino sacó las papeletas. No había en su vieja cartera sino esto y cartas y retratos de mujeres.

Juan fue al dormitorio por su abrigo. Victorino aprovechó la breve ausencia para cogerle y guardarse un puro y un Método de Ahn.

Partieron. En una peluquería de la calle Ancha, hizo Juan que pelasen y afeitasen a su amigo. Tomaron un simón y recogieron del Monte los efectos empeñados. Había incluso botas y corbatas y camisas, de los tiempos del periodismo coruñés. Pagó Juan medio mes a la patrona del loco Victorino, mientras éste se vestía, y eran ya las diez cuando fueron a cenar.

En Fornos. Sección de vida. El metódico quería darle al golfo ejemplo de las comodidades que ocasionan el orden y el trabajo.

Mas, era lo particular que Victorino conocía mejor que Juan el comedor de Fornos. Apenas entraron, fue Victorino a saludar a una especie de lujosísima cocota y a un señor de frac, que estaban cenando en otra mesa. Además, veía Juan a su paisano completamente transformado con el cambio aquel de indumentaria. Guapo, fino, con un juvenil aspecto de gentileza perversa y diabólica. La cocota le había dado un ramillete de muguet, y traíalo en la solapa.

Durante parte de la cena, Victorino y la cocota se lanzaron miraditas y sonrisas. Juan, viéndose con su compañero reflejado en un espejo, llegó a tener... ¡sí, sí, quién lo dijese!... celos de su galante figura y de su aspecto. Quizás no por la cocota..., sino por aquel concepto nuevo que el rubio secretario había adquirido sobre la necesidad de ser guapo y elegante para llegar a gran orador parlamentario. ¡Victorino, siendo tan guapo como él, era más suelto en sus maneras!... Y comparando, Juan se encontraba su serena expresión y su natural belleza un poco bobas.

Por si acaso, él lo confinaría en la biblioteca, procurando que Garona le viese pocas veces. ¡Tendría gracia que se ganase Victorino la preferente protección del protector con esta simpatía que emanaba su persona!

La cocota, a las once, se fue con el del frac; pero dedicándole al lindo golfo saludos y sonrisas.

-¿Quién es? -preguntó Juanito.

-Nadie. Una que baila en los cines. Fue mi querida.

Juan, por rechazo vanidoso, se acordó de Casilda y su problema. ¡Bah, tenía asimismo una mujer que le quisiese y de harta más valía!... Es decir, si él no estaba siendo un visionario al creerse amado por la bella esposa de... ¡oh, de... de su protector..., del que venía a ser como su padre!...

«¡Canalla!» -se apostrofó. -Y el impulso vanidoso redujosele en el alma a tortura de conciencia.

Le asaltó el afán de consultarle sus dudas de una manera indirecta, hábil, delicada, a este amigo tan experto en cosas de mujeres. Necesitábalo para acomodar con ella conscientemente su conducta cuando volviese del viaje.

-Vamos a ver, Victorino -dijo, después de pensarle formas a su argucia.- Ayer estuvo a visitarme un compañero, secretario de otro personaje... y me consultó sus apuros. No, no te digo el nombre, porque es grave la cuestión. Quiero también consultarte. Se trata de saber si la mujer del personaje, que es guapa, se va enamorando de él, o de si es que él se engaña con respecto a esto por simples apariencias. En efecto, esa señora, siendo honradísima, puede parecerle a mi amigo, que no tiene costumbre de tratar con aristócratas, todo lo contrario..., por culpa de la despreocupación aristocrática. El equívoco es, pues, la base del asunto, y surge de las siguientes situaciones:

-Vengan.

-Primera: un día oyó mi amigo besos en una contigua habitación, y vio a otro, amigo del palacio que llevaba en sus brazos a la dama.

-¡Concho, Juanito! ¿A... la honradísima señora?

-No, hombre, no. Le pareció ella por el pelo y por el traje; pero la vio de espaldas y no puede afirmarlo. Quizás fuese una doncella!

-Bueno. Sigue. Segunda situación.

-Segunda y tercera. Escucha. Son las más importantes. Una mañana entró la dama en el despacho de mi amigo y se sentó, y se puso a leer la Ilustración. Leyendo, leyendo, se olvidó de él, cruzó las piernas... y se las veía mi amigo.

-¿Mucho?

-Pse... la mitad próximamente, dice. O acaso algo más de la mitad.

-¿Y qué hizo tu amigo?

Empezar a sospechar que ella hubiese ido a provocarle. Pero, ya verás... al día siguiente, la señora le invitó a jugar a carambolas, solos, y en un billar, naturalmente, del palacio. Ella sube... ¡fíjate, fíjate, que ahora viene el equívoco!... ella se tiende en la mesa, por no coger la mediana, y al volverse cae... sobre la mesa, con las faldas otra vez en algo de desorden. Él, aturdido, la mira. Ella, viendo que no acude a auxiliarla, se baja por sí misma, diciendo porque a la vez se había vendido: «¡Hijo, así se las ponían a Fernando VII!»

-¡Oh!... y va tu amigo..., y ¿qué hace?

-Nada. Sigue sospechando que ella le provoca. ¿Eh?... ¡ya ves qué equívoco, qué doble sentido el de la frase en semejante situación!

-¡Reconcho con los equívocos!

¿No te lo parece?

-Lo que me parece es que ella es una golfa, y tu amigo tonto de remate. Es tonto el pobre, ¿verdad?

-¿Por qué?

-¡Pues hombre, Juan, porque sí! ¡porque hay cosas tan claras como el agua!

-Ten en cuenta que ella es una mujer distinguidísima, riquísima, y... duquesa!

-¡Así fuera emperatriz!

-¿Cabe en cabeza humana que vaya una duquesa a provocar a nadie como una lavandera?

-Si le sale de dentro, ¿por qué no? Puestas a ello, lo mismo da una lavandera que una duquesa. Acuérdate de las que se enredan a sombrillazo limpio por ahí, por esos bars elegantes y por estos restaurants, y de las que se lían con su chauffeur o su cochero!

Juan no replicó. Se inclinó hacia el plato de langosta. Aquella granizada de lógicas crudezas, había ido rompiéndole en el alma los tenues cristales de sus dudas... «¡Me quiere!» pensó, con la tristísima evidencia que le daba el juicio de este conocedor de las mujeres y con el hondo disgusto que causábale su exacta proclamación de tontería.

Al rato, Victorino, que le observaba, preguntó:

-Oye... ¿Sabes que estoy temiendo... ¡sí, sí, te ha enojado mi franqueza, perdóname!... que estoy temiendo que ese otro secretario seas tú mismo?

-¿Yo? -exclamó Juan aterrado.- ¡¡Quita, hombre!!

-¿Es la mujer de Garona... duquesa?

-¡Quita, hombre!... ¡No es duquesa! ¡Qué ha de ser!...

El mismo miedo, el pavor de haber descubierto la deshonra de Garona, habíale dado al rechazo una viveza, que calmó a Juan en lo posible. No quiso añadir ni una palabra.

- VI -

Partió con Garona el coche.

Juan sintió a Martina.

-Don Juan, la señora llegó ayer. Me ha encargado que le ordene usted su biblioteca ahora, antes que ella se levante.

-¿Su biblioteca?

-Sí. Está por el otro lado de este piso. Venga usted. Es cuestión de un rato.

Juan, que tenía mucho que escribir y que estaba viendo además en Martina un algo de perversa confianza, pensó en hacerse substituir por Victorino. Victorino estaba viniendo a la biblioteca desde hacía tres días. Garona habíale visto ya, y había quedado prendado de él... ¡No, no debiera Juan meterle en confianzas! Se levantó, y cruzó el hotel guiado por Martina... Salones, gabinetes... todo con alfombras, todo medio a oscuras.

-Aquí. Son esos libros. Se ve poco; pero no abra mucho más ni haga ruido, porque está durmiendo la señora.

Y le dejó en un camarín de sedas color malva.

Apenas se veía. La luz del jardín entraba por una abertura del balcón y tamizábase en un tendido transparente. Fue a abrir más, y no supo alzar el transparente. No le entendía el mecanismo. Además, al mover las colgaduras, había hecho vacilar una vitrina. Miró. En otra portada, otro amplio cortinaje recogido en pabellones, cerraba su gran hueco con un tul. Habíanle dicho que estaba durmiendo la señora. Quizás allí, o cerca. No debía hacer ruido.

Conformose con aquella claridad, y se sentó junto al estantillo giratorio. Los libros, primorosamente encuadernados, eran poco más de tres docenas. Estaban en desorden, en el suelo. La escasa luz dejábale leer los títulos con pena.

Hombre... ¡religiosos!... El áncora de salvación, el Kempis, Meditaciones... Pero el cuarto que cayó en sus manos... ¡ah!... de Antonio de Hoyos, A flor de piel... y el quinto una Claudine, de Willy... ¡Caracolitos! Empezó a clasificarlos.

De pronto, volvió la cabeza hacia el rameado tul de la otra estancia. Nada, oscuro, negro. Había creído notar algo así como el crujir de unos muelles. ¿Estaría tan cerca durmiendo la señora?... Tras el tul, habría puertas que la interceptasen la luz. Aparte de que habíala él aumentado. No obstante, acentuó sus sigilos... con un miedo de... de... ¡sí, de respetos...!; porque según íbanle abrumando los íntimos faustos de esta casa, y a pesar de la indiscreta opinión de Victorino, hallaba más absurda su inquietud de estar siendo la grosera ansia de una mujer tan distinguida. Victorino era un golfo que creía a una duquesa capaz de conquistar a su chauffeur y a su cochero..., y él, Juan, en todo caso, acogido por Garona como listo, no iba a haberle parecido a la esposa tan zoquete como un cochero o un chauffeur.

Volvió a mirar, porque sonaban los muelles. El tul permanecía en su reposo de gran velo tendido, y detrás la obscuridad. Pero de pronto, se alumbró. Unos eléctricos focos, invisibles, acababan de encenderse; y el diáfano telón dejaba clarear perfectamente la alcoba y un lecho doselado. ¡Oh, qué magia! ¡Qué teatro de locura! ¡Por Dios!... Un brazo recorrió unas sedas y tules en el lecho, y apareció Casilda sentada entre damasco...

El primer impulso de Juan fue correr. Detuviéronle el asombro y el miedo de ser visto. Y miraba, miraba, sin siquiera respirar. No era capaz de concebir la procaz insolencia de esta escena, si fuese preparada. Y si no lo fuese...

Pero..., la dama salía de entre las sábanas;... ¡qué barbaridad!... ¡por dónde tenía el escote!... Y las piernas... Juan tornó súbito la faz y se la cubrió con las manos. ¡A qué pequeña cosa llamaba una elegante una camisa!... ¡Qué barbaridad!...

Un minuto. Menos tal vez. Sentía detrás un rumor de broches, como de ligas y zapatos. Sintió después rumor de sedas... Volvió a mirar, y vio que la dama se ponía un amplio ropón blanco con franjas bordadas color fuego... Menos mal. Sino que el ropón no tenía lazos ni botones. Delante cerrábaselo cruzado con una banda. Ésta debía de ser el famoso saut de lit.

Y se horrorizó el joven. La dama, lenta, y anudándose la banda del ropón, se dirigía hacia el transparente... ¡Oh, sí, sí, qué barbaridad!... Llegó... y entró... y le vio... Juan, convulso, había acertado a levantarse, y sonreía. Ella, con la sorpresa en la faz, fulguró:

-¡Oh, Juan! ¡Usted aquí!... ¡Por Dios, amigo mío! ¡Qué imprudencia! ¡Qué audacia!... Y me habrá usted estado viendo... ¡Ah! se ocultó la cara entre los dedos, llenos de brillantes, y parecía desoladísima.

-Yo, señora, había venido...

-¡Chist! ¡Si le sintiesen! -cortó ella en baja voz y mirando alrededor como aterrada.

Tras un dramático silencio, se sentó. Se llevó un momento a los ojos el pañuelo, y rogó en seguida con un tono resignado de desgracia:

-¡Siéntese, Juan, amigo mío! ¡Se impone una leal explicación entre nosotros!

El licenciado, atónito, fulminado también por ciertas vislumbres nacarinas que había la rubia dama descubierto al sacarse el pañuelo del pecho, tomó puesto a su lado -según se le indicaba.

-Yo, Juan, en verdad, todo lo esperaba de usted; ¡mas no tanta osadía!...

-¡Perdón, señora! ¡Estoy aquí porque me ha dicho Martina que esos libros!...

-¡Bah, bien, sí! -volvió ella incrédula y dulcemente dolorosa a interrumpirle- ¡y vaya una ocasión de transmitirle mi orden! Comprendido. Un poco imprudente ha sido usted al aliarse con Martina; pero fuerza es perdonar, ya que lo ha hecho. ¿Cómo no?... Sería yo en balde hipócrita si no le confesase que ya no es tiempo..., que ya no es ocasión más que de perdonar..., tras la enorme, tras la terrible conmoción causada en mi vida toda por su asedio. ¡Sí, sí, muy tarde, Juan! ¡y más habiendo usted puesto en el secreto de los dos a una criada que, después de esto, creará mi falta irremediable!

Volvió a sacarse del seno el perfumado pañolillo, y volvió a llevárselo a los ojos.

Juan exclamó:

-¡Señora!

Y lloraba tanto la señora, con unos secos y ahogados sollozos tan sinceros, que el joven se inclinó hacia ella levemente, tendiendo en el aire una mano:

-¡Señora! ¡Por Dios, señora!

-¡Juan -exclamó ella arrojando de pronto el pañuelo y cogiéndole la mano con pasión- es inútil que me finja ese respeto! ¡Él ha sido su sistema, bien lo he visto!... Primero, me indignó; después quise persuadirme de sus verdaderas intenciones la tarde aquella..., en el billar... y ¡oh, su hábil modo de hacerme insensiblemente escuchar y decir inconveniencias!... Quise luego aprovechar la boda de mi hermana, por alejarme de mi obsesión y del peligro, y he aquí que en la primera mañana de mi vuelta, me pone usted en esta situación de la que ya, ni mi misma heroica voluntad de resistencia podría evitar que lo pensase todo una criada! ¡Cruel! ¿De qué me sirviese luchar más con mi deber y mis impulsos?

Fue tan grande su aflicción, que cayó tronchada a gemir y como a ocultar su vencimiento, contra el hombro trémulo del joven. Éste, sujeto además históricamente por la mano, permaneció rígido, aguantándola -toda su carne y su ser en una trepidación atónita de dudas. De dudas -de opuestas emociones. Era la primera, puesto que él había cerrado los ojos, y temblaba, si habríala dado algún ataque... ¿salir entonces? ¿Pedir auxilio?... Era la segunda el... balazo con que Garona, si volviese en este instante, los atravesaría a los dos desde una puerta. Y en fin, contra la misteriosa seducción de aquellas penumbras de los senos que él miraba de reojo en el abierto saut de lit, contra el abrasado contacto de aquella mano y de aquel pelo de seda en su garganta; contra el fuego de suspiros dolorosos de aquellos labios, que podría significar la pasión loca de una honrada sin ventura... flotaba por su espíritu de sabio, no exento de altiveces, el enojo por la burla de que hacía objeto de la... ladina, la insolente, que intentaba conquistarle lo mismo que a un cochero. ¡Querer hacerle tragar que él la asedió, que él la provocó a las impudencias del billar!... Veía bien claro; al fin, gracias a Victorino. Tenía razón Victorino... Y supondría a él esta mujer una idiotez digna de un pescante.

No se movía. Ella, en cambio, le apretaba más la mano; había vuelto la cara, y le suspiraba o le besaba en una oreja. ¿Le besaba... o eran aquel dulzor y aquel húmedo calor los de su aliento? ¡Qué barbaridad! Los respetos y enojos de Juan se iban disipando. De la oreja le bajaba a todo el cuerpo un cosquilleo de todos los diantres... ¡Ah, qué infierno de delicia!

Sentíase desfallecer... sentíase vencido... En una turbación, miró a la puerta y creyó ver a Garona apuntándole... «¡Miserable qué estás haciendo de mi honor?» Y no, no dejaría la calma para nada esta alucinación con Garona... Y no, no estaba aquí... pero el revólver... la traición!... de todas suertes, podía el fantasma servirle de pretexto.

Se levantó. Y con tal ímpetu, que quedó desenlazado de la dama y a dos pasos del diván.

-¡¡Señora!!

-¡Qué! -inquirió Casilda, tomada en susto por aquel súbito terror.

-¡El señor Garona! ¡Su marido! ¡He creído sentir un coche en el jardín!

Y escapó del gabinete.

- VII -

Llegó jadeando a su despacho. No se conceptuó seguro, por si viniese a buscarle, y recogió sus papeles y bajó a la biblioteca para trabajar con la protección de Victorino. Éste leía El Imparcial, fumándose un magnífico Caruncho de Garona.

-¿Qué traes? ¿Estás desemblanzado?

-No... nada... que tú tenías razón... que las... ¡que he perdido una carta de importancia!

-¡Bah! -dijo Victorino, habituado a las simplezas de su amigo.

Y siguió fumando y leyendo.

El secretario, por no imponerle a sus nervios una quietud imposible, fingió buscar la carta por entre las revistas de la mesa.

Al poco llegó Martina.

-Don Juan, que la señora que suba usted.

-¿Qué... qué?

-Que suba usted. Que tiene usted que acabar su biblioteca.

-Bien... Diga que voy.

Partió Martina. Juan, así que la sintió alejarse, buscó su abrigo y su sombrero.

-¡Pero, chico! ¿qué te pasa? -le preguntó, lleno de asombro y malicia, Victorino.

-¡Nada!... Mira, ¡adiós! ¡Si vuelve Garona, dile... que estoy malo! ¡Tengo que buscar la carta en mi casa! ¡Adiós!

Partió, disparado. Cruzó el jardín y salvó la calle velozmente. Hallábase frente al Retiro, y se internó en lo más oculto de las frondas.

Pero estaba como eléctrico, y se levantó del banco. Durante más de dos horas paseó. No pensaba nada. Unas veces iba de prisa; otras se sorprendía parado y mirando los troncos de los árboles. ¿Qué iba a hacer?... Lo futuro, contado desde este mismo instante ofrecíasele cerrado a toda previsión. Según los giros de no sabía qué internas mutaciones creía tan pronto que su alma era otra especie de Retiro, lleno de bosques y sombras, como que reducíasele el pensamiento en una hermética oquedad de calabaza.

Como si fuese su cerebro una rota maquinilla de pensar, pero que aún siguiese sin freno disparada, sorprendíase coordinando fragmentos de discursos, que de pronto se cortaban en visiones de aquel lecho de detrás del transparente...

A las doce le estremeció el corazón por un segundo la disparatada voluntad de ir a curarse esta obsesión con una lumia... Mas, ¡oh! no entraba esto en la horriblemente bella solemnidad de la situación que le acuitaba... Él debía pensar, debía pensar... como ante un suceso de sentimentales explosiones que podía determinarle el porvenir. Se fue a almorzar..., y por no estar entre los huéspedes de casa, prefirió Los Italianos.

Dábale igual que le pusiesen macarrones o roastsbeeff. No sabía lo que comía. Metódico al fin, habíase planteado la doble cuestión de esta manera: «Cedo a las invitaciones de Casilda, o no cedo; veamos qué puede ocurrir en cada caso.»

«Si cedo...»

Sí; para complacerla y complacerse en esta delicia infernal, siempre sería tiempo. Ella tornaría a buscarle. El diríala que se escapó esta mañana por tenerla con más calma en una noche, fuera del hotel. Se citarían, se encontrarían... ¿dónde? -Aquí tornaban los escollos. No pudiendo pensar para estas citas en un galante gabinete de alquiler, sería indispensable tornar y amueblar un pisito por su cuenta. Flores buenas, cenas con champaña... pues no le iba a ofrecer claveles ni vino peleón a una amante de su fuste...; pero, ¿de dónde sacar para estos lujos un pobre secretario? ¡Qué barbaridad!... Y que hacía falta, era indiscutible. Verla en el hotel, valdría como exponerse uno u otro día al justo castigo de Garona; y aunque inexperto en aventuras, sabía, por algo de novelas que él leyó, que siempre tales gastos eran del amante... ¡Bah, claro! Dejar que los sufragase Casilda, sería una indignidad; sería permitir que le siguiese tratando lo mismo que a un cochero, lo mismo que... a un capricho, del cual se cansaría, lanzándole al fin de ella y del hotel, y de... Garona.

¡Oh, con qué fatal sencillez veía Juanito que de todos modos se llegaba... a perder la protección del noble protector!

Habíase estremecido. Con el cuchillo mondaba una yema de coco creyendo que era otra manzana. La visión de su abandono por Garona... por su padre, y más que su padre social, podría decirse, poníale loco.

Su gratitud se disolvía como un terrón de azúcar en el océano de lascivia de unos muslos blancos. Reaccionó, y le inundaba la amargura.

«¡Canalla! ¡Miserable! ¡Miserable!» -se insultó.

Se levantó. Se fue a tomar café, a la cervecería. Ya que no pudo apartarse la Casilda del recuerdo, la erigió en objeto de sus odios. Iba aplacándose aquella dispersa y terrible voracidad amorosa que habíale levantado por el ser. El amor le pareció una pequeña cosa indigna de preocupar sino a los imbéciles. ¡Oh, mujeres!... ¿Quién que contase con ellas había llegado a nada de importancia?...

Dieron las tres y resolvió pasar la tarde en el Congreso.

Estaba al pie. Entró, satisfecho ya por el saludo que le rindieron los ujieres, como adjunto de un prohombre, y por no encontrar a éste, subió directo a las tribunas. Gran sesión. No se cabía. Estirando el cuello, vio que hablaba el ministro de Instrucción pública. Luego, el ministro de Hacienda. Soriano los interrumpía, levantando tempestades. ¡Sí, sí, la interpelación de la enseñanza! Tomaron parte el presidente del Consejo y dos republicanos. En seguida Canalejas, y a éste empezó a contestarle Garona. La discusión tomaba vuelos. Garona se imponía con su torrente de voz. Juan pensó en la repulsiva iniquidad de que él a esta misma hora estuviese abrazando a su mujer ¡Cuán lejos aquellas porquerías!... ¡Oh,

trepidaron de gozo sus entrañas!... Garona utilizaba los argumentos y estadísticas que él confeccionó. Turati, Colajanni, Lombroso. La escuela antropológica... «Señores diputados, ¿queréis ver en la criminalidad los efectos de ese aumento de falso bienestar y de falsa educación? Menos delitos de robo, pero más crímenes de sangre. Y en suma, igual. Y esto pasa en Francia, en Inglaterra, en Italia, en Alemania, en Dinamarca, en Grecia, en...» «¡No! -cortó al llegar aquí una voz perfectamente modulada. -Perdone su señoría, pero... en Suecia ¡no!...» ¡Soriano! ¡Concho con el hombre! «Bueno, en Suecia, ¡no!»- hubo de conceder Garona, turbado un punto por las risas de la Cámara. Sino que se supo reponer de la sorpresa, y recobró muy pronto la atención con sus bríos insuperables. «¡En Suecia, sí!» -hubiese dicho Juan, cierto de ello, descacharrándole el chiste al diputado por Valencia. De todos modos, hizo efecto el discurso y se pasó a la votación. Garona fue festejadísimo.

Y Juan salió a la calle reventando de grandeza y de victoria. Garona le felicitaría. Garona le ayudaría. Garona le impulsaría hasta hacerle tocar en algún tiempo las cimas del prestigio y del poder. ¡Eran su talento y sus estudios los que habían ganado esta tarde la batalla!

¡Oh, Garona! ¡Su padre! ¡Su Dios!

¡No sería él quien tan villanamente le ofendiese con la esposa!

Esta promesa le dejó una calma que le permitió ir a pasearse en la Moncloa, paseo de políticos también. Hubiérase encaminado hacia el hotel de mejor gana, a ver qué le decía el prohombre, Esto érale imposible sin llevar bien meditado su plan de conducta con Casilda. Renunciada, desde luego; mas ¿qué disculpas, disimulos o (al revés) severos reproches oponerle?... No fue capaz de hallarlos mientras corrió en el tranvía.

Cuando se apeó frente a la Escuela de Ingenieros, moría la tarde. Luego, borrose completamente el crepúsculo del sol, y quedó la luna alumbrando las florestas. En dos horas de esta soledad no fue el joven capaz de hallar la solución. Por una parte, él no era quién para amonestar a aquella dama, ni para adoptar con ella severas actitudes: le echaría a la calle... y en paz...; ¡y adiós protecciones del marido!... Por otra parte, su resistencia pasiva sería inútil, completamente inútil, si ella le acosase, poniéndole de nuevo en... la peligrosa situación de esta mañana... Uno u otro día, acabaría por ceder... ¡como el mismísimo José o el santo Job, en su pellejo!

Sin embargo, su conciencia le forzaba a renunciar. El fantasma del ultrajado se le aparecía por lo más negro de las frondas. El sacrificio se le imponía, por difícil que fuera su realización, por duro que fuese para él mismo, por estéril que le resultase, además, con respecto a aquel en cuya consideración lo efectuaba... ¡Estéril, sí, estéril en absoluto para el agradecimiento de Garona, puesto que lo ignoraría!

Salió de la Moncloa por no perder el juicio. No había resuelto nada. Un genio macabro, burlón, parecía estarse complaciendo en presentarle el mal como absolutamente inevitable. Sobre su honrada y firme voluntad de esquivarse de Casilda, triunfaba cruel aquel dilema: «Si callas y la esquivas con dulzura, te vencerá, y habrás sido un inicuo desleal con el marido, que es como tu Dios; y si la rechazas violento, te echará a la calle, y la habrás

perdido a ella y al marido!...» ¡Ah! Lo primero era espantoso, indigno de él; pero lo segundo, terrible, porque ni siquiera le podría agradecer Garona este hundimiento suyo para siempre en el abandono y la pobreza. En prueba, acordábase del secretario antecesor. Garona mismo lo decía: «aun siendo listo, tuvo que prescindir de él por mal fachado, porque le olía el aliento...» O lo que es igual, porque Casilda conspirase contra el pobre sordamente. ¿Y no iba a conspirar contra Juan, si le fuese con rigores moralistas?

Paseó al azar, por las calles, hasta las nueve, hasta las diez. Su errar sombrío iba teniendo un poco de la locura y la cerrazón desesperada del hombre que ha hecho un crimen. Todo le inducía a creer que, si no lo había hecho, tendría que hacerlo. A las diez y media estaba en San Marcial. A las once en el Viaducto. Pensó si la verdadera solución del conflicto entre su honradez y su miseria no fuera suicidarse... Faltábale el valor; mas no era menos cierto que en el mundo, en la casa de Garona (que era el mundo para Juan), sobrasen él... o Casilda.

Miró hacia abajo. No sólo le faltaba el valor para arrojarse, sino que parecía horrible que ni siquiera Garona pudiese luego saber por qué mártir abnegación se suicidaba.

La idea cruel tornaba escueta: «Sus heroísmos, cualesquiera que ellos fueran: el de la renunciación a su existencia o el de la renunciación a Casilda, tendrían que resultar estériles, ignorados, sin obtener la gratitud más mínima de aquel en cuyo loor se realizasen».

¿Qué favor era éste que te dispensaba un presunto amante generoso a un marido, si él no lo sabía?... Y no obstante, ni discursos, ni estadísticas, ni toda una vida de secretario inteligente, valdrían lo que una lealtad de tal estirpe. El saberlo, y caballero antes que político y que todo, el caballero, le obligaría a una eterna fraternidad con el leal.

De pronto creyó ver Juan una centella por los aires. Era una idea... una idea de luz, nada más. En su pensamiento la había forjado el contacto de tres negros nubarrones: «la incompatibilidad suya con Casilda», «la indecencia de Casilda con Gaspar» y «el apuro de su lealtad de hombre de conciencia»; y la idea, la idea de luz purificadora y siniestra que había saltado como un rayo, se concretaba en lo siguiente: «DECÍRSELO A GARONA».

¡Decírselo todo, todo!... Lo de Gaspar y lo de él, y (¡cómo lo veía de claro, rotas al fin en su cerebro las densas brumas de la duda!) no se le imponía otra cosa a la verdadera lealtad de una conciencia; porque sin contar con que de este modo obtendría su debida compensación de gratitud al sacrificio, de otro modo, en el callar, quedaríale al cobarde silencioso la complicidad de aquella escena del Gaspar infame, la complicidad del deshonor de un caballero, ya consumada.

Imperativo, categórico.

Se detuvo con el fin de confirmarlo. Iba ahora por los jardines de Oriente. ¿No era Garona su padre? ¿Más que un padre?... Pues si de su padre supiese Juan que, por ejemplo, una madrastra le ofendía, que hacía escarnio de su hogar y su cariño y su respeto... Juan

sería tan miserable como ella o se lo diría a su padre. Con más razón, si llevase su desvergüenza la madrastra hasta provocar al hijo.

Sí, sí... imperativo, categórico para el caballero, para el hombre agradecido, para el leal, hasta para el cerebral de conciencia filosóficamente recta formada por los libros. ¿De qué servirían sino tantos tratados de ética como él leyó? ¿Era que iban a ser una cosa las cuestiones en los libros y otras en la vida?

Todavía, si del heroico silencio suyo pendieran la salvación de la dicha y de la honra de Garona, de aquella por que nada supiese, y de ésta porque aún la mujer no hubiérasela perdido, se comprendía la generosidad de tal heroísmo en el silencio. Entonces, incluso podía meterse a predicador de la pobre extraviada, imponiéndola el deber, bajo amenaza de contárselo al esposo...; pero con Casilda... ¡bah!

Era resuelto. Iba a descubrirla.

Garona la encerraría en un convento, la confinaría en algún departamento del hotel, cuando menos. El secretario quedaría noblemente tranquilo por la casa. Muy duro esto, en verdad, pero justo; y Juan era un juez erigido por un supremo código moral, si ya no fuese bastante el estar siendo, a pesar suyo, con respecto de la inicua, un rival por ella misma forzado contra ella a un duelo a muerte.

Razones, pues, de justicia, de lealtad, de gratitud, de bien nobles y humanos egoísmos. Todo confluía sobre aquella decisión para fiarla. Únicamente le callaría a Garona el nombre de Gaspar, con el fin de evitar un lance inútil, puesto que purificar su casa era lo que urgía al hombre honrado y ultrajado.

Marchó de prisa, pronto a la acción..., fortificado con tal cúmulo de consideraciones filosóficas.

Por cuanto a la forma, lo había resuelto, desde luego: carta.

La palabra es indecisa e imprudente. No había como lo escrito para decir las cosas con una perfecta precisión.

Halló frente al Real un café, y entró y pidió cerveza, papel y tintero.

A la una menos cuarto, tenía escrito lo siguiente:

«Excmo. e Ilmo. Sr. D. Ángel Garona:

«Mi respetable protector y entrañable amigo: me veo en la dolorosísima necesidad de hacerle confidencias. Son enormes. Pero el deber y el cariño me guían, y yo espero que usted comprenderá mi situación. Su señora de usted (perdóneme que se lo diga de una vez,

pues fueran vanos los rodeos), no es digna. Entre escarnecer con ella el honor de usted, o revelarle su impudicia, opto por lo último. No quiero determinar hechos concretos. Básteme decirle que desde que llegó de Asturias, me asedia y me provoca osadamente. Esta mañana, su audacia llegó a un término increíble. Por eso partí desolado de esa casa, que yo venero, y no he vuelto en todo el día. Antes de dar este paso, mi respetable señor y protector, he pasado un horrendo calvario. Si me decido a él, después de hondas y largas reflexiones, es porque no es la primera vez que su esposa falta a sus deberes. El día mismo de su llegada, la sorprendí en brazos de un señor a quien no conozco.

Creo poder ser creído por usted, en cuanto a lo que a mí personalmente se refiere, sobre todo, sin necesidad de testimonios. Pero si hiciesen falta, podrían servir los de Martina, el ama de llaves, y los de mi amigo Victorino, quienes esta mañana presenciaron mi extraña turbación.

Harto sé cuán grave es lo que acabo de escribirle. Insisto en que a ello me mueven mi deber de caballero y la lealtad y la gratitud hacia el hombre noble a quien debo cuanto soy. Ahora, si cree usted que hice mal, con la verdad, impóngame el castigo que juzgue conveniente.

Lo espera resignado, su siervo,

Juan García.»

Una vez cerrada la carta, se fue Juan a la Puerta del Sol, le puso el sello, y la echó en el buzón del estanco -como quien echa en una caja su destino.

Luego, tranquilo, descansado, con el sereno terror de quien está cierto de haber provocado un drama de justicia irremediable, se dirigió lentamente hacia su casa calle San Bernardo.

Llevaba el trágico orgullo de haber sabido renunciar, en nombre del deber, a una mujer encantadora..., a esto que por nada del orbe renunciarían los fatuos..., los imbéciles...

- VIII -

Había dormido Juan muy mal. Hacia Casilda sentía la profundísima piedad del juez por su condenado a muerte. Piedad tardía..., una vez firmada la sentencia -y la sentencia era aquella carta que ya estaría quizás en el hotel... ¡Cerraba los ojos, por no figurarse la tragedia!

Durante la noche halló oportuno requerir esta mañana amistosamente a Victorino, puesto que en su acusación le aludía, forzándole a una directa intervención en el asunto. Por eso iba camino de su casa, calle del Pez.

Llegó, y se lo encontró durmiendo, aunque eran cerca de las nueve.

-Oye, Victorino. Sería tonto que te ocultase lo de ayer, ya que has de saberlo, y ya que, además, tú estás en la pista de todo por mi consulta de Fornos. En efecto, el secretario del cuento soy yo..., y la mujer de Garona, la duquesa. Ayer, ya viste...

Se interrumpió. Con el fin de puntualizar nuevamente la historia. Se la refirió íntegra, y le dio cuenta del alto acto de justicia ejecutado con la carta.

Victorino se restregó los ojos. Creía soñar.

-Pero... ¡demonio!

El asombro no le dejaba hacer más comentario.

-¡Sí, chico! Me lo ha impuesto mi conciencia. Yo soy, ante todo, un hombre de conciencia.

-Pero... ¡demonio!...; pero eso es una barbaridad, Juanito de mi alma... No temas que...

-Es tarde para reconvenciones. Ya está hecho. Ahora, lo que espero de tu amistad, cuando Garona te llame, es que digas que, efectivamente, yo te conté toda esa historia disfrazada, y que ayer viste cómo me llamaba Martina. ¡Nada, ve al hotel! Yo no volveré hasta que Garona me avise. ¿Estamos de acuerdo en esto?

-¡Demonio! -repetía el asombrado Victorino.

Juan, para no desvirtuar su requerimiento con inútiles palabras, le estrechó la mano y se marchó.

-«¡Demonio! ¡Demonio!» -seguía repitiendo Victorino.

Su cara expresaba alternativamente la preocupación y la alegría.

Luego se vistió con desatino, y se echó a la calle. Tanto la prisa le importaba, que tomó un coche... Pero luego corrigió: -¡No!... Sobra tiempo. ¡Mi oferta debe, poco más o menos, coincidir con la carta en manos de Garona!»

Llegó al hotel, y trabajó en la biblioteca hasta las once. Desde esta hora púsose a espiar por el balcón la llegada del cartero. Garona trabajaba en su despacho. Su mujer no había salido.-Entró el cartero. ¡Bien!... Victorino se lanzó en busca de Martina.

Quiso la suerte que se ahorrara a esta intermediaria, porque al cruzar los fondos del hotel, descaradamente, con la audacia de su papel de salvador, tropezó en un saloncillo a Casilda leyendo una novela. Admirado de su elegancia y su belleza, se inclinó:

-Señora tengo el honor de hablar con la dueña de la casa, ¿no es cierto?... Pues bien; yo vengo a prevenirla de algo horrible, de parte de mi amigo y compañero Juan García..., aprovechando la afortunada circunstancia de hallarme también aquí como auxiliar de secretario. Ese Juan, señora, es un idiota. A mí me ha ido contando día por día sus incidentes con usted. A su marido de usted le ha escrito anoche una carta acusándola de todo, ¡y de lo de ayer mañana!

-¡Acusándome! -profirió Casilda, dejando caer el libro.

-Y del modo más villano, señora, sin la menor noción de lo que le debe a una dama un caballero. A mí me cita por testigo.

-¡A usted!

-Sí. De sus confidencias, y de haber presenciado ayer la llamada de usted, señora, por medio de Martina.

-¡Oh! -exclamó Casilda, loca de terror.

Victorino, acercándose, intimó:

-La carta debe de estar leyéndola ahora mismo su marido, porque el correo acaba de llegar. Por eso he osado buscarla a todo trance, señora, tras de haber buscado toda la mañana a Martina inútilmente. Mi objeto es ponerme a sus órdenes. Excuso, pues, de advertirla que yo al Sr. Garona le diré todo lo contrario: esto es, que ese idiota de Juan había tenido la locura de apasionarse de usted, y que despechado... hace lo que hace. Creo que esto mismo debe usted decirle.

-¡Oh! ¡Gracias, gracias! -murmuró esta vez Casilda, con las manos cruzadas en la barba.

Y no viendo tiempo que perder, tocó un timbre e hizo que llamasen a Martina. Apenas medio informada ésta, oyéronse los pasos de Garona. Traía un papel -la carta; y en la faz un gesto de enojos, que se acentuó profundamente al ver la escena de complot.

-¡Sé lo que traes! -se apresuró a manifestar Casilda, con una sonrisa de altivez y de amargura. -¡La carta de un imbécil!... ¡Mira!... Los que te cita por testigos.

Señalaba a Victorino y a Martina, y esto hizo crecer la estupefacción en el prohombre.

-Ese desdichado -añadió la dama- tuvo la loca pretensión de cortejarme..., de apasionarse de mí. Ayer promovió un escándalo, del que se enteraron Martina y este joven, y preferí callártelo, después de arrojarle de esta casa. Viendo que no podía volver, su

venganza es esa carta, de cuyo exacto contenido acaba de informarme, como ves, ¡este señor!

El prohombre se quedó mirando a Victorino.

-Sí, señor Garona; esta mañana ha tenido el indecente e hipócrita de Juan la avilantez de contarme su... estúpida venganza.

Dejó caer Garona el brazo de la carta, paseó una fiera mirada por el aire, y salió como un león que busca a un gato.

-¡Ah, bandido! ¡Yo sabré qué hacer! -había rugido únicamente.

Y Casilda, la bella rubia atribulada, la salvada por el lindo Victorino de un modo tan seguro y rápido, tan exquisitamente galante y eficaz, acercose a él, y dijo cogiéndole ambas manos:

-¡Ah! ¡Gracias! ¡De todo corazón! ¡No podré haberle pagado jamás, ni con la vida!... Ahora le ruego que vaya a disuadir a mi marido de que busque a ese... infeliz. ¡Que esto no trascienda! ¡No deben hablarse!...

Certero y rápido siempre, escapó de la sala Victorino.

- IX -

Dos horas después, recibía Juan esta misiva:

«Señor D. Juan García.

«Es usted un pobre mentecato, a quien le propinaré un puntapié si alguna vez llego a encontrarle en mi presencia. Procure, por su bien, que esto no le suceda en la vida. -Ángel Garona».

A no ser tan breve la carta, el temblor de las manos del recto licenciado la hubiese dejado caer antes de concluirla. El temblor, que habíasele iniciado en el corazón y en los labios, habíale pasado a la nuca, descendiendo por la columna vertebral a los brazos, a las piernas. La carta rodó al suelo, y el recto licenciado a una silla.

Había querido ver a Victorino, y éste no le recibió. Ni en la tarde del viaje, ni dos días antes. Victorino se había mudado al Hotel del Universo.

Dos años después, el recto licenciado, escribiente en los consumos de Gerona, tenía sarro en los dientes, las uñas sucias y las largas guías del bigote, una para arriba y otra para abajo.

En un periódico acababa de leer que Victorino había jurado el cargo de diputado, afecto al grupo de Garona. Miró Juan en torno su oficina. Vio un jamón, sogas y moscas.

Y no pudo menos de pensar lo que ya venía pensando hacía dos años: así paga el diablo a quien bien le sirve.

Pero, filosóficamente, el diablo, para el pobre recto licenciado, eran Garona..., Gerona..., el Congreso..., Victorino..., España..., París y Londres..., el mundo todo... ¡gobernado acaso por unas ancas formidables de mujer, en una especie de machicha, cuyo ritmo llevan millares de Casildas por la tierra!

A prueba

- I -

Luis Augusto, sin chaleco aún, contemplaba en la baranda de la cama sus ciento seis corbatas. Dudaba cuál ponerse. Al fin, como en todos sus problemas graves, cerró los ojos, tendió la mano... y vio que había cogido una salmón y gris, a bandas transversales.

¡Bravo! Esto abreviaba -por más que hoy no caracterizasen las prisas su existencia.

Fiel al sistema, fue al armario y volvió a cerrar los ojos para tomar cualquiera de sus treinta (no; treinta y tres, con los tres de Alejandría) alfileres de corbata.

Se lo puso y le acudió a la mente un pensamiento filosófico:

«La abundancia es un castigo.»

Cierto.

En corbatas, en zapatos y alfileres, en...

Una noche, en una fiesta madrileña, porque él pudo escoger, habló con diez cocotas, cenó con tres y se quedó con Sarah -¡casi horrible!- Es lo que sucede cuando alguien se ve agobiado de abundancia. La espantosa indecisión repetíasele a cada instante.

Corriendo en automóvil había pensado algunas veces arrojar al camino sus maletas, y proveerse de un traje único, imitación-perro, o al estilo de los perros. ¡Ah, qué maravilla sus Kaiser, Sultán, Stella y Machaquito! ¡Pfsui, aquí!... y voilá despiertos y vestidos a los canes, y siempre prontos a marchar.

Es decir, que Luis Augusto, sportsman por vocación, llegaba a la propia o parecida consecuencia, en cuestión de indumentaria, que los sabios alemanes profesores, vistos por él con el mismo levitón y el mismo panamá por las calles de Berlín y los lagos de Suiza y las pirámides de Egipto. Lógrase, pues, de igual manera, la ciencia de las ciencias, corriendo en Derecho natural o en automóvil.

Tal conjunto de razones, instábale a casarse. Pensaba en Josefina, como quien piensa en la niña más bonita descubierta en otro cierraos de viaje en un vapor. Corrió tras una regia golfa desde Berna; cruzó Italia; creyó que la encontraba, que la alcanzaba, que ella embarcaba en Nápoles... (él engañado por unas grandes plumas de sombrero) y... voilá que a bordo del steamer, recto hacia Argelia, se halló con la gentil y cosmopolita virgen negra y blanca.

Blanca, la tez -como de rubia de encanto. Negro, el cabello -como de trágico delirio. Misterio de inocencia que dormía. Su bella madre, en cambio, ya había tenido tiempo de despertar a cuanto era... ¡y no era más, de puro buena, que una infeliz medio simple, en toda la extensión de las palabras!

Por seguirlas al Cairo y al demonio, el sportsman había dejado su otó y su ayuda de cama Godfrin en el centro de la Europa. -Telegrama: Godfrin le salvaría del martirio de elegirse los trajes cada día. Boda: Josefina libraríale de elegirse las cocotas cada noche.

Una delicadísima elección de gourmet de las mujeres, de exquisito diletante, de sabio del amor.

Mas... ¡ah! junto a la niña, junto a la bella, junto a la pura... al sportsman de la gran velocidad en el amor y en los caminos, estaba el espejo diciéndole que tenía la cara dura... curtida por el sol, ajada por treinta arrugas a los treinta años.

Y le acudió otro pensamiento filosófico:

«La moda y los deportes nivelan de aspecto al elegante y al obrero.»

Ni que cavase viñas, tendría él un moreno y seco rostro más de cavador; los dientes blancos, además, y el bigote recortado, prestábanle una apariencia de lobo en rabia o de vigilante de consumos. Absolutamente distinguido, sin embargo. El duque de hoy ha de tener cara de gañán. Lo intermedio, lo cursi y sin cachet, resulta la faz anémica del señorito ciudadano: habla de nómina y pobreza a diez kilómetros.

No obstante, le asaltó otra duda con sólo recordar el rostro de su niña y novia Josefina, dorado por las brisas, pero terso como un elástico marfil; ¿la igualaría él un tanto en juventud..., se quitaría de encima seis u ocho añitos, siquiera, afeitándose el bigote?

-¡Señor!

Un mozo.

-¿Qué hay?

-Le llaman por teléfono.

-¿Quién?

-Un amigo.

-¿Qué amigo?

-Calla su nombre. Un íntimo de usted, que le ruega se ponga al aparato.

-¡Ah!... bien.

Acabó de vestirse, intrigado, Viajero exótico, había frecuentado poco Sevilla, y tenía pocos amigos en Sevilla. Íntimos, ninguno.

Bajó al salón. Púsose al teléfono.

-¿Quién llama?

-Hola, Augusto -oyó inmediatamente- ¿cómo estás?

-Bien, ¿y usted?

-¡Cómo, de usted! ¿No me conoces?

-Hombre... por la voz... ¿Quién eres?

-¡Brea!

-¿Brea? ¿Pepe Brea?... ¡Demonio!

-¡Chico, el mismo!... En un periódico acabo de ver tu nombre entre los viajeros de ese hotel... y digo, digo, ¡chacho, le saludo!... ¿De dónde vienes? ¿Adónde vas?

-¡Hombre, no lo sé! Y tú, ¿qué te haces en Sevilla?

-De paso. Salgo esta tarde en el Mazagán para Marruecos. Le voy a curar unas cataratas al Majzen, y llevo seis vagones de bellotas para hacer café.

-¡Demonio!

-Lo que oyes.

-Pero, tú ¿eres médico?... ¿Desde cuándo?... ¿Ni qué bellotas?...

-¡Negocios, hijo! Café para Marruecos: he montado en Fez un tostadero. Curo también la vista con nitro y excremento de elefante. Vente a almorzar. ¡Tenemos que hablar mucho!... Me encontrarás rehabilitado, potentado, poderoso...

-Hombre, querido Brea, no me es posible. Vente tú, y aquí charlaremos. ¡En seguida!

Oyó faldas Luis Augusto, y por volverse dejó el auricular.

Tres inglesas que venían a esperar la hora del almuerzo, hojeando ilustraciones.

Augusto llamó de nuevo a Brea, y ya no estaba.

Dejó el teléfono. Sentose en un sillón.

Se dedicó a pensar en su novia, en su niña, criatura-mujer encantadora.

Las esperaba de paso también al comedor.

Pensaba pedirle a la mamá que la pusiese de largo en estos días.

- II -

A quien vio aparecer al cuarto de hora fue al amigo Brea, elegantísimo.

-¡Demonio!

Se abrazaron.

La última vez, dos años antes, Luis Augusto había visto a Brea en Londres de ambulante vendedor de panderetas.

Brea, ex teniente de Pavía, tenía veinticuatro años, había heredado a los veinte una fortuna y la tiró a los veintidós.

En sendas poltronas sentáronse.

-De modo, que...

-Rico, chico. Tres meses más, y me encontrarías con un Panhard en plena Europa... O por los aires. Pienso dedicarme al monoplano.

Empezó el aristócrata perdido a detallarle su odisea.

Interesantísima... sólo que, al capítulo segundo, alzose un cortinón de seda. En kimono de tono té, entró un arcángel. Detrás, una gran dama. Y el arcángel llevaba bajo hacia los hombros el nudo negro de su pelo, y por los tobillos el vuelo de la ropa.

Se levantó rápidamente Luis Augusto, y presentó al amigo. Palabras, cumplidos breves. Diéronse el brazo, y fueron a ocupar en el comedor una mesita.

Durante el almuerzo, Luis tuvo que dedicarse a conversar con la mamá, porque Brea floreaba y atendía incesante y absorbentemente a Josefina.

Un bouquet de rojas fucsias, en un florero, impedíale a Luis recomendarle a Brea prudencia, con los ojos.

La virgen blanca sonreía. Su inocencia no sabía qué contestarle al importuno -que, por suerte, manteníase en lo cortés.

El novio la miraba. Ella alzaba de tiempo en tiempo, hacia el novio, aquellos ojos verdes, de muñeca, que llegábanla rasgados a las sienas. Ojos enormes, inmensos. Ojos de equívoco y misterio, con profundísimos fulgores muy extraños e ignorados siempre y totalmente por la infinita pureza roja y nácar de la boca.

La mamá era alta; y la niña, pareciendo muy pequeña, era aún más alta. La mamá era gentilmente corpulenta; y la niña, pareciendo frágil y sumamente delicada, era de casi igual esbelta corpulencia que la madre.

Ésta, a los postres, correspondió a las insinuaciones de curiosidad de Pepe Brea con los rasgos generales de su vida, que ya le había contado a Augusto: «Venían de Londres, donde habían vivido siete años. Ella, argentina; la hija, chilena; y de Méjico, el marido, y negociante en algodón. Murió. Viajaban».

Buenas. Ingenuas. ¡Sí!

La ingenuidad y la bondad de una y otra, de Carlota y Josefina, valían por una ejecutoria de noblezas y por un caudal de esperanzas o ilusiones.

¡Dos infelices! ¡Dos seres de candor y de obediencia!... Aparte su loca tenacidad en estos viajes, sin rumbo, sin término ni objeto, especie de insensata fuga del gran dolor por el muerto dejado en Londres; aparte tal tenacidad, sentimental y recóndita, que las llevaba en un zis-zas de laberinto incomprensible por tierras y mares, podíanselas guiar con un cabello. Carecían de voluntad. Llegaban a una población y les daba igual ir a uno que a otro

hotel, o pasear por uno u otro sitio. No inspirábalas curiosidad ninguna maravilla. Pero, sentía de pronto el ansia de partir, y con urgencia ineludible del minuto pedían un automóvil, un tren, un buque. El punto de destino, fijado por ellas siempre, siempre; el punto de definitiva parada no sabido por nadie, jamás!...

-Mira, chico -le dijo Brea a Augusto, tomando Marie Brissard en el patio de limones y azucenas, y en tanto ambas se fueron a vestir para salir.-¡Alá que cure al Majzen, y que se zurzan sus bellotas!... ¡Me quedo!

-¿Dónde?

-¡Con vosotros! ¡Con ellas!... ¡Con ella! ¡Esa nena es una bruja!... ¡me ha matado!... La sigo hasta el infierno.

Tosió Luis Augusto, púsose muy serio, y bebió agua. Luego, dijo:

-¡Pepe!... Líbrate de... variar tu viaje. Estas mujeres están en mi suerte y mi camino.

-¿Las dos?

-¡Las dos!

-¡Hombre! ¡pensé que sólo la mamá!... ¡También guapa!

-Nada de mamá. La hija. Voy a casarme con ella.

Pepe le miró con súbito respeto.

-Chico, perdón. Había creído que fueses el amante de la madre.

Serio, más serio Augusto, acercó al del loco el sillón de mimbres y prosiguió su confidencia de esta suerte:

-Mira, Pepe. No sé si tú sabrás que la primavera de Egipto congrega allí a las gentes más ricas de Rusia e Inglaterra y a las damas más bellas del mundo. Pues en el Cairo, en un hotel yo he visto a Josefina, jugando al tennis, llamar, hasta el mismo éxtasis, la atención de todos. ¿No es verdad que nadie como ella puede reunir la distinción, y la inocencia y la frescura, y la beldad y la elegancia?... Sábelo y envíame; ¡mi novia es!

-¿Ya?

-Desde nuestro trece día de conocernos. Oye mi pasión y no sabe contestarme la chiquilla. ¡Qué importa! Se la dije en una noche azul, sobre el lago de Ysmailia. Inclínabase en la borda y yo miraba el reflejo de la luna en una perla de su oreja. Nunca he visto nada más tremendamente sensual que aquella luz de aquella perla entre aquel pelo negro-infierno y aquella carne rosa de la gloria!... ¡Oh, tú no sabes cómo es el seno de esa virgen, y su pierna!... ¡Oh, su pierna, Brea, tú!

-¡Diábolo!... ¡Virgen, entonces... o... aún? ¡Mucho sabes!

-No la ofendas. Me conoces. Soy un griego. Por mí no habría quedado el querer saberlo todo ya a estas horas de la niña Eva, de la niña-hechizo. Me contiene su candor. Además, filósofo, como lo soy, he llegado por la purísima beldad de Josefina a conclusiones formidables. Filósofo paradójico... ¿entiendes?... ¡No, tú eres un salvaje, Brea; un inconsciente, un impulsivo! Tú seguirías a esa muchacha, te arruinarías por ella hasta vender de nuevo panderetas, y serías feliz guardando en tu memoria la de una noche entre sus brazos. Yo, al revés, me conceputaría desdichadísimo si, en caso igual, reflexionase que había gozado fugaces el placer y la belleza, supremos como son, como serán en Josefina sin retenerlos para siempre. ¿Comprendes?... ¡Oh, no, no me comprendes! ¡Filosofía paradójica!... Se casan otros por buscarse un refugio de paz a sus harturas, y yo me casaré, griego, epicureano, por ver reunido en una flor de vida el deleite sin fin de la gracia y la belleza, la pasión de todas las cocotas, el gozar de todas las cocotas, el mar de amor y de delicia que pudiesen darme juntas todas las cocotas!... ¡Oh, no, no me entiendes; Brea tú eres muy estúpido!

Había un fuego de ambición terrena de ideal en los ojos de Augusto y se escondió. Tuvo que contemplar piadosamente al amigo loco y aturdido, que se limitaba a sonreír.

Fumó, bebió Marie Brissard, bebió agua y se levantó, invitando a Brea a levantarse.

-¡Bueno, tú, mira, que vienen!

Josefina traía polo y guardapolvo. Su madre velo azul liado al sombrero y a la cara. Esperaba el automóvil.

-Qué, ¿nos acompañas?... A Tablada. Si partes esta noche, tienes tiempo. Al regreso te dejo en el hotel. Pero, oye, Brea... los hombros, las piernas se los he visto yo únicamente a Josefina al bañarse en el Nilo y al jugar al lawn-tennis. ¡Yo también me voy mañana y vuelvo! Tan resuelto a la boda estoy, que quiero traerme, en regla, mis papeles de Madrid. ¡Me caso antes que vuelva a salir de España la viajera!

Ellas, sonriendo, esperaban a los dos. Y Josefina se abrochaba una manopla.

- III -

Lisboa parecía el bello lugar de descanso elegido al fin por las damas. Junto a una quinta real, al otro lado del Tajo, frente al puerto, habían tomado en alquiler otra quinta. Era un viejo palacio de piedra, poéticamente obscurecido por las hiedras, por los musgos, por el mar. Hundíale en su verdor un bosque de araucarias. El parque, descendiendo en suavísimas colinas de palmas y de helechos, llevaba los muros de entrada hasta el río, donde un gran blasón de mármol pregonaba estirpes lusitanas.

Luis Augusto vivía perdido en la ciudad que se espaciaba enfrente. Alojado en el Palace-Hotel, de la Avenida, allí pasaba las noches, y las mañanas y las tardes, con su novia.

Para verla, cruzaba la ancha ría en un falucho. Y en él iba esta tarde -habiendo ya aprendido el nombre del patrón, que usaba faja roja y barretina. Ramahlo Raul d'Acosta.

¡Mañana tendrá usted una sorpresa! -había anunciado el día antes Carlota, que era la que siempre tomaba iniciativas en nombre de la hija y novia arcángel.

Llegó, desembarcó, y al cruzar el parque, en un macizo de arboleda, sintió el encanto de una cítara. Fue, casi de puntillas, como quien teme ahuyentar a una nereida, y descubrió que Josefina era la tañedora perezosa. Bajo la umbría de selva, la vio medio tendida en un ribazo. Vestía de blanco. Frisaban delicadamente su falda los miosotis, y el extremo rizado y negro de su trenza deshacía entre amapolas.

Ella cantaba.

Él, tomado por el hechizo de la voz de oro, detúvose tras las ramas de un laurel.

Lo que cantaba ella eran canciones bohemias, en dialectos italianos. Pícaras -y más que por la letra, que Luis Augusto no lograba comprender enteramente, lo adivinaba por el gesto y por la profunda intención del frasear de Josefina.

Canto, a media voz, para recreo de la gentil, de la... intuitiva, de la bebé-mujer soberbia, que en su misma vida de inocencia y de esplendor tenía los gritos todos de todas las pasiones.

«Así -pensó el filósofo- están en los capullos, latentes, ignorados, los faustos de las rosas.»

Resuelto, él se había afeitado el bigote. Esto, sabía muy bien Augusto (porque decíanselo largamente los espejos), que habíale rejuvenecido hasta acercarle algo a aquel encanto de su novia. Además, aquí sola, ella, con su propia alma en silencio, con su propio ser de bravo capullo de amorosa en el verde ensueño de la música y del bosque, representaban sus diez y seis años los menos veinte, veintiuno, veintidós.

A no ser por el peinado, nadie la creyese ahora tan chiquilla, y menos por el arranque de la pierna. Calzaba botas de lona, sin tacón, de garganta baja; y el ligero desorden de su falda dejaba ver la seda blanca y calada de las medias. Esbeltísima opulencia de carne rosa, tras de los calados -que cobraban un matiz indefinible de fondos de flor o de fondos de nieve tintada por la aurora.

¿Qué fugitivos tonos de aurora, o de celeste violeta, hay en la rosa carne muy blanca de las blancas?

Vienne, ca'o notte e dolce
'o cielo ch'è nu manto;

tu duorme e i'te canto
'a nouna affianco a te.

Sí, esto se lo había oído Augusto a Tita Ruffo.

Sonreíase la cantora, expresándolo, y una luz diabla asomábase a sus ojos.

Al mismo tiempo, el novio estaba viéndola las piernas, un poco más que cuando ella jugaba al tennis. Y con el ansia, sin tocarla, así, angélica, la habría querido desnudar completamente. Era su obsesión. Decir que él hubiera de haberse enamorado de la cara de ella nada más, fuese sandez... y puesto que la amaba toda, no quería amarla en el enigma, en el desconocimiento casi completo de su cuerpo, que habría de ser para el amor no menos principal.

¡Oh, sí!... no obstante esta faz suya de sportsman y de un poco cansado gustador de los placeres, ya muy arreglada sin bigote, los espejos del Palace Hotel decíanle también a las horas de bañarse, cómo al fin su estatua atlética de Apolo era perfecta, y cómo era su ser entero una armonía. Pues... bien; desde tres noches atrás le constituyó un gran miedo en el amor de Josefina la duda, la terrible duda de que pudiera no formarle ella en la totalidad de su ser otra armonía; y fue que en el teatro de San Carlos había encontrado, para pasar la noche, a una joven austríaca, elegantísima, irreprochable de rostro y de líneas, a través de los vestidos... ¡Ay! lo que no estorbó que al despojarla apareciese con el pecho nada firme y las rodillas hacia dentro... ¿Quién lo habría creído, a juzgar por el escote y el tobillo?... Pues... bien; esto, para un dilentante de la estética, podía pasar en fugaces amores de alquiler, despedida ella al fin por la mañana... mas, ¿cómo arreglarlo si «la cocota» que metiera en casa fuese nada menos que la propia famosa esposa del lazo indisoluble?... Pues... bien; a pesar del candor de Josefina, a pesar de todo, él debía saber a qué atenerse, antes de casarse.

Y tan impetuoso había sido el sentimiento, que entreabrió las ramas del laurel, y avanzó hacia Josefina.

-¡Oh! -hizo ésta, dejando súbita la cítara, para incorporarse y componerse el vuelo del vestido.

-Pues... bien, ¡sí! ¡vidita mía! -díjola él en reto de franqueza. -¡Estaba mirándote las piernas, yo!

-¡Aaah! -tornó a exclamar la candorosa, con un indefinible sonreír que aun se dijese el de su canto.

Él se sentó y la cogió una mano. La tendió su otro brazo por el hombro... y entonces Josefina huyó un poco la cabeza y le miró.

Contempláronse un momento, en ansia y susto; y, luego, él, le dijo a la asustada, a la extrañada:

-Dime, Josefina... ¿eres tan irreprochablemente bella como es tu cara... toda tú?

¡Ah, la niña... y su sonrisa... su sonrisa muerta en un asombro de rubores!... Rápida se levantó. Huyó. Por vez primera habíala hablado Augusto así. Él la vio tan blanca desaparecer en los laureles... ¡Le había entendido, cuando menos!

Tomó él la cítara, y partió detrás. Había perdido unos instantes. No la halló. Iba pensando que... acababa acaso de agraviar hondamente a su inocencia. La había tratado siempre como a niña... la mano entre las manos, con amor y con respeto... en las noches de luna sobre el mar. Pero, hacíale falta verla desnuda enteramente... y recordó, confiándole al recuerdo de su designio, la gran ductilidad condescendiente de la niña y de la madre. Cosmopolitas, puras de intención, porque él lo quiso fueron en Suez una noche, desde un templo cristiano, donde ambas rezaron de rodillas, a un music-hall, donde serenamente vieron danzar a las lúbricas bayaderas punto menos que en pelota. Limpieza y castidad de corazón que defendíalas las serenidades de los ojos. -«Dicen que son como las sacerdotisas de esta religión» -dijo luego Josefina por breve comentario. Y el sensual, el libertino, confirmola: -«¡Sí, las bayaderas! -«¡Vaya, vaya!» -exclamó únicamente la mamá.

Llegó al palacio. Dorotea, la doncella de Coimbra, le llevó al salón-estufa. Grandes sedas se tendían desde el techo hasta las palmas. Entre el ramaje erguíanse las estatuas; y las vidrieras de color daban tonos vivos a las venus. Carlota esperábale, leyendo en el Corriere della Sera un crimen de Milano y sentada a la mesa de té junto a un cersis. Josefina apareció con timidez por otra puerta... y sonreía, bajos los ojos.

Sentáronse los novios. El té transparentó sus oros en el fondo dorado de las tazas. Augusto le miraba a Josefina los tobillos... y ella recogió los pies.

¡Ah, nunca! Vio que constantemente los pudores saldríanle al encuentro a su designio... y, sin embargo, no se casaría, no se podría casar, absolutamente no debía casarse sin verla en cueros. En nombre del arte, harto desnudas tenía aquí mujeres de mármol delante de los ojos. Bien merecía la venus de carne ser vista desnuda en nombre del amor.

¡Oh, si un verdadero amateur fuese a adquirir una escultura, y se la diesen con falda y con levita y con boa, a salga luego, dentro, lo que salga!... Había acabado el té.

Carlota se levantó, y le hizo una señal de inteligencia a Josefina.

-Luis Augusto -dijo- ¿espera?... Es nuestra sorpresa.

Fuéronse las dos. A fin de entretenerle dejáronle La Vie au grand air y un anillo persa de seis aros -rompecabezas, esto, difícilísimo de armar.

Tardaban. Tardaron. -No mucho, sin embargo, para la transfiguración de maravilla que al fin vio Augusto.

-¡Pasa! -había dicho Carlota, apareciendo y levantando en una arcada sederías.

Y entró una dama. Olímpica. Imperial. -Era la niña. Era Josefina vestida de mujer. Augusto vio joyas, bucles, encajes, líneas elegantes y poderosamente acusadas de corsé, por debajo de pálidas y ajustadas granadinas.

-¡De largo! ¡Su novia!... ¡Tal que la quería! -Rió Carlota.

-¡Voilà! -Pudo asentir simplemente el encantado.

Y ella, púdica y coqueta... ¡bien de largo!, se recogió la cola y fue al piano que escondíase en la frondosidad de tamarindos. Púsose a tocar danzas rusas. Un estanque circular, bordeado por líquenes, orquídeas y orejas del profeta, había dejado entre ella y él, en su pedestal del centro, a la Aphrodita.

El embeleso le duró al griego Luis Augusto unos minutos. Luego se indignó. Filosofaba, con aquella gran filosofía que le había metido en el alma el automóvil. ¡Voilà! El traje, la modista, habíanle repentinamente transformado las castas curvas indecisas de la arcángel, en las bravas curvas de mujer. ¡El traje! ¡La modista!... y ¿qué había en ella por debajo de verdad?... Noble y profundamente enamorado como estaba, dispuesto a la boda que parecía esperar apenas esta especie de social sanción de indumentaria, se acordó... de tanto desengaño, del último desengaño aquel de la cocota. ¡Quién pensara por su paso y por su pie que tuviese las rodillas hacia dentro!... Claro, claro, se indignaba, se indignó; francamente se indignó. Había salido Carlota, y fue rápido al piano:

-¡Oh, tú, mi Josefina!

-¡Qué! -clamó ésta, imposibilitada de seguir la música, sujeta por el brazo.

-¡Oh, tú!

-¡¡Qué!! ¿No toco?

-¡No! ¡Aquí... la estatua; tú... donde la estatua... como la estatua... y yo, allí... para mirarte!

Era una orden insensata que marcaba el ademán.

-¡No te comprendo! -dijo la purísima virgen con su sonrisa de misterio en su cara de amapola.

-Mira, oye, Josefina -prorrumpió violento él. -¡Te adoro!... ¿Te acuerdas de las sagradas danzas de Suez, de... aquellas bayaderas...

Cayó en un desalentado silencio repentino.

La explicación, para la novia angélica, era difícil y brutal... como lo sería para un caballo que pudiera entenderle al futuro dueño desconfiar de sus bellezas. A tratarse en Josefina de una experta de salón, de una niña al menos no guardada eternamente por su

madre, la investigación pudiera irse realizando en una lenta empresa de feliz galantería... Mas ¡no! ¡He aquí que entraba la mamá!

Estuvo triste Luis el resto de la tarde. Infantilmente pasada en hacerle ver uno por uno los diez trajes que le habían llegado a Josefina como primera remesa de París, los cuales ella se probaba muy contenta, yendo y volviendo veloz al tocador; el de la boda fue el que desoló más al prometido. ¡Bah, sí!... ¡quería decirse que se la tapaba más, que se le hacía aún más problema y enigma de aquel cuerpo, según se iba acercando el día el que lo hubiera de desvelar entero e irremisiblemente suyo para siempre!... Antes, al menos, por debajo de las faldas se le veían perfectamente los tobillos.

Y fue tanta su zozobra, su inquietud, que en el parque de araucarias, cuando el sol habíase puesto, Carlota, delicada, se informó -aparte ambos un momento:

-¿Qué tiene, Luis Augusto? ¿Le apenan estas cosas de la boda?

-¡Carlota! -dijo él parándose junto a ella y tomándola la mano en amistad. -¡Es solemne la ocasión! ¡Hay algo bien caro en la intimidad del sentimiento, del sentimiento de mi amor, y que yo no me atrevo a decirle a Josefina! ¡Venga usted; me va usted a oír cosas de una humana franqueza formidable... por lo mismo que las respeto a ustedes y que respeto mi felicidad y la de su hija!

Brindado el brazo, condújola principescamente hacia un cenador de pensamientos negros, grandes -en tanto se quedaba Josefina entonando con la cítara sus canciones del colegio:

¡Oh! J'avais une marguerite
elle était pâle comme moi...
¡Mais, hélas! Se pasó bien vite
Dans ma chambre
¡il fait si froid!
Je la trouvait
sur le montague
je la gardail
comme un tressor.
¡Petite fleur!
Par ta compagne
mon coeur fleurise,
fleurise encore!

- IV -

Sentó a Carlota en un versallesco sofá de mármol, de la rotonda, y él dijo, sentándose al extremo, y muy cortés -para cuyo mayor efecto se había quitado la gorra y se había puesto el monóculo:

-Señora, voy a hablarla a usted en un lenguaje que no es quizá de país alguno, por su giro de conceptos, pero que es del mundo; pero que es... del espíritu de una civilización del fondo del corazón y de la conciencia misma de la Europa, caído a él desde la práctica intuición del vivir refinadísimo del gran París, del gran Berlín, del grande Londres... Y discúlpeme que tome la cuestión por las alturas de la perennemente humana y más transcendental filosofía. ¡En primer lugar, soy un filósofo, soy un reflexivo!

Se quedó mirándola al través de la limpia lente transparente, y le hizo sonreír la sensación de su dominio sobre la criatura de ignorancia y de inocencia. Sin embargo, precisamente por estas cualidades, veía menos fácil la empresa de formular su petición. No empezaba mal, aturdiéndola con aquella filosofía que ni él mismo había entendido.

¡Diplomacia, qué caramba!

-Señora -repitió con el mismo tono galantesco, afirmándose el monóculo y guardando en el asiento perfecta compostura- ruego a usted que vea en mí, aquí, en este parque de Lisboa, en este delicioso extremo del más culto continente de la tierra, al hombre que ha viajado mucho, que ha pulsado y rectificado todos los sociales valores, y que se debe expresar, por consecuencia, con una sinceridad cosmopolita... ¡cosmopolita..., sí, sí, esa es la palabra!... ¡cosmopolita!... y absurda si se trata de medirla por la norma limitada de una moral portuguesa, española, inglesa o alemana... de una moral, en fin, con apellido; pero absolutamente natural y noble con respecto a la moral inmensa de la vida! Tras este ruego, ¿me concedería usted autorización para considerarla como a una culta dama de enorme comprensión, que a más de poseer el positivista espíritu del tiempo, por haber vivido en Londres, ha recorrido la tierra igual que yo, domando sus prejuicios de moral delante de los desnudos árabes de Oriente, aquellos beduinos, por ejemplo, que en Aden abordaron el vapor, y delante de las lúbricas y bellas bayaderas de la India?

Guardó silencio. Esperaba la respuesta, y no la obtuvo. Todo confusión, en el ansia de Carlota. La pobre figurábase quizás que Luis Augusto iba a lanzarla una declaración de amor personalísima.

-¡No le comprendo! -suspiró.

-Pues... las bayaderas... ¡aquellas de Suez! ¿Eh, Carlota?

-Ah, sí... las... de la danza de vientre, sí. Las bayaderas... ¡Vaya, vaya!

-¿Eh?... ¡Voilà! -marcó el sportsman satisfecho.

Sin embargo, más que la desorientación de la dama, le preocupó un momento su frase de memorativa aclaración... «las de la danza de vientre.» -¿Cómo diablos sabría el nombre de guerra de tal danza?...

Bueno. Se acercó en el banco versallesco; la pidió permiso para encender un jugoso habano, y prosiguió:

-Carlota, ¿ha leído usted a D'Annunzio?... Bien; pues habré de memorarle que un bravo y noble personaje romancesco de ese escritor, que es el exquisito novelista de nosotros los sportsmen, de nosotros las mentales gentes distinguidas, en un libro delicado, El Inocente, duda de que un tierno hijo de su mujer, lo sea suyo: lo coge, aprovechando en la alta noche la ausencia de la infiel, le quita delicadamente las ropitas, y lo expone al frío horrible de un balcón, hasta hacerle tomar la pulmonía que haya de matarle. ¿Eh? ¡voilà!... la moral ultramoderna... el positivismo selecto y elegante que les deja a las bárbaras plebes miserables los aun para ellas tan precisos lazos de la ley. ¿Eh, Carlota?... Pues, yo, con usted, y con referencia a su bella hija, a mi adorada Josefina, no trato ni siquiera de transgredir ninguna ley penal, en nombre del honor y del buen tono; sino simplemente una costumbre imbécil, ciega y peligrosa, en nombre del amor... que es al fin perfectamente humano, y lo único que hace hermosa la existencia.

-Usted dirá -pidió en la breve pausa la confundidísima señora.

Y él, imperturbable, siguiendo en su discurso la ruta tomada de improviso, aún, le aumentó su gran curiosidad con nuevas incidencias.

-Yo digo, Carlota, que en el Nilo, que en Suez, ante aquellos cazadores de caimanes y ante aquellas bayaderas, la vi a usted con tranquila complacencia fijarse los impertinentes para mirar la desnudez... Usted y Josefina pudieron contemplar estéticamente el espectáculo, ¿no es eso?... ¡Bravo! Luego la desnudez, la humana desnudez, puede ser un casto e importante elemento de la estética.

Fumó Augusto, ajustándose el monóculo; iba a escupir... pero no escupió, dándose cuenta de la incorrección delante de una dama; y dijo:

-Carlota, es para mí tan esencial en el desnudo humano, la línea de belleza, la belleza llevada hasta su misma perfección, la divina belleza irreprochable, intachable, insuperable... que... que... que siempre he conceptuado como el más alto ideal de mi ambición el poseer... el poseer... el... ¡Bueno!... Que siempre he conceptuado que... que...

Se le turbó la claridad en el discurso; se le amontonaron las razones, perdiendo toda sutileza, y ante el gesto apremiante de Carlota y hubo de atajar, completamente atropellado:

-Que... que, en fin, Carlota, que no me casaré si no veo antes desnuda, enteramente desnuda, a Josefina.

-¡¡Caballero!! -Clamó ella en gesto de trágica sorpresa, medio levantándose.

Él la contuvo con la súplica de un gesto, gentilmente.

-Señora... ésa es la consecuencia a que quería llegar con mis filosofías; y precisamente por ser un poco extraña, he procurado desprenderla de un modo gradual. Fuerte, no lo niego; mas había que decirla, y ya está dicha. Ahora, escuche mis razones; y ante todo, ruégola que considere que no se trata para con su hija, por mi parte, de ningún proyecto irreverente, sino de mi boda.

-¡Por Dios, Augusto, de su boda! ¡Una indecencia tal, y... de su boda! ¡Quién hubiese de esperarlo!

-¡Justo, de mi boda!... Nada de indecencia. Y celebro muchísimo, Carlota, el sesgo de la conversación, puesto que él nos permitirá expresarnos francamente. Fíjese: en primer lugar, la prueba de que quiero casarme, es que deseo ver desnuda a Josefina. ¿Por qué?... Porque aspiro a conocerla... a aquella de quien yendo a ser toda mía, apenas si conozco más que la cara, las manos y los pies... ¿Es que mi amor no tiene el derecho a la evidencia total de su belleza?

-¡Luis Augusto! ¡Por favor!

-¡Señora, por favor también la pido que me atienda y que me entienda! ¡Va en ello mi felicidad, y la felicidad y el porvenir de la adoradísima criatura. Hombre de mi siglo, de mi tiempo, y educado en un estético rigor que ha recaído principalmente en las mujeres, la sensación y el sentimiento son las bases de mi vida. En esto soy intransigente. Como al mismísimo D'Annunzio, la fealdad me constituye un tormento insoportable. Mi más grande desventura, habría de ser el no encontrarle a mi mujer, en un cuerpo de beldad, un alma de amorosa.

-¡Ah! -suspiró ella, esta vez menos esquivada, tocada en sus orgullos de madre y de mujer- ¿y por qué pensar, por qué temer que mi hija no sea bella?

-Señora, ser bella, no es bastante. Como sus manos, como su rostro, necesita ser perfectamente bella, desde la frente a los pies. Vuelvo a rogarla a usted que se fije en que, hombre de mi tiempo, rico, como ustedes ricas, y ni Josefina ni yo, pues, necesitados de una boda de descanso o conveniencia, sino todo lo contrario, de amor y de placer, para ella y para mí tendrá que formar la belleza el elemento principal y transcendente. Me dirá usted que todos los novios se casan sin este requisito, sin esta confirmación, sin esta previa seguridad que yo ansío aportar a mi ventura; yo, aparte la condición original de mi criterio, pudiese contestarla que... así se ven por el mundo las desgracias que se ven. Dícelo el cantar, y, parece hecho para el caso. Quién que en la noche de la boda en su mujer descubre un esqueleto, una vez desprovista ella de rellenos y prendidos; quién que se encuentra con un monstruo de gordura, una vez libertada del corsé...; y si es aún verdad que pudieran muchos novios argüirme que sabían a qué atenerse en cuanto a formas, desde mucho antes de casarse, y si tampoco deja de serlo que otros dícense enamorados del alma, del corazón, de las bondades de su esposa, y no de su hermosura, tampoco es menos indudable que los tanteos de aquéllos constituyen una muy grosera e hipócrita traición a los decoros, y que la resignación de éstos consuélase con lindas amantes cuando puede. Pues bien, Carlota, mi amor es tan leal, que ni busca como prólogo las rastreras artes del descuido, ni quiere la posibilidad de consolarse en su derrota con queridas. Noble, caballero, procedo en caballero, me parece... ¡y a ver, si no, a cuál madre de la tierra le ha hablado nunca su presunto yerno así!

«¡Así!» -se repitió interiormente Luis Augusto, satisfecho. Efectivamente, abandonadas las abstrusiones filosóficas, limitándose a los hechos, como cuando iba a comprar un automóvil, él mismo sorprendíase de la precisión de su elocuencia.

-¿Comprende ahora -prosiguió- por qué quiero ver desnuda a Josefina? En suma, amiga mía, la conferencia que estarnos celebrando, es la de solemnidad y rigor en cualquier boda; sino que a la moderna, porque es bien natural que habiendo alguna vez de empezar a transformarse las costumbres, en eso, como en todo, para amoldarlas a las justas exigencias de la vida, nosotros, gentes progresivas, seamos los que empecemos la modificación respecto a ésta. Lo tradicional es que las madres, en casos tales, informen a los novios de cuantas cosas de las hijas se refieren a condiciones de carácter, de riqueza, y de tal o cuál, grave y más o menos ostensible enfermedad, si la tuviese; y no cabe negar que es eso lo que menos hace falta, por ser lo más sabido de antemano por el novio; así, estando él harto de ver las rarezas del genio de la chica, o, por ejemplo, que cojea, dícele la madre: «debo advertirle, señor mío, que, según el médico, sufre mi hija de histerismo» o «que es coja, a causa de un tumor blanco que padeció cuando pequeña»... y en cambio, señora, de aquello que, si se cuenta con la corrección del novio y con el verdadero candor de la muchacha, él ignorará, no se le dice una letra; v. gr.: «advierto a usted, puesto que le he notado en los teatros predilección por los bellos senos, o por las rubias, o por tales otras singularidades de belleza, que mi hija, aunque bien armada por fuera, es por dentro algo delgada, o que no es tan rubia o tan blanca como aparenta por su pelo y por su cara, o...» ¿Comprende usted? Ahora bien, insisto en hacerla a usted notar mi estético temperamento, puesto que ello en mi vida y en mi boda es principal, y suplicola encarecidamente que se fije en que si un gran cuadro, considerado en su conjunto como obra de supremo arte por mi artística ambición, me daría el dolor del desengaño al descubrirle trazos o detalles imperfectos, mi decepción y mi infelicidad no tendrían término si impensadamente descubriese imperfecciones en la elegida que haya de formar el amoroso cuadro eterno de mi vida. Yo adoro a Josefina, yo me prendé de ella por la belleza incomparable de su cara y de sus manos, y yo la supuse y la supongo, desde luego, toda la beldad, mas, ¿por qué no cerciorarme a tiempo con mis ojos? ¿Es que voy a concederle menos importancia, señora, menos importancia que a la adquisición de un cuadro a la viva adquisición de mi ideal?... Ah, sí señora; esto es de una lógica aplastante y de una suprema moral, si bien se mira; sin que pueda bastar, por otra parte, que usted me afirme y garantice, ni aun que me describa, los encantos de mi novia. Tal descripción, violenta para usted, si había de ser tan detallada como mis curiosidades exigieran, tampoco llenaría jamás mi aspiración, porque no siendo universal, sino personalísimo, el criterio de belleza, resultaría imposible que en la porme... pormeno... pormenorización de usted, yo quedara satisfecho.

Descansó del tropecón con el vocablo, y cerró con este sutil avance sus antojos:

-¡Un estético! ¡Un crítico, un exigentísimo crítico de arte (todavía una vez) que ansía forjarse la perfecta y artística conciencia de su amor!... ¡Tal es mi caso, Carlota! El arquetipo, yo lo he vislumbrado en Josefina. Me caso, por eso, y nada más... y es, de paso he de decirlo, la razón más bella y noble que le encuentro yo a una boda, por no añadir que la única razón; puesto que sobre las hermosuras físicas, inmutables, irreformables, las condiciones morales de una mujer se pueden adaptar, reformar y mejorar en cuanto sea capaz el que la educa... o si lo quiere usted mejor, el que la ama. Ahora, sí, señora, por lo

mismo, y aspirando a una completa moral perfección, en su base, que es lo material, soy implacable. Esto obedece a un criterio de fundamental filosofía que yo he podido inferir al guiar mis automóviles: una bella máquina, sólidamente bella, hasta en sus más pequeños muelles y ruedas y palancas, garantiza su función; si es bella y armónica, cumplirá perfectamente el fin para que hubo sido construida. Y ¡voilà!... considere usted a los humanos seres a la luz de este pensar moderno que nos reputa como máquinas de vida... y saque después la consecuencia. A los umbrales del viejo y cerrado alcázar de la moral, llego, pues, en los altos nombres del arte y de la ciencia. Inteligente en uno y otro, sólo con mis ojos podré adquirir la persuasión que espero irreprochable en Josefina. Línea a línea de su vida, de su cuerpo, de su estatua. Es la irremplazable condición para mi boda. Un solo rasgo irregular, no absolutamente bello en su belleza, haríame desistir -puesto que yo, viajero de la Europa y gustador fugaz de las más famosas bellezas europeas, justamente por haber creído encontrar en Josefina a la más bella de todas las bellezas, he llegado de ella a enamorarme, al punto de querer consagrarle mi existir. Llevado por este único móvil a mi boda, la decepción sería lamentable para todos. Y ahora, usted vea, señora, si su hija, según pregonan tanto su cara y sus vestidos, es, en efecto, tan bonita que pueda resistir a la prueba que nos es tan necesaria!

-¡Oh, Augusto! -volvió la dama a suspirar.

Y él, rápido, acosó:

-¿Lo es?... ¿Es que no lo es?... Su sola duda, Carlota, bastaría a hacerme desistir. En tal caso, sólo réstame pedirles mil perdones, y rogarlas que reconozcan, por lo menos, mi nobilísima franqueza.

-No, no es eso... es que... ¡Mi hija es bella, pero... este trance, Augusto, amigo mío... pero... la forma... su decoro... sus...

-Entendido, ¡sus rubores! ¡la moral!... Usted, Carlota, sin embargo, convencida de mis rectas intenciones, haga reflexionar a Josefina estas tres cosas: primera, que nada importa su rubor ante quien irá a ser su marido al poco tiempo; segunda, que el modo, lo dejo enteramente a su elección; y tercera, que suponiendo que por el resultado de mi investigación yo no pudiera casarme, soy un caballero para no decir jamás a nadie que la vi desnuda, sin tocarla más que con los ojos. ¡Les doy a ustedes mi palabra! Por lo demás, me permito recordar a usted que, a fin de decidirla, debe recordarla que en Ostende, en Biarritz, en Trouville, en todas las grandes playas elegantes, las más honestas mujeres van al mar medio desnudas, por delante de los hombres. Y si usted me lo permite, aún acabaré con una consideración de esta filosofía moderna en que vivimos; ¿no serán esas ostentaciones de las playas el paso de los viejos hábitos hipócritas a los novísimos... a la misma franca necesidad que sienten las mujeres de enamorarse a sus maridos por una hechicera garantía mayor que las que puedan dar los encantos de sus rostros?... Y adiós, señora; y como tendrían algo de violentas nuestras nuevas entrevistas, en la duda, parto a Lisboa, y sólo volveré cuando ustedes me escriban avisándome el conforme!

Saltó de la glorieta, y pasó junto al bosque de laurel, en donde seguía cantando Josefina:

«...elle etait pâle
comme moi
Mais, ¡helas! se pasá bien vite...»

- V -

Por fin, al tercer día, llegó al Palace-Hotel, esta carta:

«Amigo Luis Augusto; Venga Usted esta noche, a las ocho. Cenará con nosotras: y usted, que es entendido, verá antes, un momento... la Venus que hemos adquirido para adorno del jardín. Espero que, después, guarde una absoluta discreción con Josefina. Su afectísima,

Carlota»

¡Bravo!

Se vestía ayudado por Godfrin, que le ahorraba enojosas elecciones de corbatas y de cosas.

Miró al reloj. Las cinco.

Pero le citaban a las ocho. Y siendo ésta una cita de transcendencia y dignidad, él debería ser perfectamente exacto.

-Oye, Godfrin, avísale a José que me prepare el auto.

-¿No va el señor con madama?

-No. Desisto. Ve y dila que otro día.

Era una coqueta que el experto servidor le había buscado. Adoraba a Josefina; pero entreteníase, habíase entretenido así en estos tres horribles días de la duda y de la espera.

-¿Y es guapa, dices? -inquirió con el leve y último dolor de su renuncia a la beldad desconocida.

-¡Oh, sí! ¡Le hubiera gustado al señor! Rubia, alta, elegantísima.

Sin embargo, tragó saliva, y se fue en el automóvil.

Recorrió Estoril, y llegó en Cascaes hasta la Gruta del Infierno. Le acompañaba un lisboeta, que mirando el abrupto antro de rocas y de olas, ensoñaba -para allí- cien vírgenes ondinas, a quienes devolviesen a los mares, entre ambos, desfloradas. Tarea para una tarde. ¡Y lástima que el amoroso poder de los humanos no pudiera ser mitológicamente vigoroso de tal modo!

Luis Augusto se acordaba de su novia, y encontraba un poco elegantemente bruto al portugués.

A las siete le volvió en el automóvil al centro de Lisboa, le dejó en un salón de esgrima y él se fue al puerto.

Caballeroso, ni a este buen amigo de orgías había dicho la felicidad que le aguardaba.

«Sí -se confirmó ya dentro del falucho, en tanto que d'Acosta guiaba Tajo enfrente- sí, ¡felicidad! Cuando acceden, es que ellas mismas no pueden dudar que sea mi ensueño Josefina.»

Iba anocheciendo, y la luna desde la altura azul le derramaba a la anchurosa ría sus resplandores. Luna llena. Luna clara.

Luna casta, ¡Diana! también. Sus velos diáfanos de plata irían a acariciar la pura desnudez de Josefina; porque, seguramente, la cándida mamá, habría aprovechado aquella indicación del baño para ceder a la voluntad del exigente protegiendo con su piadoso engaño a la muchacha: la haría bañarse; le haría a él esconderse donde pudiera verla sin ser visto. Por esto, la carta le recomendaba discreción, para después, con la escultura.

¡Ah, virgen! ¡Su tan adorada idolatrada!

Cruzaron por ante la proa de un trasatlántico. A lo lejos, en la bruma argéntea, se descubrían recortados contra el cielo los bosques de araucarias. Había un remanso con escalinata al mar, cerrando una playa de conchas y arenitas, y allí era donde Josefina se bañaba por las tardes. Ella se lo había dicho en su candor. Y allí, en la plenitud de su candor, irían esta noche sus ojos a mirarla, poetizada por la luna.

Bogaban: llegaban. Luis Augusto, triunfador, ya de pie para saltar, sonreía al orgullo de su influjo sobre la bonísima Carlota, en la cual había causado su elocuencia un efecto sugestivo. ¿Cómo entender, de otro modo, damas de alcurnia las dos, honesta madre, Carlota, que contra todas las razones del mundo, y con ser tan poderosas las de él, accediese a mostrarle desnuda a la chica?

¡Victoria de la perspicacia y del talento!... Por más, también, que de tan buena, Carlota, ¡la infeliz! no podía negarse que era simple. Es decir, que si en vez de dar con él, dan con un truhán...

Saltó a tierra y mandó amarrar la barca, pensando comprar, así que se casase, una canoa-automóvil para efectuar la travesía. Larga, efectivamente. Volvió a mirar el reloj y eran las ocho. ¡Exactitud!

Le aguardaba una doncella, y le hizo cruzar salones, conduciéndole a la estufa:

-Pase, o senhor, y tenha la bondade d'esperar mientras eu aviso á minhas amas.

Luis Augusto, temblando de emoción, dio unos pasos entre las grandes hojas de palmera.

Sentose en el diván desde donde solía oírle la música a su novia. Había tirado el cigarro, y encendió otro. Indudablemente tardarían en disponer el baño y en venir a conducirlo hacia la playa. ¿Cómo se habría arreglado Carlota para que se bañara su hija por la noche?

¡Pobre señora! ¡Mucho debía saber que a él le estuviese adorando Josefina, para prestarse a tanto con tal de ahorrarla la pena de abandono!

Las flores y macizos de la estufa bañábanse en la luz de dos globos eléctricos, colgados de cadenas; el uno blanco, sobre la estatua de Afrodita que se alzaba en el centro del estanque; el otro, completamente al fondo, y a la izquierda, rojo, rojo como un ascua, envolviendo en su fulgor sangriento la estatua de una Médicis. Además, el alto y combo techo de cristales filtraba azul la luna. Era fantástico en el vario juego de las luces el diáfano espectáculo.

Sí, sí, un fuerte ambiente de misterio y de poesía. Las delicadezas de Augusto, exasperándose ante las heroicas complacencias delicadas de Carlota, sugiriéronle una variación en el proyecto: «No cenaría con ellas. Así que viera a Josefina en la playa, partiría. La noble dama debía encontrarse ahora en hartor azoramiento para que él, con su presencia, la impusiese luego, además, un tormento de sonrojos»... Él era un gran diablo de bondad y sinceridad que jugaba a su albedrío con la enorme candidez de dos mujeres. Noblemente se propuso, pues, dentro de la violencia imprescindible, centuplicarlas sus respetos.

Fumaba y esperaba.

Miraba a la Afrodita, miraba a la Hebe y al Pudor que se entreveían por el ramaje; y, miraba, volvía a mirar a la Médicis de mármol que se teñía de fuerte rojo a la luz de aquel farol.

Esta Venus, sobre todo, resumíale, en punto a proporcionalidad y ritmo de las líneas, su ideal. Él tenía otra excelente reproducción de la celeberrima escultura en su casa de Madrid, en su dormitorio.

Sino que el prócer portugués dueño de esta quinta, debía de haber pagado un caudal por la copia que aquí extasiaba a Augusto y que le había extasiado tantas veces. De tamaño natural e irreprochable.

Por otra parte, la artística seducción de la escultura, se aumentaba ahora con la roja luz que estabala alumbrando. En su inmovilidad, diríase que con tal luz cobraba el mármol blandura y palpación de carne viva de mujer. ¡Oh, cuántas veces el adorador de la beldad por la beldad, el buscador infatigable del tesoro vivo de la forma, había hecho desnudarse a las amantes junto a aquella Venus de su casa! ¡Cuántas veces, cuántas veces, para agotar la decepción de lo imposible!

Y la decepción, la maldita decepción, también aquí empezaba a cuajársele en el pecho. Una casualidad adversa para la pobre Josefina, había querido ponerle a él previamente, el modelo inimitable ante los ojos...

Una casualidad fatal; una casualidad cruel, puesto que, aun para mayor saña, el rojo resplandor le singularizaba a su atención y le exaltaba más las perfecciones de la Venus, entre las demás estatuas, por un azar inexplicable...

Sino que... vibró, tembló su corazón, de pronto suspenso en ansia de la gloria. Parecióle extraño que precisamente esta noche, el azar maldito, mostrásele a la Venus en singularización tan hechicera, tan determinada... y... ¡oh, sí!... se preguntó: «¿Por qué, por qué encuentro iluminada de tal modo la escultura, y por qué se me ha hecho entrar a verla... antes que haya de ver a Josefina?»...

No podía dudarlo: aquel rojo fanal no estuvo nunca en la estufa; expresamente había sido hoy puesto para algo... y ¡este algo no podía ser más que una audacia y un orgullo por parte de Carlota!

¿Se le excitaba, se le desafiaba a la comparación entre la inmortal belleza... y la que iba a ver en Josefina?

¡¡Ah!!

Sonriose Augusto. Crispado en su ventura Y como un inmenso apasionado de su ídolo de piedra, ariscamente aceptaba en nombre de él el desafío, como un juez de serenidades implacables. Fumó, recostose atrás en el diván, y reposó su mirar de idolatría en los encantos de la Venus.

No importaba que un azar también, o quizás una intención, esta noche le ocultase a la estatua enteramente la cabeza tras una volada rama de los cersis. Intención o azar, era lo cierto que sólo el cuerpo de la diosa y que sólo el cuerpo de la virgen constituíanle a él la comparación interesante. De la cara de su novia, ya sabía demás, y en triunfo, el estético sutil. Más, ¡ah, su cuerpo de misterio... en plena rivalidad altiva con este inmortalizado por el mármol y consagrado por los siglos!

Eran suavísimas dulzuras las de aquellos hombros, las de aquellos brazos, las de aquellos dedos de la mano diestra tendidos en puente protector de rubores deliciosos ante las flores castas de los senos, y las de aquella otra mano de pudor que amparábase el regazo; eran bravuras de gentil ondulación, de soberana armonía, las de la cadera y los

muslos, serenamente turbada su apacibilísima amplitud en las rodillas finas, en la pierna noble, por un juego ideal de relieves musculosos...

De relieves óseos, musculosos, en vital prodigio que esta noche acentuaba asimismo por el talle de la estatua la luz roja... y tanto, y con tal vigor de suprema humanidad en lo divino, que dijera Augusto que la sombra proyectada por la mano aquella en el regazo fingíale la ilusión de un breve musgo de amor... bien humano, bien humano... ¡vive el cielo!...

Se levantó. Se iba acercando a la Venus lentamente, en la fascinación de la realísima existencia viva que prestábala el fulgor sangriento. Llegó cuanto cerca pudo, detenido al fin por una barrera de latanias, y su intensa idolatría, en lírica excitación, aumentó la fantasía irreal de su mirada hasta hacerle creer que la escultura no tenía esta noche la rígida fijeza de la piedra: ¡no! ¡no!... habría jurado Augusto que la Venus vacilaba, que habíase movido un poco en el alto pedestal que la hacía ocultar la cara entre los cersis... Y... (¡se fijó!)... ¿por qué, además, brillaban córneas las uñas de sus pies y parecían como tocados de carmín las puntas de sus pechos? ¿Por qué destellaban sus ojos como vivos en el fondo oscuro de las ramas, y su pelo?...

No pudo ver más. La sombra lo envolvió todo y a él mismo. Alguien desde fuera, había apagado los focos. Se oyó dentro un leve ruido de ramaje, se oyó después una blanda huida de pies descalzos, en un firme y rápido pisar de Nereida fugitiva... y luego, luego, al fin... ¡nada!

Luis Augusto no había sabido ni moverse, ni siquiera respirar, en trance tal de brujería. Pero alguien desde fuera volvió a dar luz, al globo blanco, al globo rojo y ya no estaba la Venus bajo el cersis.

Retrocedió un paso Luis Augusto, a caer en un sillón -rendidos sus ojos, fulgurado el corazón, abrumado todo él de verdad de la verdad.

¡¡Josefina!! ¡Ella! ¡Ella la que estuvo allí en el pedestal, y no la Venus!

¡Oh, la divina! ¡Oh, la suprema!

¡Bien habíala visto diosa como diosa!

Loco, vencido, admirando en las excelsas valentías de ella y de su madre el amor de la bella enamorada, el respeto hacia tantos heroísmos le creció en el corazón.

Se levantó, y se salió de la estufa y del palacio, sin que nadie le detuviese en su camino.

Su voluntad de no verlas esta noche, era piedad.

La pobre honesta, las dos pobres damas honradísimas, debían hallarse destrozadas.

¡Rema D'Acosta! -díjole al patrón.

Y recogido hacia la proa, veía su felicidad por la clara inmensa noche y por el Tajo.

- VI -

Había quedado como un dichoso, que realiza enteramente su ideal, como un hombre que en el descanso ya logrado del ensueño, no tiene por qué de nada preocuparse; y sólo mucho después, al acostarse para adormir sus venturas en la cama de la fonda, cayó en la cuenta de que su partida de la quinta, debió dejar en grandes confusiones a Carlota y Josefina.

Efectivamente, ellas atribuirían la inexplicable fuga a la desilusión... ¡qué atrocidad! por la estatua que había visto.

Supuso llorando a Josefina; supuso consternada a la mamá; y el contraste de tal pena con la dicha sin límite y sin fin que él disfrutaba, le hizo levantarse.

Se vistió una bata, por hábitos de consideración a sí mismo, y fue a la mesa escritorio. Ansiaba tranquilizarlas.

Y escribió, en un papel de Holanda elegantísimo que tenía en metálicos colores el escudo de su casa:

«Amiga Carlota: ¡gracias, mil gracias! ¡soy feliz... La estatua llena mi aspiración en absoluto. Mañana, cuando vaya a verlas, fijaremos la pronta fecha de la boda. ¿Me convidan a almorzar?

Salude con mi corazón a Josefina.

¡Gracias! ¡Gracias, Carlota!

Luis Augusto».

Puso el sobre. Llamó en la sonería. Godfrin encargárase de llevar la fausta nueva sin pérdida de tiempo.

Sino que desde la chimenea llegaronle las doce campanadas de un reloj, y tuvo que pensar que ni Godfrin encontraría un barco, ni las damas abriríanle la quinta a media noche.

¡Nada, Godfrin, vete! -díjole al sirviente.

-Mañana será cuando lleves esta carta a su destino. En cuanto apunte el día, ven y despiértame.

Volvió a acostarse, y no le dejaba dormir la inquietud por las dos pobres mujeres de candor y de inocencia y de dócil complacencia.

Hasta las dos, en lo oscuro de la estancia, no cesó de representárselas unidas, abrazadas, llorando, procurándole a la hija la madre sus consuelos. Le dolía que, al menos esta noche, tuvieranle por desconsiderado, hasta el extremo de haber partido de junto a ellas sin siquiera despedirse. La carta, debió escribírsele y dejársela a Carlota en la quinta, antes de partir.

Pero, en fin... ¡cuanto se les iba a cambiar la impresión al día siguiente!

Desde las dos a las tres, más tranquilo al considerar el menos tiempo que íbalas quedando de dolor, tornó a la roja visión de aquella estatua.

Y desde las tres, por último, en esa hora intensamente sensual que para los insomnes suele ser la última de la noche, Luis Augusto fingióse la ilusión de que la bella estatua descendía del pedestal para llegar hasta sus brazos...

¡Oh, en el lecho, su virgen! ¡Su divina! ¡Josefina!

¿Cómo sería de fogosa en la pasión?

¡Terrible! -ciertamente.

Imaginábala gritando, suspirando, sollozando..., sofocada, con una angustia de emoción suprema del amor, cual debía corresponder en perfección de nervios a la impecable perfección de figura.

¡Terrible, sí, terrible!... Máquina perfecta de humanidad de maravilla, el gozo en ella debía llegar a la infinita sutileza, a la infinita perfección...; y así había visto el corresponder la función de ligera y suelta marcha a la mecánica perfección de su automóvil.

No obstante, de improviso, una duda, envuelta en evocaciones y recuerdos, le aturdió: «¿Podía afirmarse que en el ser humano existiese esta completa relación entre la función y el mecanismo?»... La lógica, teóricamente, decía que sí; pero la realidad y la experiencia (¡a él, que tenía tanta en amores!) decíanle lo contrario.

Se acordó de Clara, de Justa, de Marieta; se acordó de Juana la Churrera y de Rita Delaunay; se acordó de sus queridas de más tiempo, Libia y Araceli...; guapas, todas guapas; casi las dos últimas de servirle a un escultor, y no por eso más sensibles que si fuesen de caucho o de badana. En cambio, no podía negar que otras menos lindas, chatas generalmente, y con un no se supiese qué de recóndito en los ojos, llegaban en la pasión a verdaderas tempestades.

¡Luego!...

No, no quería extraer la conclusión, por miedo a ver otra vez envuelta en duda a Josefina.

Al revés, empeñose en recordar a otras que siendo muy bonitas, eran al mismo tiempo ardientes. Ejemplos netos de su historia. Dulce Ruiz y Álvora Rendón, Inesita la Utrereña, Lucy Worm, de las de Londres, y la Picatoste, la Sobrenatural y marquesa aquella de Aix-les-Bains.

De todas suertes, seguía la indecisión. De sus recuerdos, sólo se inferiría la consecuencia de que las feas o las bonitas pueden lo mismo ser que no ser grandes amorosas, según el temperamento, y sin que ello tenga que ver con la beldad.

¡Ah, por Dios! ¡Y qué desagradable encontrar entre los brazos la fría estatua de una linda, la yerta carne de una preciosísima mujer que no comparte ni un momento la ilusión y el entusiasmo!

Hembras que se daban sin saber por qué ni para qué, por hábito, por trivial e insubstancial coquetería, por hacer lo que todas las demás...; y tan absurdas, algunas, que llegaban hasta blasonar de su impasibilidad total como de un mérito.

¡Por Dios! ¡Por Dios!

El alba vino a sorprender a Luis Augusto con las cejas fruncidas y con esta consideración indescifrable delante de las cejas:

«Fuese horrendo que hubiera de reservarme Josefina la más imperturbable frialdad de la pasión, en la estatua más perfecta!»...

Sonaron unos golpes.

-¿Quién?

-Soy yo, señor; Godfrin. ¡Llevo la carta?... Ya amanece.

-«¡Sería horrendo, horrendo!» -insistíase el diletante del amor; y sus manos, en ímpetu de ira, rompieron la carta que yacía bajo la almohada.

-Entra, Godfrin, y espérate -le ordenó al criado. -Acércame tinta y papel

Otra idea de salvación se le habla ocurrido de repente.

«Amiga Carlota -escribió, apoyando en las rodillas la carpeta-: su hija, mi adorable y adorada Josefina, es de una belleza que nadie nunca supiese debidamente ponderar. Iré a verlas esta tarde. Quiero hablar con usted, sin embargo, todavía, de algo de infinita y nueva transcendencia.-Su affmo.

Luis Augusto.»

-Toma, Godfrin. Para la quinta del Tajo. Pero acuéstate si quieres. No importa que no lleves esa carta hasta las diez.

Y al tiempo que el buen alemán sonreía, saliendo, con la caricia del sueño a que aún podía entregarse, su amo, tranquilo por la decisión que acababa de tomar, se envolvió en las sábanas y se dispuso a dormir hasta las doce.

- VII -

-Señora -empezó esta tarde Luis Augusto, en el mismo cenador de pensamientos, y sobre el mismo mármol versallesco del sofá-, le debo a usted enorme gratitud, y le debo inmensa admiración a esa obra de Dios que es Josefina. Heroica y razonable, usted me entendió y me complació; enamorada ella, sin duda, pudo obedecerla; y artistas, supremas artistas ambas, supieron salvar el difícil trance con ideales y discretísimas poesías. Mi corazón, como le decía en la carta, saluda a la adorable; mi alma entera a usted, Carlota, madre abnegada, madre de tanta inteligencia y de tal instinto delicado, que bien, tras lo de anoche, me es dado esperar que siga noblemente comprendiéndome.

-¡Gracias, Luis Augusto! -rindió Carlota con dulce dignidad.

No alzaba ella los ojos, y eran estas las primeras palabras que le dirigía a aquel cuya presencia había impuesto un silencio de violentísimo deber cumplido. Por cuanto a Josefina, no había aparecido en el jardín.

Complaciose Augusto de advertirla a la dama su solemnidad de reina triste, y prosiguió:

-Lo hecho, amiga mía, es digno por mi parte de una estimación sin nombre ni medida, por cuanto que ello constituye un caso insólito en el mundo; un caso único, absolutamente nuevo, y lleno de grandeza, a no dudar, en la historia de las más francas y honorables gestiones de una boda. Puesto en él, yo faltaría cobardemente a la hermosa sinceridad que nos impulsa, si no añadiese aún que no puede bastarnos con la prueba efectuada. No, no puede bastarnos, ni a mí ni a Josefina; no puede bastarle a la felicidad que buscamos ella y yo en el matrimonio.

-¿Cómo, Luis?

-Sí, señora. Perdóneme, mas yo estoy en la obligación estrecha de guiarlas. Quedamos la otra tarde en que este proceder no es más que la innovación de una serie de estúpidas costumbres, y cúpleme consignar que, justamente por ser sistema nuevo, mi línea de conducta ha de irse definiendo por tanteos. Como en toda novedad, las deficiencias surgen según vase planteando; y así, Carlota, yo, que en nuestra, pasada entrevista juzgué del todo suficiente ver desnuda en su belleza a mi adorada, anoche, meditando, meditando, he llegado a persuadirme de que necesito más... de que necesito más... ¡bastante más, señora!... si no he de dejar en el aire la dicha eterna de los dos, de ella y mía, y por mía exclusivamente la responsabilidad del triste engaño bien posible.

-¡Usted dirá! -repuso atónita Carlota.

-Señora, lo diré, y bien sabe Dios que lo que tengo que decirle no es sencillo. Para escucharlo, recuérdese bien, ante todo, las cien razones de moral que expuse el otro día. Resumámoslas en ésta, por ejemplo, si no prefiere que se las vuelva a repetir una por una: «en toda relación o contratación humana, el previo convencimiento de los medios que se aportan para el fin, es importantísimo». Cada cual debe saber lo que pone, y lo que acepta. Si no, en uno ambos, o en los dos estaría implícito el engaño, consciente o inconscientemente, y el tal contrato será desde su origen anómalo y absurdo. ¿Qué podría decir quien lanzándose a una empresa agrícola, y arriesgando para ella un capital, encontrase que su socio había contribuido únicamente con tierras vírgenes de tanta bella y fértil apariencia como resultase luego su esterilidad al explotarlas? En el fatal efecto de ruina irremediable, advertirá usted, señora, la insensatez de tal asunto, sin que valga más que a disculpala, cuando mucho, la torpeza: el desengañado seguiría con su pesada obligación por todo el tiempo del convenio; y esto es una crueldad legal inconcebible y una injusticia evidente, de las cuales se deduce, según antes afirmé, la inmoralidad de todo contrato en que le falte a cada cual, y del otro con respecto a cada uno, la plena conciencia de sus medios. Pues bien, Carlota, el matrimonio, encantador y delicado contrato de dos vidas, tiene por base el amor, y por objeto las delicias amorosas. Además, no es un contrato temporal, sino perpetuo. La inmoralidad de una contingencia siquiera de equivocación en él, resulta formidable; y más aun, imperdonable, indisculpable, si uno de los futuros cónyuges, que yo lo fuera en este caso, por su experiencia prolongada del amor y de la vida no pudiese alegar torpeza o candidez que al fin hiciese perdonable su imprevisión en el asunto. Hay, por otra parte, señora, una fatalidad humana, por culpa de la cual, las más bellas mujeres, como quizá las tierras de aspecto más frondoso, no son por esa sola condición externa las mejor dispuestas a su fin. La belleza es la condición del amor, no ha de negarse; pero la emoción amorosa deja de ser frecuentemente patrimonio y aptitud de la belleza; y si esto es así, como lo es, yo me pregunto ahora, igual que me lo he preguntado en la pasada noche, sin cesar, con la obsesión de la cegadora beldad de Josefina; ¿Residirán en la superable estatua de prodigio de mi amada, se despertarán por la carne y por los nervios de esa virgen-mujer de maravilla todas las perfectas y exquisitas emociones del amor?... ¡Si a la pregunta esa hay, Carlota, quien pueda contestarme, que conteste!

-¡Oh, Luis Augusto! -replicó en vago aturdimiento y por única respuesta la señora.

Admiró Luis Augusto una vez más la inocencia de ella, que aún tal vez no alcanzaba a adivinarle, y hasta la celebró en su intimidad, puesto que así no se habría dado cuenta tampoco del involuntario equívoco ofensivo que a él le resultó en las últimas palabras: «Si hay quien pueda contestarme...» ¡oh, pura, virgen, Josefina, niña!... ¿Quién, cómo lo iba a haber?

-Carlota -la acosó por fin- ¿no me comprende?

-Sí, en... -vaciló ella,- ¡No, no le comprendo!

-Pues, digo... vuelvo a decir, que hombre a la moderna, hombre de mi tiempo, rico yo, rica y joven Josefina, apasionados los dos, en nuestra boda yo no busco, ni ella tampoco puede buscar, otras cosas que la gloria y la armonía del amor en toda su amplitud, en su ideal, en su colmo de perfección y de delicia y mi experiencia y mi conciencia oblíganme a velar por la íntegra consecución de tal anhelo. De mí, sé lo bastante para fiarme en que lo puedo realizar. De ella sólo sé que es bella, y ella lo sabe también; pero ignoro, como ignora, sin que por sí propia pueda decírmelo jamás, si en efecto, su belleza de los cielos está hecha por Dios mismo en modo tal, que pueda temblar en todas las pasiones; y siendo esto de una importancia capital, de tanta o más que el haberla visto desnuda para la artística evidencia de mis ojos..., en ella, en ella, en su hija, en mi amada, quiero, Carlota, poder saberlo por mí mismo.

-¡Cómo!... ¿Poder saberlo? ¿De qué modo? -inquirió la noble dama alarmadísima.

-Del único posible, Carlota, amiga mía; del único posible. Con su posesión, antes de casarme.

La estupefacción no dejó a Carlota decir una palabra, por lo pronto. Luego, protestó:

-¡Oh, Augusto! ¡Caballero! ¿Qué pretende?... ¡Debo decirle que se engaña! ¡Debo decirle que... jamás! ¡No podía pensar que tal perfidia hubiese envuelta en su conducta!

-¡Perfidia! -recogió el noble amargamente, con tal hondo acento de dignísima bondad, que hubo de afectar desde luego a la indignada. -¡Señora!... ruego a usted que considere este detalle: si yo fuese un pérfido seductor sin alma, y no un hombre que procede según las grandes lealtades del amor y de la vida, en vez de suplicarle a usted esto que intento, y cara a cara y no ignorando que así tengo que afrontar las clásicas y enormes resistencias del prejuicio, habríame sido harto más fácil recurrir con la niña candorosa al dulce engaño halagador por las frondas de este parque. Interróguela, y ella no podrá decir que yo haya deslizado en sus oídos la más leve insinuación indecorosa. ¿Es éste el proceder de un hombre serio, o no lo es, amiga mía?

Fuerte el argumento, en realidad. Por no ceder, Carlota no supo contestarle.

Y él, concentrándose en su lógica, reafirmó:

-Debo insistir en que, casándonos Josefina y yo por amor, o sea por el único móvil racional del matrimonio, en este libre y verdadero matrimonio de elegancia a que aspiramos, a ella, y a mí muy principalmente, gran refinado en toda suerte de aventuras amorosas, nos importa dejar sabido de antemano que hay en cada uno de nosotros mismos la perfectísima aptitud para la perfecta realización de tal propósito. La fealdad plástica, como la imperfección emocional, que son intolerables. Extraordinariamente bella Josefina, justo es que yo quiera también probar si es la exquisita apasionable de mi ensueño. Ésta es la cuestión, Carlota. Para averiguarlo bien, nos bastarán algunas noches. Y en colmo de lealtad, quiero advertirla a usted que la menor desilusión en la experiencia, tornaría a renunciar a nuestra boda: esto conviene que no lo olviden usted y Josefina, puestas a aceptar.

-Puestas a aceptar... ¡Oh! puestas a aceptar... Pero, ¿usted, Augusto, cree que eso sea posible?

-¿Por qué no, amiga mía?... Y en todo caso, si ustedes creyesen lo contrario, sólo me restaría partir, rogándolas que siquiera vieses la alta y delicada intención de mi conducta, y con el dolor del bien perdido en esa niña idolatrada; pues que no puedo dudar, por más que previsora quisiera cerciorarme, de que su beldad y su juventud deben guardar en el fondo a la exquisita apasionable. En todo ello no habría habido más que un conflicto entre el honor y la pasión; pero el honor, señora, bueno es hacerla notar que no es sino un concepto artificioso y falso creado por los hombres.

-¡Oh, por Dios! ¿Cree usted eso, Luis?

-Completamente. Y aun no creyéndolo, tendría al menos que creer que es un algo imbécilmente rival del amor humano, al que molesta o engaña o destroza casi siempre. En nuestro caso, por ejemplo, él tendría la culpa de la infelicidad de Josefina, ya que me adora ella, y nos habríamos perdido mutuamente por no haber podido realizar una simple prueba razonable.

-¡Simple prueba! ¡por favor! -tornó a comentar en repetición de frases la azorada.

Y él recogió con viveza:

-Simple. Intranscendente. Se lo afirmo yo Carlota; y, no obstante, indispensable. Con sólo acudir a sus recuerdos, quizá, o si no a las confidencias de amigas de usted, si usted es franca tendrá que concederme que hay mujeres de tal temperamento de frialdad, a pesar de su tierno amor por los esposos, que el material contacto con ellos las inflige cada vez un tormento de indiferencia de obediencia, si no un real martirio de martirios. Cualquiera de ambas situaciones, comprenda usted el desastre que indujese en las bodas de un hombre como yo, que se casa sólo por creer haber visto en su amada... al amor mismo, a la mujer más bella y sensible de la tierra. Esto como consideración de consecuencias; y en cuanto al miedo por el fantasma del honor, tranquilícese con que otro honor hubiese de cubrir al de la buena Josefina, en trance de fracaso: el honor mío, de noble español, de caballero: yo, efectivamente, empeño a ustedes el secreto bajo todos los prestigios de mi nombre!

-Bien; mas no sería tan sólo eso, Luis; sino, además, la contingencia de abandono si en la prueba... si en... la prueba... (¡ah, sí, a prueba! ¡a prueba!... rara es la palabra, pero a prueba hay que decir que quiere usted esta boda) si en la prueba, digo, la pobre Josefina resultase... no agradable para usted. No ya sólo por el lado del honor que implica escándalo, sino por el que dejan en confirmación de la deshonra los rastros materiales, ella, sobre haberle perdido a usted, no podría casarse tampoco ya con nadie, de un modo decente.

-Eso, es verdad, señora mía, y no hay por qué negarlo; pero tan previsto lo tenía yo, desde mis reflexiones de anoche, que puedo ofrecerla desde luego la natural derivación consoladora. Veamos, los dos casos: que su hija, como espero, corresponde en su emoción a su belleza: perfectamente, entonces, triunfo de los dos, mi mujer por siempre y mi ideal; que no, que no corresponde porque su complexión es apacible; pues también perfectamente... ¿qué habría perdido de su porvenir en esta prueba? ¡nada, sino al revés, también ganar!... saber ya que no tiene aptitudes, que no tiene temperamento de casada, y libremente poder pensar, ella que no necesita el matrimonio como amparo de riqueza, en una vida independiente y noble, consagrada a otros placeres. ¿A qué casarse, entonces?... El dilema, Carlota, como ve, no puede ser más favorable aun para ella: si sirve, mía; si no, de nadie, cierta ya de que no casándose se ahorra los enojos, las fatigas, las que pudiéramos llamar molestias repugnantes de servir de indiferente esclava a un hombre por una obligación incautamente contraída!

Volvía a ser de una gran fuerza al raciocinio, y Luis Augusto, al observar el profundo efecto de convicción en la señora, quiso dejarla bajo el peso abrumador de tal verdad. Se levantó, y se despidió, añadiendo generoso:

-Señora... piense además que todavía otra contingencia de... sucesión, pudiese formarle a nuestra prueba un contratiempo si (y usted debe saberlo, usted que ha vivido en Londres y en París), si no existiesen tan eficaces como múltiples maneras de impedirlo. Eso queda por mi cuenta, y puede en tal sentido dejar fiado a ella enteramente el candor de Josefina. ¡Adiós, Carlota! Igual que la otra tarde, parto a esperar sus decisiones. Sólo me resta indicarle que, por ser más grave la cuestión, no me extrañará que se tome al resolverla todo el tiempo que le plazca. Por cuanto a la forma, lo dejo a su elección; un yate, por ejemplo; un yate alquilado para emprender con Josefina un paseo de cinco días, de siete días por el mar. Cuando viajábamos juntos, observé que es tan fuerte como yo contra el mareo.

La dio la mano, y la atribuladísima señora la estrechó en silencio. Partió.

Cruzó el parque gentilmente, dignamente.

- VIII -

«Sí; ellas optan por el yate, en cuanto al modo -utilizando ahora también mi indicación.»

Y pensando esto, con la prisa de llegar, puso a toda marcha el automóvil, dejando carros atrás, espantando mulas y borricos por la angosta carretera.

Era él un gran demonio de nobleza y de bondad que guiaba a su placer, como a este coche, el candor de aquellas damas.

Habiéndole dicho el conde Almeida de Alburquerque, que en Oporto encontraría a un señor que podía alquilarle un yate, se iba a Oporto.

Llegó, y efectivamente, lo alquiló.

Dos días después estaba el yate esperando en aguas de Lisboa. Frente a Belém, en mitad de la bahía. Era blanco, fino, de dos palos y con un magnífico salón y tres estancias. En la proa tenía esculpida en oro una Sirena.

Dos tardes empleó Augusto (consagró) en el arreglo de la estancia principal. Flores, muchas flores, entre el lujo de las sedas. Lecho imperial, y encima un dosel de guirnaldas en que podían a voluntad encenderse un solo farol rosa o cien bombitas de colores. Agotó todas las camelias de dos tiendas y tres huertos. Pidió a Valencia más.

Una ilusión... el bello y blanco buque cuya orden era tener siempre las calderas encendidas.

-«¡Sí, sí, -repetíase Luis Augusto-; como aquella noche por mi indicación de las estatuas, optarán por lo del yate.»

En efecto, dada la delicadeza de Carlota, ella encontraría violento someterse a aquella dura prueba de la entrega de su hija llamándole al palacio, teniendo que autorizar el impudor con su presencia -porque, claro que no tendría más remedio que verlos por el día.

-Capitán -decíale Luis al del buque. -¿Están los fuegos vivos? ¿Estamos siempre listos a zarpar?

-Siempre, señor, cuando disponga. A no importa qué hora del día o de la noche.

-Muy bien... o de la noche. De noche, probablemente. ¡Cualquier noche! ¡El viaje habrá de resolverse en un minuto!

Juntos, sentados bajo el puente, fumando habanos y bebiendo whisky, trazaban itinerarios con las cartas delante de los ojos.

Luis prefería no tocar en tierra alguna, buscando climas templados y hallándose constantemente en alta mar. Prevaleció, pues, por tres días, el rumbo a América, rectos como hacia Nueva York, hasta la mitad del Océano...

Sin embargo, más experto el capitán, le aconsejaba al menos la vista de las costas, de los floridos islotes que pudiesen ir formándose por África un encanto en la azul serenidad del plenilunio.

Porque en efecto, si no tardaban, les iba a coger la luna llena en todo el viaje.

Pero... tardaban, sí tardaban, ¡qué demonio!

Tres días.

Seis días.

Once días.

Tornaba al yate cada tarde, el impaciente, y revisaba sus vastas provisiones de Champaña. Luego dedicábase a mirar a la quinta de su amor, con los gemelos.

Unos prismáticos excelentes, que le permitían ver las araucarias rama a rama; que le permitían ver las ventanas altas del palacio entre la fronda, y hasta la playa de conchas y arenitas donde un falucho estaba siempre amarrado a su cadena. Pero nadie, nadie Jamás en el falucho. No paseaban Carlota y Josefina. ¡No las veía jamás!

¡Las pobres estarían pensando como locas, en aquella ofrenda de la virgen!

Bien. Reconocíalo el griego. ¡Condición un poco infrecuente!

O mejor, más que un poco fuerte. Y así, conociéndolo, no quería ni por un instante turbar con su visita la que debiera ser libre y espontánea resolución de las señoras.

Pero a la doceava tarde ¡oh, dicha!, cuando iba muriendo dulce la luz de la bahía, cuando al par que el sol agotaba sus últimos reflejos, salía la luna bella y grande por Oriente, él, con sus prismáticos, divisó en la playa de conchas y arenitas un algo seductor: desamarrado el falucho, cargaba maletas y baules... ¡muchas maletas! ¡muchos baules!... y eran d'Acosta, el lancharo, y la doncella de Coimbra quienes dirigían la maniobra...

Miró un rato. Confirmaba. No quiso esperar más.

-Capitán -díjole al del yate- ¡prepárese a levar anclas!

-¿Cuándo?

-¡Pronto! ¡No lo sé! ¡Antes de dos horas! Desde luego, mande que reciban y retiren un equipaje que va a venir... ¡que ya viene de camino!

Lo comprobó con los gemelos. El falucho, efectivamente, allá lejos, ya se separaba de la playa.

El bajó la escalera a toda prisa, y tomó un bote. Habíase pasado aquí la tarde entera, y podía dudar que en el Hotel Palace le aguardaba la carta de Carlota... ¡y quién supiese si la propia Josefina!

¡Oh!

Al tocar a tierra quiso aún ver el falucho. Se había dejado a bordo los prismáticos. Además, la luz agonizaba, y la pequeña embarcación navegaría perdida entre otras mil por el inmenso puerto.

Llegó al hotel.

No tenía carta. Lo inquirió de Godfrin, del hostelero, de los mozos...

Resolvió esperarla, puesto en el balcón. Sin duda le enviarían la carta al mismo tiempo y con el mismo que llevaba al yate los baúles... las galas del amor para el amor. Él, en efecto, lo único que había hecho desde que tuvo el barco disponible, fue avisarlas, con dulce laconismo: «El yate espera enfrente de Belém; se llama Golondrina, y su capitán Santos de Ribeiro.»

Sino que... la carta no llegaba.

Dos horas. Un infierno.

A las nueve y media cenó, y envió a tomar noticias del yate.

Godfrin volvió diciendo que no había llevado nadie los baúles.

¡Cosa extraña!

Pasó una horrible noche de tortura.

Se durmió al amanecer... y hasta quiso la fatalidad que fuese entonces cuando tuvo Godfrin que despertarle por la carta.

¡Había llegado al fin! ¡la había llevado un marinero!

Rompió el sobre y leyó:

«A bordo del Santa Cruz. Tres de la mañana de hoy miércoles.

«Amigo Luis Augusto: cuando lea ésta, mi hija y yo habremos partido de Lisboa rumbo a América.

Por muy fuertes que juzgue sus razones, hasta el punto de no haber podido o sabido rechazarlas, y aun de haberlas seguido para una de sus pruebas, las más, sentimentales, que quizás no lo serán, pero que son también invencibles, impídenme acceder a esa otra prueba que usted encuentra absolutamente indispensable.

Adiós; en nombre propio y en el de mi hija, debo decirle que no dudamos al menos de su caballerosidad, y que esperamos mucho de ella siempre que se acuerde de nosotras.

Su affma.

Carlota.»

¡Diablo! Luego...

Luego el equipaje aquel se dirigía hacia el Santa Cruz... hacia otro buque!...

Luis restregábase los ojos.

-¡Diablo! ¡Diablo!

¡Si él, forzando máquinas, saliese con el yate en pos de!...

Sino que, ¿a qué?

Sobraban dudas, comentarios, nuevas intenciones: la respuesta se la daban concluyente con el hecho de partir.

¡Diablo, sí!... Pero, que... ¡diablo!

¡Lástima de amor, lástima de dicha, lástima de posible excelente matrimonio estorbado por una simple prueba razonable!

Porque... claro es, que sin tales pruebas, él no habría aceptado ni aceptaría jamás la inmensamente transcendente alianza cuya equivocación le duraría lo que la vida.

¡Oh, no!... ¡Voilà! ¡Filósofo ante todo!

Se echó a la almohada, mandó cerrar las puertas, y trataba de dormirse.

Y aquella tarde, pensando en las viajeras, pensando en las camelias y el champaña almacenados en el lindo yate que ya esperaba inútilmente la fiesta del amor y del candor, llamó a Godfrin y le previno:

-Mira; puesto que la francesa aquella dices tú que es linda, y puesto que también dices que lo es otra alemana y otra holandesa, ve y dilas a las tres que las aguardo en el yate.

Explícalas. Noventa botellas de champaña, Cordon Roux. Adviértelas que iremos a resultar adonde gusten.

¡Un desastre! por un lado las honradas. Por otro los honrados que quieren ser algo previsores.

Así, el mundo le forzaba al vicio y al desorden... a la orgía...

«¡Llamé al cielo y no me oyó!...» -se limitó a declamar como el Tenorio.

¡Voilà!

El gran simpático

- I -

Daban las diez, en una torre del pueblo, y Alfredo aligeró -camino de la estación.

La noche clara, calmosa. La luna alta. Ladraban los perros de las eras. Jadeaba Alfredo Gil (pisando su menuda sombra) con la maleta pesadísima y el lío del gabán y los bastones. Además, llevaba la merienda y un encargo de chorizos.

Se iba para no volver, y... nadie le despedía.

¡No!... Oyó lejos, detrás, un conjunto de voces juveniles.

Deberían de ser los amigos... Quizá las primas también, con vecinas de la calle -porque algunas voces eran atipladas.

Apretó el paso, apretó el paso... arrastrando por el polvo un cabo del cordel, mal atado a la maleta, y dándose con ésta en los talones. No quería que le mirasen transportando su equipaje, aunque hubiesen de verle después en tercera.

¡Oh, la maleta de los dramas!

Se burlarían de él, como aquí, en la corte... pero ¡allá iba!

Tropezó, cayó...y rodó todo por el polvo. Rodaron desempaquetados los chorizos.

El pobre sonrió. Menos mal que no se le desató la maleta. Restituyó los chorizos, según pudo, al medio Heraldo y prosiguió la marcha con más prisa.

Con más ánimo.

Tropezar, creíalo él conveniente. Siempre los obstáculos habíanle sido ventajosos. ¡Le nacía tal ansia, tal fuerza tenaz para vencerlos y seguir del lado allá con nuevas gallardías!

«Cuando sea célebre -pensó-, este ridículo detalle de mi biografía parecerá gracioso.»

Y tan resuelto a no dejarse alcanzar por los de atrás, como a no juntarse con otro grupo que divisó delante, torció, ya cerca de la estación, por el atajo. Entraría dándole el rodeo a la empalizada.

Era mejor. Así, descansando un poco, podría sacudirse las rodillas, situar bonitamente los trastos frente al muelle, donde solían caer a cabeza del tren y los terceras, y despedirse con más dignidad de sus paisanos.

Algo le costó subir la guijarrosa cuesta. Se resbalaba.

Pero, aun antes de limpiarse, tan luego como estuvo al lado de las vías, le sorprendió advertir el inmediato andén lleno de gente...

Y sufrió un dolor recordando que esta noche llegaba Gabrielito Torres... de Cádiz, con la carrera terminada.

Sí; toda esta gente, y los que venían detrás, acudían a esperar a Gabrielito... al Gran simpático, como le llamaban, por cariño, y porque él cuando ponía púlpito de Anatomía y de Higiene en las tertulias, no se olvidaba jamás de nombrar y concederle gran importancia «en la vida nerviosa al gran simpático...»

¡Qué fácil todo para este hombre!

Decían que se iría inmediatamente a Madrid, bajo la protección de una marquesa amiga de un amigo de sus padres.

Amargado Alfredo, no quiso acercarse a la gente.

Sentose en la maleta.

Sino que silbó el correo y tuvo que ir a la taquilla. Por fortuna, las elegantes señoritas, los señores respetables, los amigos y la familia, en fin, de Gabrielito, se arremolinaron hacia el otro extremo del andén, donde solían quedar los primeras.

Apenas un conocido, Peña, el viejo boticario, que iba detrás, le vio y dignose dirigirle la palabra:

-¡Conque te marchas, hombre!

-Sí, señor.

-¡Estás loco! ¡Mira que irte a Madrid de escribiente, cuando tenías aquí tu cátedra!...
¡Bien ha hecho en disgustársete tu tío, demonio!

Y se alejó, reuniéndose a los demás, con aquella especie de crispación de fiesta magna que inundaba en la espera a todo el mundo.

«¡Mi cátedra!» -burlose Gil amargamente.

En Villaleón le llamaban cátedras a las de un mal colegio que a cada señor licenciado deparábale cinco alumnos y nueve duros al mes.

El tren entró, con su larga rastra de coches atestados de viajeros. No hubo vivas, en verdad; mas sí gritos de amigos y de viejas sirvientas saludando a Gabrielito.

-¡¡Gabrielito!!

-¡¡Gabrielito!!

-¿Dónde viene Gabrielito?

Esto era allá, del lado del depósito -abalanzándose impacientes a revisar las portezuelas, prendidos al estribo, algunos, antes que parase el tren; alegría aldeana, manifestada locamente, en un solo clamor, al descubrir a Gabrielito...; y la mayor parte de los que venían en el tren, sorprendidos por el tumulto, pusieronse a las ventanas... Aquí, en cambio, del lado de los furgones de sardinas, el solitario profesor subía a las duras tablas de otro coche su equipaje.

La recepción tenía los caracteres de una manifestación. Alfredo se asomó a verla, entre dos guardias civiles y un chalán que ocupaban las ventanillas inmediatas.

Ya estaba Gabrielito en tierra, rodeado, sofocado por la gente. Se le veía pasar de unos brazos a otros brazos..., y todos querían abrazarle a la vez, hermanas, amigos, parientes... señoras también bastante guapas y acaso de no muy próxima familia, porque notábasele al gentil recién llegado, al aceptar sus achuchones, cierta cortedad.

-¡Gabrielito!

-¡Gabrielito!

-¡Hombre, Gabrielito!

-¡Hijo, Gabrielito!

Un tumulto. Y con Gabrielito, del mismo coche, cuya puerta tapizada veíase abierta a la luz del interior, había descendido otro sujeto menudo, feo, insignificante, de quien pocos hacían caso. Gil reconoció a Policarpo Carballo, procedente asimismo de Cádiz, y con sobresaliente también en su título de médico. No se oía, sin embargo, más que un nombre: «¡Gabrielito, Gabrielito!»... Del contraste, saltaban para Gil ideas consoladoras; eran Carballo y él propio los dos jóvenes más chicos y feos, y hasta sin gracia, de Villaleón; los dos más ariscos, por lo tanto, y concentrados en sí, fuera de casinos y tertulias... Si Carballo

le igualara al mismo tiempo en pobreza, nada tendrían que envidiarse mutuamente; pero tenía algún capital la familia Carballo.

El entusiasmo seguía, acrecido de sí mismo.

-¡Gabrielito!

-¡Hombre, Gabrielito! ¡El Gran simpático!

-¡Trae esa mano, Gabrielito!

Gil oyó que le preguntaba de pronto un guardia, como cayendo en la cuenta y pronto a bajar y presentarle al viajero sus respetos:

-Oiga... ¿No será el hijo de Maura?

-¡No! -le respondió breve Gil, absorto en sus reflexiones.

-¡Zerá er diputado der distrito! -apuntó al lado opuesto el chalán.

-¡O el hijo del diputado! -dijo el otro guardia. -Pero, por qué le dicen Gabrielito si es más grande que una torre?

Esta vez les explicó Gil, más galante:

-Es un chico de aquí, que vuelve con la carrera concluida.

Aplicose a revisar, puesto que acercaba de cara y lentamente el gran grupo, qué señoritas estaban. ¡Todas!... a pretexto de amistad con las hermanas de Gabriel, y además de gala, vestidas como para misa de once. Concha y Petra..., Emerenciana..., Sol Villarreal..., Amparito..., las de Lúgigo..., Micaela Pérez... ¡Anda, y la viuda de Ostrogón!... ¡Qué sinvergüenza!

Le estrujaban. Le rifaban.

De pronto vio Alfredo una cosa que le retorció las entrañas.

¡Oh, lo que nunca habría creído! ¡Nunca!

¡La Doria, vergonzante en un grupito de artesanas, estaba allí, bajo el reloj!...

¡También la Doria!

¡También!... Mirando a Gabriel, desde lejos, no obstante la vigorosa y natural oposición de los padres de ella, por comprender que no la querría para casarse el fatuo Gabrielito... Y vino a recibirle con amigas, furtivamente... la joya del pueblo... la Doria ingrata que trajo loco tantos años a este pobre profesor... hoy emigrante, quizás no poco, por sus desprecios.

Gil la habría llevado al altar con vida y alma... ¡tesoro de belleza!, y más atento a la honradez que a la modestia de aquella casa de labradorcitos de dos yuntas...

¡Oh, la Doria!... Mas... ¡cuánto estaría sufriendo, no advertida siquiera por Gabriel, ebrio, de triunfo!

Ya se lo llevaban por la puerta de salida. Y el tren, silbando, partió...; y parecía, al menudo profesor, como si el diablo, que le hizo a él feo y ridículo, le arrancase de la carne la última ilusión de su Doria... -mientras ella quedábase allí torva y en pena bajo el reloj... quizás llorando; mientras lloraba él al menos, una positiva lágrima de lumbre... trémulo sobre el temblor del tren, que ya corría y le arrancaba asimismo a las plataformas del cruce una carcajada diablesca, estridente, colosal... corrida atrás a lo largo de los coches...

- II -

Para el convite se habían habilitado el largo salón de bajo techo, pintado al temple, tiempo atrás, por Gabriel, y el gabinete del otro lado del pasillo. Mas era tal la concurrencia, que había gente también por la cocina, por la escalera, por las salas altas, donde quedaba un rato suspenso el baile. A lo largo de las mesas no cabían, atestadas, sino las muchachas y las mamás, con tal cual mancebo predilecto -teniendo los demás que resignarse a mirar y comer dulces y esperar las botellas de jerez en ambulantes grupos por las puertas.

Felices, de entre estos del pasillo, los que lograban sacar una bandeja en triunfo. Algunos obsequiaban a las criaditas, borrachos ya..., no muy quietas las manos, por supuesto. Dentro, estallaban las risas con algo de más compostura, aunque con el mismo cosquilleo sensual de locos regocijos, por el inevitable apretamiento que imponía, entre las bellas señoritas, ya bastante alegres de champagne de Reims, el ir y volver de los jóvenes repartiéndoles los fiambres y las copas.

-¡Que me rompes, hombre!

-¡Que se lleva usted un tul!

-¡Oh, perdone, Joaquinita!

-¡Deme de aquello! ¿Fuagrás?

Se fumaba. En las cajas de cigarros no quedaba uno. La mayor parte de las bocas masculinas, ocupadas las manos en alto con platos y licores, mordían los habanos sin haberles quitado la sortija de papel. El ramo central de hortensias se había caído dos veces, y lo menos diez las botellas, manchando faldas de seda y arrancando y agudos gritos.

-¿Qué? ¿Le ha calado a usted... hasta lo interior? -preguntó en cierto momento Gabriel, al oído de Sol Villarreal, viéndola alzarse en pellizcos el delantero de la falda, y tirada en risa la cabeza atrás como una loca.

-¡Hasta lo... que no puede decirse! -replicole ella sin cesar de reirse y apenas esquivando de su alrededor la respuesta.

Borracha perdida. Por más que no necesitaba del champaña, la bella Sol, un tanto disconforme con sus veintisiete años sin boda, para estas ingeniosidades.

Concha, la dulce, habíase llevado casi violenta a Gabrielito. Le monopolizaba. Sin ser su novia precisamente, era como su predestinada de familia, desde antiguo.

Le retenía en el hueco de una ventana: allí dos sillas apartadas, algo fuera del infierno donde nadie se entendía con nadie.

-¡No me gusta, sabes, que estés con Sol!

Se admiraba Gabrielito. ¡La dulce! ¡La discreta!... También alegre. De otro modo, a él, sobre quien no tenía derechos, no osaría ponerle prohibiciones. Pero esta noche, sin saber a punto fijo si ello le placía. Concha mostrábale un bello marco sentimental de fuegos, de licores y de valsos.

-¡Tonta! ¿Por qué?

-Porque no. Es una coqueta... ¡y más que una coqueta!

-Bien. No volveré.

-Y además, ¡estoy muy triste!

-¿Muy triste? ¡Nadie lo diría!

-¡Muy triste! -repitió la morenita gentil, cuyo pelo partíase en bandas. -Lo que es fiesta para los demás, es pena para mí... porque se da en tu despedida.

-¡Bah, no! En alegría de mis padres, porque he acabado la carrera.

-Pero en despedida al propio tiempo... puesto que te irás a Madrid el mes que viene.

-¡Oh, quién sabe!

-A Madrid... a ejercer tu carrera... a no volver...

-Oh no, Concha, ¡quién sabe!... Yo mismo no lo sé. ¡Estoy tan a gusto en nuestro pueblo... me habéis recibido tan bien... que en estos ocho días que llevo aquí tengo mis

dudas, acerca de si le daré a mi padre con su plan en las narices! ¡Mi padre es el único obstinado en que me vaya a conquistarme un porvenir, tú lo sabes!

Brilló con tal ímpetu en la joven el dolor y la esperanza, que le cogió a Gabriel con las dos suyas la mano.

-Di, ¿Por qué no me juras que te quedas? ¿Por qué no me...?

No pudo seguir. Voces y siseos enérgicos imponían silencio. En el centro de la mesa y a instancias de Sol Villarreal, se había levantado el viejo poeta del pueblo, don Sebastián, para leer un romance compuesto en loor de Gabrielito. Claro es que se reclamó a éste a primer término; y como le llevaron a tirones, y le ofrecían tres damas otra silla, Concha quedó perdida entre la gente.

Logrado el silencio -si bien no en el pasillo ni en el frontero gabinete, donde las mamás predominaban- el poeta se caló las gafas y empezó a leer.

Concha no atendía. Desde el sitio que habíanla dejado, en una punta de la mesa, comparaba a Gabriel con los otros. Sólo él ostentaba, de frac, esta elegancia inimitable. Algunos, de levita; y la mayor parte de corriente y moliente americana... ¡Con qué trazas de brutos, los más!

¿Y dónde andaría Carballo?... No había vuelto Concha a verle desde primera noche. Le recordaba, porque le nombró el poeta, en alusión caritativa, pero justa, ya que el pobre era tan listo y buen estudiante como el propio Gran simpático. Renata e Inesita, las hermanas de Carballo, no ocultaban en las caras su contrariedad por la mezquina alusión del larguísimo romance.

Pero ¡bah!... Gabriel lo anublaba todo siempre en torno suyo, como un astro. Contemplándole Concha con arrobos, veía su figura de Apolo fuerte, atlético, lleno a la vez de imperio y de ternura, de enérgica arrogancia de león y de majestad inteligente; dudó que pudiera haber sobre la tierra un hombre más hermoso... Tenía veinte años, y la misma esbelta corpulencia perfecta que si tuviese treinta y cinco; el mismo aire desdeñoso, protector, acariciador... fuerte e irresistiblemente acariciador que un Don Juan «consumado»... Era fino y firme su mentón; sus labios rojos, puros como un caramelo al transparente, su bigote audaz, de sedas de la gracia; sus dientes deslumbrantes de húmeda blancura; su nariz brava y decidida; sus ojos claros, de azul de hortensia, leales y francos, con la franqueza osada indicadora de toda una vida poderosa, bajo la noble frente despejada que coronaba el pelo de ricitos de oro oscuro.

Tuvo una ovación el poeta, medio en guasa; pero él la agradecía con inocencia infantil. Se le dieron copas, y al estruendo se agolpó más gente por las puertas. Pidió alguien en seguida que dijera versos suyos Gabrielito, y le corearon todos.

No hubo otro remedio. Se levantó Gabriel, y se tendió un silencio devoto -porque el flamante doctor era, además, con su talento pasmoso, poeta, cronista, autor dramático, pintor... cuanto le diese la gana... ¡Qué hombre! Pero no recordaba más: quería al mismo

tiempo, siempre oportuno, contraponer la nota de la brevedad y la ligereza a aquella lata del poeta trasnochado, y únicamente recitó, con voz sonora, que era por sí sola una delicia, una cancioncilla, compuesta en Cádiz para un proyectado sainete:

Yo tenía en mi ventana
tiestos con flores;
hizo un frío una mañana,
y se helaron.

En el corazoncito mío
tenía amores;
y en una noche de estío
se abrasaron.

Ni frío ni calor
quieren las flores,
quieren el amor.

¡¡¡Viva Gabrielito!!! ¡¡¡Olé por el Gran simpático!!!

La ovación fue ahora un escándalo. Se le dio champaña. Tres damas que se le acercaron, con flores, de distintos puntos del salón, dejaron abandonados a sus respectivos caballeros; y de éstos, uno que lo entendía protestábale a un grupo, por lo bajo, de que «aquello fuesen seguidillas ni versos bien medidos»...

Concha, por su parte, molesta con tantas preferencias femeniles a Gabriel, deseó librtarle (¡oh cómo comprendía la dificultad de enamorarle!) de tales estrechuras y de su prisión entre audaces... entre coquetas... porque se le habían vuelto a rodear Sol Villarreal y Carolina Ostrogón, nada menos! ¡Ah, la tal viuda, suelta y, buena moza... aun teniendo en la fiesta a su don Luis... si bien éste allá por la otra sala, para el buen ver de su señora! Se dirigió, pues, Concha a la hermana mayor de Gabrielito, y le propuso volverse todos arriba, a continuar el baile.

Dieron la voz sobre el desastre de la mesa, en que mal quedaban cuatro dulces:

¡Rigodones! ¡Hala, las parejas!

Sirviendo de guías, y seguidas por las otras hermanas de Gabriel, salieron, subieron la escalera en avalancha.

Solamente Gabriel permaneció en la mesa con la arrogante Carola, con la viuda...

Quedaba una copa de champaña y bebían de ella, los dos, pequeños sorbos. Carolina hablábale a Gabriel con cierta confianza maternal, porque le trataba desde niño:

-Tú, Gabrielito... harás una solemne tontería marchándote del pueblo. ¿Dónde estarías, hombre, mejor?... Ve por mi casa, mañana... y todos los días, cuando quieras tú..., que no

has vuelto... y... ¡que no porque una viva sola es un lobo!... Digo... a menos que te lo parezca... yo... de puro fea y de puro vieja...

-¡Oh, usted... Carolina! -replicaba con su aplomo imperturbable, con su plena conciencia de dominio Gabrielito-: ¡qué poco miedo me dieran los lobos si fuesen como usted...Al contrario, temibles por...

-¿Por... qué?

-¡Por... otras cosas! ¿Quiere usted que se las diga?

Ella sonrió y se levantó:

-No, mañana. Yo voy arriba. Mira tú qué sandeces... Vivo sola, y solos estaremos en mi casa; ¡pero aquí, menos solos... nos criticaría la gente!

Salió y quedose Gabriel pensativo. No tendría Carlota los treinta años que ella pregonaba, sino treinta y seis o treinta y ocho... mas era una real moza. Y nada fácil, aunque alegre... ¿Había roto con don Luis?... No. Pero esta noche se le disputaban todas como nunca...

Una voz sonó a su espalda:

-¡Hola! ¿Qué haces?

Era Conchita.

-Nada, mujer. Pensando... que es casi seguro que no me iré de entre vosotros. ¿Te complace?

Concha se estremeció de alegría:

Oh, Gabriel... ¿De verdad? Dímelo, anda... ¡júralo!, ¡júralo!

-¡Casi que te lo juro, mujer!

Y Dios sepa qué nueva expansión de ingenuas caricias cortó, sobre el contento loco de ella, la llegada de un nuevo personaje.

Concha, turbada, a vuelta de algunas frases, partió. El que había llegado, torvo y silencioso, desde un rincón de la cocina, donde estuvo largo tiempo aislado de la gente, era un desdeñado pretendiente de Concha: Carballo. Traía el sombrero. Tenía sueño. Se despedía. Y se marchó -luego de aceptarle a Gabriel un reproche de huraño y un dulce.

- III -

Ocho meses apenas, y Villaleón era suyo. Nadie hubiera podido conquistar más en menos tiempo. Suya la mejor clientela. Suya la flor de las mujeres. Suya la simpatía de los casinos. Quizás, quizás andando el tiempo, le sacarían diputado... o, mejor dicho, sin quizás... tan pronto como le diera un poco por intervenir en la política.

La jaca hizo un asombro. La acarició Gabriel, refrenándola con palmadas en el cuello.

-¡Hola, Morita!

La obligó de nuevo al paso castellano. Un poco chica para él; pero briosa, bien cuidada.

Conocían el chocar de sus cascos en las piedras todas las muchachas. Había dado la consabida vuelta al salir: calle de San Salvador, Carolina... siempre entreasomada a su balcón de enredaderas para decirle: «¡hasta la noche!»...; calle del Real, la Leonarda, la maestríta, que estaba si cadía o non cadía...; calle de Atarazanas, Concha.

Bueno; Concha mostrábase un poco ofendida con todo esto de la viuda y las demás. ¡Era lo mismo! Si a él le habían retenido en el pueblo unas y otras, los suyos no eran huesos para este camposanto. Emigraría acaso antes de un año, ganándose una cátedra en San Carlos... casándose con alguna millonaria de Madrid... en el supuesto de que no se decidiera al fin por la política, a base de Villaleón, para escalar en las Cortes, con su oratoria fluente y su enorme simpatía, la subdirección, el ministerio... ¡quién supiese!

Entre tanto dejábase querer aquí, de ellas, de todos; y en cuanto tuviese calma, metodizada su vida, volvería a estudiar para la cátedra.

Porque, era cierto: ni un segundo libre. Durante la mañana, la clientela... Villaleón en masa, con rabia del Policarpo infeliz que había logrado media docena de pobretes, y con ira de los viejos compañeros torpes, a quienes trataba él en las consultas a limpio zapatazo...; ¡no sabían una palabra! Luego de comer, al Círculo de la Concordia, donde se le formaba corro para oírle en no importaba qué cuestiones. Nueva visita ligera de la tarde, el paseo a caballo, y las tertulias de las niñas..., y la vuelta al Círculo, después de cenar... Y a media noche por filo... desentendiéndose de amigos y admiradores... su Carolinita -hasta, el amanecer...

¡Qué encanto de viuda!... ¡Con don Luis y sin don Luis! Él, las noches, y todo el ardor de la fogosa... Don Luis, las tardes, hallándola sin duda harta, y para su bien, ¡el pobre viejo!... ¡Ah, cuando la maestríta cayese!... La gente ya lo daba por tan cierto como esto de Carola, de cuya casa habíanle visto salir en más de cuatro madrugadas... Además, se le quejaba un poco la clientela; ¡claro, con tal vida... ni lo encontraban los enfermos graves por la noche, ni hacía temprano la visita!... Todo se lo pasaban, por listo y simpático, no obstante. Ya se enmendaría. Tenía derecho a una temporada de expansiones, después de sus estudios... ¿Cómo, por otra parte, resistirse a tanta invitación?

Ahora iba, lo mismo que desde hacia tres tardes -siempre saliendo del pueblo por el lado opuesto-, a la huerta del Salazo. Quizás, debió permanecer junto a aquel pobre agonizante

para inyectarle cafeína... ¡Qué diablo de enfermos!... ¿No iba un médico a disponer de sus horas íntimas, de sus dulces secretos de ilusión?... ¡Y en cosa de ilusiones, ninguna como la Doria!

Hizo, al pensarlo, tal repeluzno de ventura, que se encabritó la jaca. La dominó y continuó, camino adelante, como hacia aquel lago cielo verde y rosa que había dejado el crepúsculo.

Pan comido, la Doria. Ciega por él. Resuelta. Pronto cadería... y valía más que la maestría y Carola juntas, cien veces. Pero ciega, ciega. Sabedora de que él no iba a casarse, le importaba tres cominos. ¡Bendito Dios! Una chiquilla propiamente que la Venus cuando joven, una virgen mismamente del altar...un cromó... y ¡para él!, despreciando labradores de su clase, bodas con catedráticos, como Alfredo Gil, tan listo; dinero que le ofrecían don Luis, don Justo-Antonio, Alfonso Caravaca... todos los ricachos!

Gabriel, que era un filósofo, fue largo rato meditando si no valdría en el mundo, más que las riquezas que tenían estos idiotas; más que el talento mismo que tenían también los pobres Policarpo y Alfredo Gil, fracasados, la hermosura natural que tenía él como nadie.

En Cádiz, por ejemplo, Policarpo matábase estudiando; él un poco apenas en el curso, por cumplir, y luego apretar de firme en Mayo; los sobresalientes, iguales; los premios, iguales...; mucho, debería de esto Gabriel a su despejo; pero más, quizá, a la irresistible simpatía que a los profesores les metía en el corazón.

Suspiró. Creyó que había para mujeres un nefasto adagio, que era cierto del revés para los hombres: «¡Oh, feliz del que nace hermoso!»... Y el hilo mágico de la felicidad le tornó a la Doria.

Sus padres, por quitarla del peligro, en cuanto llegó el que la volvía tarumba, mandáronla a la huerta con los tíos. Bastó que le sorprendieran su correspondencia con la niña. ¡Vaya una carta la que la cogieron, si fue aquella en que contestaba él a la cita que le daba Doria cuando llevase a cocer el pan en casa de la mujer del horno!... ¡Y qué tíos, además, estos hortelanos! Él, borracho. Ella burriciega y cayéndose de vieja. Mucho fuera que con cuatro cuartos a tiempo para vino, el buen Colás no acabara incluso por guardarles las espaldas.

Sin embargo, por lo pronto atenía Gabriel a la secreta y pintoresca esquila aquella de su Doria, mandada anteayer con un rapaz de la huerta. La sacó, dándose el gustazo de releerla a la última luz del crepúsculo:

«Me an traído al Salazo como sino si me quieres porque yo te quiero y peor si me se o ponen. Si me quieres ven entre dos luces Y rronda al rrededor. La primer noche que pueda me escapo a verte y tu me estaras en la halameda hasta las nuebe. No te importe los perros que son mansos que no hacen mas que ladrar si no saltas la tapia que no tienes que saltarla para nada.»

Besó la esquela. Guardó la esquela. Y tuvo que parar la jaca, porque le llamaba un hombre que corría detrás como un demonio.

Llegó. Era un hermano del herrero enfermo. Y el herrero se moría... se ahogaba, sin que supiera qué hacerse con él don Gregorio, el otro colega de Gabriel...

Maldiciendo éste de una profesión que así forzaba a volverse repentino desde un cielo a una muerte, partió con el hermano del enfermo, ya que no le pudo disuadir. Por el camino, trotando la Morita y el otro galopando, confirmábale el pronóstico fatal:

-La ciencia, Rufo, hasta cuando se declara vencida por culpa del destino humano, que no nos hizo inmortales, prevé el funesto desenlace de un modo matemático. Ya os anuncié que moriría esta noche.

La casa estaba llena de gente. Tratábase del herrero más querido en Villaleón, y el infeliz se ahogaba por segundos. Se le hizo paso a Gabriel como a un Dios. «¡Sólo él podría salvarle!» Animó al enfermo con aquella mirada azul y con aquella voz segura, que ya daban por sí solas la esperanza. Le inyectó éter.

Salió después a la cocina, y anunció ante el pobre don Gregorio, que a todo decía amén:

-¡Se muere! La ciencia nada puede ante un corazón destrozado... que se rinde, que se agota. ¡Oh, si fuese dable cambiar un corazón como una pieza de herrería! ¿Creéis vosotros?...

Le atajaron. Alguien había dicho en el portal: «¡Ya está aquí don Policarpo!...», y todos fueron en masa a recibirle.

El hermano del herrero se acercó a Gabriel, para decirle en disculpa:

-¿Sabe?... Como usted no parecía... le avisamos esta tarde. Cuestión de mi señora... desde que nos salvó al muchacho. ¡Ya ve usted que las mujeres!... Pero él no quiso venir hasta que usted no estuviese, y le hemos vuelto a avisar.

-¡Ah, bien, bien! -contestó Gabriel contrariado.

Nunca le había pasado esto. Salió al encuentro del colega, del compañero de Cádiz, y le pasó junto al enfermo.

-¡Velo! -le indicó.

Presenció con una risita de lástima el interrogatorio, el reconocimiento... que no acababa nunca. Pobre Rigoletto... (Gabriel le había puesto Rigoletto... burro sabio... porque no daba pie con bola en clínica, malgré su sabiduría); pobre Rigoletto... tanto examen para tener que decir que las liaba este hombre!

-¿Analizaron la orina? -preguntó con petulancia Rigoletto.

-¡No! -respondió ingenuamente asustado don Gregorio.

¡La orina! Gabriel ni contestó. Se alzó de hombros.

Un minuto después estaban en la sala para la consulta, rodeados por la gente. Gabriel hizo un discurso brillantísimo, al cual iba asintiendo don Gregorio. En resumen: endocarditis reumática, estrechez de la mitral... aneurisma pasivo de Corvisat, como terrible y presente consecuencia..., y defunción... antes que llegase el día, a pesar de todas las esparteínas y cafeínas... y trinitrinas del mundo... Dinamita...¿saben?... ¡Eso que les dije a ustedes que era dinamita!»

-¡Sí, dinamita! -recogió con algo de involuntario sarcasmo el nuevo compañero, por más que se había dirigido Gabriel a los parientes. Y a continuación, porque don Gregorio, del todo conforme, renunciaba a hablar, dijo Policarpo modesto y breve, pero firme:

-Señores, este hombre se asfixia. Su enfermedad me impresiona, más que como una cardiopatía, como un mal de Bright. La lesión, primitiva y principalmente al menos, está en los riñones, no en el corazón. Es de toda urgencia librarle de su enorme derrame de las pleuras si hemos de salvarle.

-¡Salvarle! -saltó Gabriel. -¡Derrames... en las pleuras!... ¡Vamos, hombre!

Peró su sarcasmo tenía un viso de terror. No era tan torpe para desconocer que, aturdido siempre con sus cosas, no había reconocido ni una vez con la necesaria calma al enfermo. Sin embargo, comprendió con rapidez que era tarde para no aferrarse con denuedo a su error, si lo había.

La discusión sobrevino acre, con aires de pelea. Mas como de una parte fallábase la muerte a plazo de horas, y de otra la salvación la familia se apresuró a aceptar el cuarto médico en discordia que propuso Policarpo.

Llamaron a don Antonio López. Opinó como Policarpo. -Un trocar hundido en el costado derecho del paciente, hizo saltar, ante los ojos foscos de Gabriel, un chorro de agua clara, como el de una mágica fuente maldita.

Una hora después, la leve operación terminó; casi un cubo de agua en un rincón, casi sentado y sonriente el enfermo, que respiraba con toda libertad, animadísimo... Y Gabriel, detrás de la asombrada concurrencia, abrumado de bochorno... contemplaba el cubo... mientras Policarpo había pasado a ser el dios del milagro indiscutible...

«Pero... señor, ¿cómo había podido no pensar en un tan estupendo derrame de las pleuras?...»

Y miraba el cubo.

Contemplaba el cubo.

- IV -

Se venía susurrando desde Julio; pero hasta estos días, ya en meses mayores la Doria y con los escándalos del padre, no fue la comidilla del pueblo. En La Concordia, como cuando traía la Prensa bombas o el asesinato del rey de Portugal, había gente a las diez de la mañana.

Un grupo de jóvenes en una mesa. En otra, solo, con los respetos de hermano del cacique máximo, don Heliodoro -o séase Jú, según llamaban todos, «por detrás», a este mastodonte con cabeza de sandía, y que acostumbraba a matizar sus charlas torpes con unos guturales jú breves y secos, como el gruñido con que un cerdo se interrumpe cuando come en el dornajo.

Jú, tomando una copa de coñac, informaba acerca de la Doria, fidedignamente, como hombre que, por su hermano, conocía al detalle cuanto tenía relación con la política o con la justicia del pueblo. Además era un alto moralista, aunque pudiesen creerlo los demás un bárbaro contento con beber, Y comer lomo y cazar liebres y perdices.

-¿Jú?... bueno... pues ahí tenéis que la Doria es una bestia y el padre un animal. Mira que a quién no se le ocurre tomar el cornezuelo... que ya veis si se lo hubiese dado Gabrielito... Pues, no, señor... ¡jú!... Por no bajarse a pedírselo, la imbécila... por más que, corno es natural, ya no la mirase Gabriel... pues ni apretándose el corsé... ¡tan fresca! ¡Es una caballería!... Y claro, el Padre, jú, enterado esta semana por la madre le dio a la chica una felpa que a poco más si la destronca... ¡jú!...

-Oiga usted, don Heliodoro -preguntó uno de los oyentes, desde la otra mesa-: ¿pero es verdad, al fin, que el padre se fue a ver al padre de Gabriel?

-Toma, claro, ¡pobre Alondro! ¡Es un animal!... ¡Mira que la embajada!... ¡Quiere que se casen! Primero le habló al mismo Gabrielito... y el Gran simpático... jú... ¡qué concho! me lo mandó por juncia... ¡es natural! Luego se le encajó con la misma copla al padre... sobre si responsabilidades, y si qué sé yo, y si había mediado o no promesa matrimoniesca... ¡Concho, jú, aunque la hubiese; pues no, que va uno a decirle otra cosa a una muchacha... antes!... ¡Qué barbaridá!... Pues, bueno, antier tomó el tren el Alondro, y ¡hala!, se me planta no sé dónde a buscar un abogado, que le dice que dé parte porque la Doria es menora... ¡Jú, recóilo con las menores... sabiendo más que Lepijo! pero el animal, va y qué hace, se vuelve y ¡pum! derecho al juez ayer mañana.

-¡Hombre! ¡Hombre! -comentaron en el grupo intrigados por el sesgo judicial de la cuestión.

Les calmó Heliodoro protectoramente:

-¡Ca, hombre, quiá! ¡Que si te gustan los peces! La cosa, claro, a caraperro de la ley, y suponiendo que supondrié... que supusiéramos que al Gran simpático se le probase el nene como suyo... ¡natural que le daba un disgusto! ¿Jú? Pero como no estaría ni medio regular que estas sotas de artesanías saliesen cada día jimplando por señores, ni menos ni más que si no tuviesen los señores que casarse con señoras, mi hermano, ¡jú!... Es natural, al juez, que vino a consultarle el caso, como todos, le mandó que mandase al Alondro a freír chicharras... Además, amigo, que aquí todo hay que sustanciarlo en política, ¡creo yo!... y si el Alondro da tres votos, jú, no iba mi hermano a ser tan burro que se indispusiese con el padre de Gabriel, que junta treinta y nueve: y allá que sepa cada Doria ser un poco menos...

Le interrumpieron:

-¡Sít... el Alondro!

Se le vio llegar, por la ventana. Se le vio entrar.

Saludó el Alondro lleno de recelo, y fue a sentarse en otra mesa distante, de un rincón.

Pidió café con leche, y hubo un silencio. Traía su traje pardo de las fiestas. Era pequeñín e inofensivo, y comprendíase bien que había entrado a esta hora en La Concordia, creyéndola sin nadie, para descansar en una de sus ingratas peregrinaciones desde la casa del juez a la del cura, a la del cacique... a las de cuantos pensara él que pudiesen aconsejarle o apoyarle en su gran tribulación. Pero revelaba en la faz el desaliento y todos le miraban con un respeto involuntario. Todos, menos Jú, que no tardó en increparle con su dura y fuerte voz de maza:

-Hola, Alondro... Se anda en el negocio de la chica, ¿eh?... Y qué, ¿vienes de ver a mi hermano?

La soez irreverencia de tal pregunta, en público, irritó al Alondro, que contestó con hosquedad:

-¡Sí que vengo!

-¿Y qué te ha dicho, hombre?

-Pues... m'ha dicho... ¡lo que valió más que no se le podía decir a naide si queara un poco de vergüenza en este pueblo!

-Hombre, Alondro, jú... -se revolvió Heliodoro burlón y desabrido-, miá que lo que te dices de vergüenza, quizás que tenga que ver con... algunas, más que con mi hermano... ¡Si no se la dejasen perder!... Jú...y haberlas educado de otro modo... ¿O tiene mi hermano la culpa?

-Quién la tenga, no sé yo... pero mos debían dejar pa veriguarlo a cá uno su derecho. ¡Me paece a mí!

-Nadie te lo quita, hombre. Si lo tienes, búscalo. Ya sé que estuviste a consultarle, a un abogado forastero. ¡Ganas de perder la guita!

-Como habré de dir al juez d'istrución, y a la Audencia, y a los diarios, y al mesmo rey s'hiciese farta.

-Música, Alondro... ¡te van a sacar los cuartos, jú!... ¡Déjate de cantimploras!... Si es menora tu hija, porque tiene diez y siete años, ¡figúrate si no habrá menores... lo mismo... en el mundo!... ¡Anda, mira que si todas se casasen!... Además; ¿qué vais a pedir vosotros, de engaños ni de ná, si hay quien dice que tu propio cuñado Colas les estuvo sirviendo de pantalla? ¿Es también menor tu cuñado... por un si acaso?

El infeliz enrojeció, tragó la nueva injuria y guardó silencio, bebiéndose el café. Se levantó en seguida y partió, triste y corrido, no sin saludar, brusco al paso:

-¡Queden ustés con Dios, señores!

Su dolor dejó por la sala un mudo aire piadoso.

Sin embargo, lo rompió brutal Heliodoro con una carcajada.

-¡Bah, éstos, lo que buscan siempre es que los unten!... ¡Y qué bruto, jú! ¡Mira que ponerse enfrente de mi hermano!... ¡jú, jú, jú!...

-¡Claro!

-¡Claro!

-¡Qué bruto!

Comentaron sometidamente humildes los del corro.

En Villaleón era incomprendible que «se moviese ni la hoja de un árbol sin la poderosa voluntad del máximo cacique.»

Y a tiempo se había marchado el Alondro, calle abajo. De la calle arriba llegó Gabriel. Traía un pequeño estuche de caoba, y pidió un ajenjo, en la mesa de Heliodoro. Solamente para la enorme simpatía del Gran simpático, borrábanse las vallas de distancias y respetos con caciques y hermanos de caciques. Verdad que él sabía como ninguno, contenerse, en cortesía.

En cambio, una consideración afable hacia Gabriel hizo que no se le hablase del «asunto.» Y que no le preocupaba, veíase en su arrogancia habitual, en su sonrisa confiada y seductora.

Despertó curiosidad el estuche. Iba a practicarle una importante operación a una chiquilla: hidropesía del vientre...

-Qué, ¿qué traen hoy los periódicos?

-Nada; política... y líos...

-Y una noticia, ¿sabes? ¿Lo has visto?... Alfredo Gil que ha estrenado una obra en Madrid.

-¡Sí, en un cine, pobrecillo! -protegió Gabriel. -Mirad, pues no creáis... ¡me alegro!... ¡El pobre Alfredo! Porque no es tonto... Pero, ¡ah, el teatro en Madrid!... Anoche precisamente estuve yo pensando una tragedia: Covadonga... una especie de grandiosa reconstitución del espíritu patrio, como ha hecho Gabriel D'Annunzio en Italia con La nave... También tengo planeadas dos comedias modernísimas, al modo de Benavente: una como Los intereses creados... otra como Señora ama, de costumbres del lugar... ¡Sobre todo, Covadonga, sería una cosa estupenda!

-¡Pues hombre... escríbela!

-Ya veremos, ya veremos. ¡A ver dónde hablan de Alfredo! ¿Lo trae también El Liberal?

Y tomando El Liberal, que uno se apresuró a acercarle, leyó Gabriel el suelto del estreno. -¡Pobrecillo! -volvió a sancionar piadosamente, porque era el suelto lisonjero.

Se levantó, recogió su caja, consultando el reloj, y partió hacia casa de la enferma.

Iba trémulo, pero heroico. Practicaría por vez primera la paracentesis. Odiaba por delicadeza y sensibilidad de temperamento la Cirugía, pero no dejaba de comprender, desde la operación del herrero (que hoy trabajaba en su tienda tan campante), que Rigoletto le iba pisando a él médicamente los talones. Le inquietaba la veleidad y como la alucinación del público ante los triunfos operatorios del otro, que ya le había cogido la mitad de la clientela... ¡Como si no fuese la Cirugía más bien de matarifes, a pesar de sus éxitos directísimos y rápidos! Se imponía la cátedra. Iba estudiando algo. Su ideal cifrábase en una clientela de gran ciudad, donde pudiera especializarla Medicina.

Y apretó el paso, en un esfuerzo de voluntad, ya que, entre tanto, no debiera dejar esta operación -a menos de seguir con Rigoletto la cuesta abajo de una desairada competencia.

Sí, justamente, él, que desde la noche fatal aquella de la toracentesis, no había dejado de soñar con hidropesías y derrames por todas partes, debía darse el parabién, por encontrarse al fin con éste de esta chica, para darle en la cabeza a Rigoletto.

Llegaba y sintió frío al ver tanta gente en la casa. Él mismo había cuidado de trompetear la operación. Era la pobre niña, delgadita, de un pastor. Tuberculosis. Tendría a lo sumo quince años, y aparentaba doce. Al verla ya tendida en la larga mesa, dispuesta una hora antes, volvió a reconocerla Gabriel... Sacó el instrumental. Quemó alcohol en jofainas, desinfectándolo; tendió gasas y algodones... Y la muchacha, que vigilaba todo esto, dio de

pronto un grito y sufrió un desmayo. Gabriel palideció. Los instrumentos temblaban en sus manos... y al volver la muchacha en sí, y oírla gritar desafortunadamente que a ella no la operarían... acabó el operador de desconcertarse por completo.

-¡Cómo, Herminia... antes tan valiente!

Sujeta de brazos y pies por la familia, Gabriel volvió a reconocerla. Hubiese dado media vida por saber si contenía agua aquel abombado vientre. Percutía, y la sensación de ola líquida no era clara. Al revés, el tumor parecía ahora macizo, pestoso... ¿quiste hidatídico?

Sudaba. Al fin, sentándose, a pretexto de que tomara la chiquilla un caldo con jerez, resolvió una cosa extraña: ¡que viniese Rigoletto!... «Mataba dos pájaros de un golpe: forzarle a presenciar la operación... y tenerle a mano por si acaso.»

Lo manifestó. Se suspendió todo hasta que lo buscasen. Cuando lo vio entrar, recobró Gabriel su confianza... ¡le habría abrazado!

Sí, ¿sabes?... Un caso de paracentesis...

Pero la chica está tan débil que temo el síncope... Vale más que estés tú aquí..

Policarpo, siempre concienzudo, reconoció a la muchacha. Pero desde la frente a los pies... ampliando sus tactos a ciertas intimidades que obligaron a salir a los hombres. ¡Movía la cabeza... Preguntaba... «¿Qué edad tiene? ¿Tiene novio?...» Últimamente se retiró a un cuartito con Gabriel, y le lanzó sin ambages:

-Gabriel, ahí no hay nada que operar. Esa chiquilla está encinta. Y de tiempo. Milagro será que no descuide esta semana. ¡Adiós!

-Pero... ¡Poli!

-Pero, ¡nada! ¡Lo que digo... y lo que tú puedes ver con sólo que!...

-Pero, ¡Poli! ¡Hombre!

-Nada... ¡Adiós! ¡Convéncete si quieres!...

- V -

-¡Contra! ¡Mirad!... ¡Un triunfo en la Zarzuela, de Alfredo Gil! -comentó Peña, el farmacéutico, en la reunión de La Concordia.

Se leyó. Le dedicaban los diarios sendas columnas. Nada de cine esta vez; y ovación, música de Vives, decorado de Blancas y Muriel... Obra ¡que le daría al autor dinero y nombre!

Gabriel palidecía. Él, en cambio, estaba fracasado como médico desde aquel último desastre con la pastorcita dichosa..., que ya tenía, lo mismo que la Doria, su chico en brazos. Apenas le quedaban, y por puro compromiso, veinte iguales.

Ni el recuerdo de su público y reciente y fugaz triunfo de amor con la maestría, servía sino para desazonarle de sí mismo. No obstante, al terminar de leer las reseñas de incondicional aplauso en los periódicos, él protegió con su sonrisa «al pobre Alfredo.»

E inmediatamente, desilusionado de la política, sin corazón, y de la Medicina sin entrañas, habló de literatura, del alto y serio arte dramático, de Covadonga...

Firmemente se propuso, desde pocos días después, compartir su actividad entre la preparación para la cátedra y la tragedia d'annuciana. Mas, gracias al ocio en que le habían dejado hasta sus aventuras galantes: porque horriblemente disgustada la maestría de haber sabido en seguida que se sabía «su deshonra», no le volvió a mirar, y se le desigualó con una carta de insultos; y despechada la viuda de Ostrogón por esta nueva infidelidad del amante (ella, que a fuerza de ser guapa la Doria, le perdonó lo de la Doria), se le incomodó y se le desigualó asimismo. Le quedaba apenas, Sol Villarreal... la baqueteada coqueta que hacía desear con tanta desvergüenza como habilidad -creíalo ella- a vistas de matrimonio...

Un contratiempo le estropeó tan bello plan de trabajo. Llegó un cinematógrafo excelente, y que traía además una atracción. Por las esquinas, cruzando vistosamente los carteles, pusieron otro rojo con el retrato de una estrella.

Y Gabriel, que no faltaba una noche, asistió pronto también a los ensayos de la estrella, por las tardes, en unión de los tres o cuatro consabidos que le ponían sitio, con sus rumbo de dinero, a cuantas virtudes ambulantes pasaban por Villaleón: don Luis, don Justo-Antonio, Alfonso Caravaca...

La Bicharraquito armó la gorda. Aunque un poco averiada, se pintaba como un ángel, y tenía postales y trajes caprichosos. Hacíales cara a los tenorios metálicos del pueblo (frase despectiva de Gabriel); pero se fijó en el Gran simpático. Fue un escándalo. Entre todos, respondiendo de la empresa, y en convenio con el amo del lujoso barracón (que aunque instalado para todo el otoño, traía sólo por diez días), en escrito documento le afirmaron por dos meses la contrata. A última hora, los más jóvenes la llevaban de noche a La Concordia; y hubo quien dijo que ofrecíanla don Luis y don Justo-Antonio, en competencia, cuarenta duros, cincuenta duros. Mas como ella ganaba cuatro diariamente, así que se vio garantida para sesenta días en su trabajo, se decidió por Gabriel.

Rindiérase o no la artista a los antojos de don Justo y de don Luis -pues esto permaneció en el misterio-, no fue por ello menos cierto que Gabriel, venciendo a todos, y único

además, «no comprendido en aquellas garantías», quedó como único y absoluto y bien notorio amante de la bella...

¡Oh, La Bicharraquito! ¡Oh, sus lujos de capas y sombreros! ¡Qué efecto en Villaleón! Jamás fue removida tan profundamente la conciencia colectiva. Primero, ante el impudor del Gran simpático, nada reparoso en lucirse con ella al balcón de la fonda, en la calle principal, iniciaron las familias una mancomunada protesta con deserción del cine, y hubo, a la vez, en los señores principales, entre don Luis, don Justo-Antonio, Alfonso Caravaca, Ramoncito Sánchez, un principio de desdén, de verdadero desprecio hacia Gabriel en los casinos... Sin embargo, como ellos justamente tenían la responsabilidad del contrato, y la necesidad de pagar si se arruinaba el barracón, a la tercera noche de entrada floja y al primer aviso del dueño, acordaron volver con las familias, dando ejemplo a todo el pueblo.

-¡Contra! ¡Como que saldríamos a dos mil reales cada uno! -había protestado Peña, el viejo boticario, metido por amistad en el compromiso, y... «sin comerlo ni beberlo».

Otro raro efecto causado por la presencia de la artista, fue la desaparición de la Doria, de la noche a la mañana.

La Doria, a quien se le había muerto el niño días atrás, había ido asimismo perdiendo la vergüenza. Salía a misa, últimamente, y al paseo, vistiendo como nunca. Pero sobre todo, desde que llegó el cine y se supo el lío de Gabrielito, no faltaba a las funciones por las noches. Con cuantos lujos podía, y con su estampa y su cara de bonita insuperable -más bonita por los trances que la habían redondeado en espléndida mujer-, dijérase que pretendía humillar a la elegante, mas también ajada bailarina... Eran risas nerviosas las suyas, al ver a La Bicharraquito «timándose» con Gabriel... Eran envidias mortales de aquellas botas de seda y de aquellas acampanadas faldas por las corvas... Y hoy, de improviso, enterado el pueblo por el simplón del Alondro, que ponía el grito en la luna, he aquí a las gentes pasmadas al saber que la Doria se hubo escapado de su casa a media noche, en el rápido... Probablemente hacia Madrid... a meterse también a cupletista... o a echarse del todo a la vida...

-¡Jú! ¿No te decía yo, Alondro?... ¡Si la que enseña la oreja!...-comentábale al padre (que había vuelto a pedirle consejo al cacique), el hermano de éste, don Heliodoro. Y le añadía: -¡Déjala va, hombre; qué guardia civil ni qué detenerla; no seas tonto! ¡Jú! ¡Si de todos modos es igual!

Se comentó el caso unos días. No se comprendía bien la fuga de la Doria sin cuartos. ¿Quién se los dio?... Por sus amigos y el cartero se supo que ella recibía cartas de Madrid desde tiempo antes. Tal vez Alfredo, el pequeño excatedrático. Relacionando antecedentes, dióse el supuesto por probable. Alfredo, que anduvo loco por la Doria, debió de haberla escrito al saberla deshonrada, o por piedad, y para casarse con ella, el muy bobo; o quizás mejor para tenerla, de querida, haciéndola cómica, ahora que él tenía mano en los teatros...

¡La Bicharraquito!... ¿Era posible que así trastornase a un pueblo honrado una mujer?... Hasta las hermanas de Gabriel, las más miradas, llevaban ya sombreros de pluma grande, como La Bicharraquito, a misa de once. Se transigía con ella. Se perdonaba a Gabriel, con

sólo haberse recatado un poco más en el balcón de la fonda, y devolvíasele toda su personal consideración de Gran simpático.

-¡Oh! -le comentaba Peña, el farmacéutico, al padre de Gabriel, paseando por la Ermita.
-¡En la vida no hay más que ser guapo, convéncete! Dicen que lo dice tu hijo: «feliz del que nace hermoso.» Y es verdad, al revés que en las mujeres... ¡pues ya ves, tocante a éstas, la pobre Doria!

-¿Sí? -rechazaba triste el padre de Gabriel. - ¡Veremos mi hijo, con su simpatía, cuando yo estire la pata y repartan los hermanos cuatro tierras! ¡Ojalá fuese tan feo como Alfredo, como Policarpo... y con lo listo que es, el mismísimo diantre!

Una mañana de invierno, fría y lluviosa, los carpinteros daban el primer destructor mazazo en el barracón que fue el alegre estruendo de la plaza tantas noches. El órgano de muñecos había partido dos días antes. La Bicharraquito también, contratada para Martos.

Y se aburría el Gran simpático, sin enfermos, sin querida, sin gana de estudiar ni de escribir la tragedia.

Fue un Diciembre insoportable. Viento, barro, nieve y rosario en las iglesias.

Bien porque hubiese Gabriel agotado las mujeres fáciles del pueblo, que le odiaban, además, tan villanamente abandonas unas por otras y todas por La Bicharraquito, o ya porque el escarmiento de escándalo que iba unido a las aventuras con él las contuviese, lo cierto era que no volvió a encontrar quien le quisiese.

Ni novias ni nada. Concha negábale el saludo, y Sol Villarreal, además de no recibirle, obligó a su tía a que las desigualase.

En Enero, Gabriel convenció a su padre (no sin trabajo) de que únicamente en Madrid Podía prepararse bien para oposiciones a una cátedra.

El viaje quedó acordado.

Y si no tantas precisamente como habían ido a recibirle, y a pesar del tiempo, dos noches después de Reyes, en la estación había, con los amigos, buen golpe de muchachas - incluso Concha- acompañando a las hermanas de Gabriel. Al paso, además, había advertido él detrás de los cristales a Sol Villarreal, y a la viuda de Ostrogón en su balcón de enredaderas...

¡Sí, aunque como médico no era de sentir, partía del pueblo algo que al fin le pertenecía orgullosamente! ¡Algo como un monumento de arrogancia y de belleza! ¡El Gran simpático!

- VI -

¡Madrid!

No lo conocía. Primero le pareció un Cádiz inmenso. Luego un Villaleón de cinco pisos. Y se preparó a conquistarlo.

Una fonda, calle Espoz y Mina, treinta duros, y veinte para libros y gastos al mes.

Aquí la vida era breve y rápida. De apariencias y de farsa. Comprose una chistera -un huit reflats- por ocho duros, y se puso una tarde de levita para visitar a la marquesa. No lo consiguió. El portero le dijo que tendría que solicitarlo por escrito... ¡Vamos, hombre...; en «audiencia» como si fuese él un cesantillo!

¿Y para esto había comprado su huit reflats?

Algunos estudiantes paisanos le acompañaron en los primeros días. Por ellos supo que la Doria, traída efectivamente por Alfredo Gil, se le había largado, así que se vio con cuatro trapos, a París..., y nada menos que con un conde... Supuso que Alfredo le odiaría, y no le buscó. Cortó, además, su relación con los paisanillos estudiantes y se encerró en la fonda a estudiar como «un becerro.»

Su frac, su chistera, su levita, yacieron colgados tranquilamente en el armario.

No salía ni al café.

Se compró una cafetera rusa, y... tuvo algo de «apaño» con una criadita de la fonda.

Todo... por no salir. Por estudiar, por estudiar.

Y estudiaba.

Pero a la fonda, de pronto, quiso el diablo que llegara una familia... de mil diablos. Un jugador, su amante, y la más que gitana hija de la amante. Tiraban el dinero como agua. Estaban de joyas hasta el pelo, y de la hija también hasta el pelo. La hija dormía falsete al medio con Gabriel y comía en la mesa al lado de Gabriel. Los «padres» querían pescarle a todo trance..., sin duda. Y una tarde le convidaron a automóvil, y una noche al teatro... Él quiso corresponder, llevándolos a Tournié una tarde, y le impidió pagar el jugador. «¡Cómo! ¡Estaría bueno que pagasen los hijos de familia!» Tenían, en fin, landó de abono, y acabó Gabriel por pasarse la vida en el landó...

Tres meses después, la tarde en que el exprés de Barcelona se llevó a esta gente, Gabriel, libre de un peso colosal, volvía de la estación de despedirlos. La gitana niña, Constancia, era su novia... y algo más. O, mejor dicho, «lo había sido», puesto que no pensaba ni escribirla, y hasta se mudaría de fonda -por si volviesen- sin dejar las señas de la antigua.

A esto se dedicó toda la tarde.

Al día siguiente estaba en otro gabinete de la calle de Cedaceros.

Vida nueva.

¡Qué otros tres meses perdidos! Consideró que faltaban veinte días para las oposiciones y se aterró. Imposible acabar de prepararse.

Resolvió firmar en las de médicos de baños. Volvía a estudiar como un loco; mas fuese por aquella obsesión de gustadas grandezas de automóviles, o por el corto plazo y la novedad de la Química, hacía un lío completamente.

En el primer ejercicio le asombró un encuentro: ¡Rigoletto!... ¿Cómo? ¿Había venido de Villaleón a la sordina, según él hacía todas las cosas? ¡Oh, Rigoletto! ¡También opositor! Se saludaron, mas no se buscaron en los días siguientes. Gabriel, por refregarle la grande simpatía que logró con rapidez entre los jueces, entre los mismos compañeros, llevó diariamente a San Carlos su huit reflets su levita irreprochable.

Creyó morir, sin embargo, al terminarse los ejercicios: Primer puesto... ¡Rigoletto!... Segundo... Tercero... Séptimo... ¡Nada, ninguno él, a pesar de su elegancia!

Yació tres días en la cama de la fonda como un muerto, como un tonto, como un hombre a quien Madrid, en nombre de la vida universal, le cerraba definitivas sus puertas... ¡Qué afrenta en el pueblo! ¿A qué volver? ¿Cómo presentarse a su familia?

Se tiraba de los pelos leyendo en los periódicos la lista de los opositores aprobados, con Rigoletto a la cabeza... ¡¡Qué diría Villaleón!!

Una carta de suicida le escribió a su madre. Le pedía por Dios que le dejasen en Madrid algún tiempo más, hasta que lograse, algo... algo...

Con la generosa respuesta telegráfica, a la cuarta noche, salió de casa y se fue a Apolo, donde había un estreno, como pudo haber ido al Viaducto.

Gran éxito. Aplaudían desde el principio, el alma poética de Gabriel se fue tomando de entusiasmo. ¡Esto era triunfar... y no la Medicina, con tanto hueso y tanta porquería! Recordaba los cou plets que él hizo en Cádiz: Yo tenía en mi ventana -tiestos con flores...» Temperamento de artista el suyo, fue sin duda un lamentable, error dejarle estudiar la... Y quedose estupefacto: llamado el autor, en ovación gloriosa, apareció en la radiante escena... ¡¡Alfredo Gil!!... una, diez... catorce veces...

-¡Seré escritor!... -se dijo esta noche en la fonda, con la fe ciega del que por fin acierta su destino.

Y trémulo, alzado en grandeza sobre el mismo Alfredo, cuya imagen de hombre flaco y chiquitín no se le borraba de los ojos, vislumbraba para sí un arte digno de las águilas... ¡D'Annunzio!... ¡La novela!... ¡La tragedia!.. ¡El alto periodismo!

- VII -

Ahora llevaba veinte días escribiendo su comedia. Le parecía mejor debutar con una comedia de costumbres, modernísima, en tres actos, que no con género trágico. Se había hecho socio del Ateneo y se pasaba en la biblioteca las horas. Leía a Shakespeare... Luego el teatro francés. Una noche, amigo, sin saber cómo, de un joven periodista, le leyó, llenándole de sincera admiración, la mitad del primer acto. El periodista le aconsejó que, puesto que tardaría bastante en concluir la obra, no estaría de más que «se fuese haciendo nombre en los periódicos». Buscó Gabriel en sus papeles, y halló tres cuentos cortos. Entonces, por no pedirle al reciente amigo el favor de colocarlos, y visto que no le recibían los directores de periódicos se acordó de la marquesa. Le escribió, incluyéndole la tarjeta de aquel amigo de su padre, y que lo era de la marquesa también.

Señalado para la entrevista un viernes, fue Gabriel. La marquesa no era vieja, como él se figuró; sino una rubia y casi bella dama de treinta años. Sobre todo limpia, ¡qué limpia!, y lujosa, y perfumada. Él se dijo ser autor dramático, y ella mostróse amable... ¡Ah, si una gran señora no fuese cosa de tanto respeto para un pobre autor como Gabriel, habríase prevalido del irresistible cielo de sus ojos! Azules también los de la marquesa, diríase que acariciaban. Ella se iba a San Sebastián al día siguiente.

-¿Usted no sale este verano? ¿No irá a San Sebastián?

-Sí, señora, tal vez -mintió Gabriel al impulso de la confiada «alternativa aristocrática» que parecía otorgarle la marquesa.

-Oh, pues si va usted... tendré mucho gusto en que nos veamos. No deje de buscarme...

Le dio una carta para Ruiz Montero, el exministro. La escribió de su puño y letra, en el lindo gabinete de sedas claras -y le llamaba en ella «mi buen amigo»- a Gabriel.

Triste Gabriel en su feliz aturdimiento, por no poder descifrar lo que estas galanterías de la marquesa pudieran significar para el plebeyo, y por no poder ir, sobre todo, a San Sebastián..., procuró «no atormentarse de nuevo con locuras»... Se atuvo a la carta, y luego a otra que le dio Ruiz Montero para el director de El Liberal; y publicó los cuentos... «Gratis, ¿sabe? -había dicho en el periódico-; busco nombre. No necesito de esto, para vivir, por fortuna».

-¿Quién es éste? ¿Quién es éste? -preguntaban en el Ateneo los jóvenes literatos, al ver por segunda vez la firma de Gabriel.

-Pues uno que viene arriba -informó el que ya le conocía. ¡Un hombre de talento, y principalmente, simpático!

-Sí; ¿sabéis que no están mal?

-¡Tienen un tono estos cuentos?

-¿Por qué no nos lo presenta?

Subió por Gabriel su amigo y lo presentó a la tertulia. Todos quedaron prendados de su arrogancia, de su elegancia, de su irresistible simpatía. Su voz era una música, y su talento muy claro.

-Tiene usted las condiciones todas para triunfar -sancionó uno de ellos cuando a la hora de cenar partieron juntos.

Y como acordaron ir al teatro, no escribió en su comedia Gabriel aquella noche.

A los tres días hablábase de tú. Entre estos hombres ilustrados no tenía Gabriel para qué adoptar los aires doctorales que en Villaleón. Se manifestaba como un juvenil camarada franco, y se encontraba con ellos «lo mismo que el pez en el agua.»

En una carta a su madre, expresó:

«Sí, sí, madre mía de mi alma: ya habréis visto en El Liberal mi nombre. Estoy en mi elemento. No se puede imaginar qué a gusto. Me quieren todos, y triunfaré, no lo dude. Yo no debí ser médico jamás...» Sin embargo, la engañaba, por el padre, añadiendo que «no descuidaba tampoco su carrera...»

Y le querían, en verdad, cuantos le hablaban dos veces.

Todo el Ateneo. Se hizo «el amo» y el «alma de la amenidad de las tertulias». Ponía una nota de vida y de frescura su presencia. Le llamaban Gabrielito y el Gran simpático, pronto prodigadas sus intimidades en derroche cautivante de franqueza. Por las siestas, le esperaban los del corro de sillones de la obscura y fresca galería de los retratos; paseaban por las tardes, y pasábanse las noches, al volver de Parisiana o Recoletos, en la Maison Dorée, hasta que casi amanecía. Claro es que acostándose tan tarde y levantándose a las doce, para almorzar y partir con los amigos, quedaron en suspenso la comedia y aun los cuentos. ¡No importaba! Lo esencial era cultivar las relaciones. ¿Qué más nombre ni importancia le diesen los periódicos que este trato directísimo con lo mejor de las letras? Hasta personajes, allí en el Ateneo: diputados, senadores, exministros campechanos... que le festejaban lindamente.

Hubo dos banquetes. Uno para un escultor, otro para un novelista americano; y brindó Gabriel con elocuencia. La Prensa citó, cariñosa, a Gabriel entre tantos ilustres comensales. -Porque se extendía la simpatía del Gran simpático fuera del Ateneo también.

En sólo un mes, y por más que la época no fuese la mejor, pues hallábase medio Madrid veraneando, las amistades de Gabriel con literatos, con periodistas, se multiplicaron al extremo de no poder dar, sin un saludo, cuatro pasos por las calles.

-¡Gabrielito!

-Hola, Gabrielito; ¿cómo va?

-¡El Gran simpático!

Lo mismo el director de un rotativo, que un político o un cómico de fama.

Mujeres también, de aquellas que convertían la Maison Dorée en jardín, a última hora. Sino que esto, incluso contando sobre la irresistible simpatía y las breves crónicas galantes que les dedicó Gabriel a algunas, en España Nueva, costábale algo caro. Coches, cenas, flores..., aunque nada fuese más, ni siempre triunfo completo; pero aumentando en los amigos (que de todas lo creían) la envidiosa admiración.

Al fin, una celebradísima beldad, la Matilde Irréis, se decidió por él y le lució en su milord a todas horas. Era alta, dulce, inteligente, tocaba la guitarra, pintaba crisantemos y se apasionaba por lo bello y distinguido.

Gabriel recordó con asco a La Bicharraquito.

Se le reproducía en Madrid la vida de Villaleón, pero sublimada en grandezas. Con un definitivo triunfo práctico, además; porque así como todos aquellos admiradores juntos del Casino de su pueblo no habrían podido hacerle ni siquiera concejal, sin la voluntad del cacique, cualquiera de éstos, a nada que se lo indicase, podría nombrarle redactor de un gran periódico, o diputado, de un golpe, sometiendo cien caciques a los puntos de su pluma o al rigor de su oratoria.

«Mamá, yo no sé si decidirme a la vez por la política. Tal vez me afilie con Canalejas...» escribió otro día. El éxito le tenía nervioso y exaltado, como si tomase diarias quince tazas de café de los cafés.

«Bueno, hijo mío; eso, tú verás -contestó su madre, ilusionada asimismo por la Prensa;- lo que sí desea tu padre es, que ganes algo, porque no tiene dinero.»

Y justamente la Matilde Irréis, aun en calidad de generosa, mientras estuvo por todo Agosto ausente su «editor», fue para Gabriel motivo de disgusto con el padre. Tuvo que pedirle pecuniarios suplementos... ¡Demonio con las cenas y las flores!... porque estas menudencias, al menos, no parecería ni medio bien que lo pagase la espléndida.

En Octubre, con el regreso del «editor» de Matilde, y de mucha gente, y con la apertura de teatros, quiso Gabriel reglamentarse. Desde el charolado carruaje retornó al eterno encanto aquel de los amigos; mas reservó tres horas cada noche, de vuelta de la Maison, para continuar la comedia... Se dormía a tales horas. Se resistía escribiendo hasta el saludo del sol, mal que bien, allá iban las escenas.

Era para Fernando Mendoza -ya también su conocido.

- VIII -

Pero otra nueva sorpresa, y por cierto formidable, le desconcertó igualmente este trabajo. En uno de los más lujosos trenes que reanimaban la calle de Alcalá, descubrió una tarde a la Doria. ¡A la Doria!... ¡Pero qué Doria, gran Dios!...

-¡Sí, la Doria! ¡Ésa es la Doria! -le manifestaron los amigos. -Sin duda llega de París. ¿Es la misma que decías?

-¡La misma! -confirmó Gabriel, aturdido por el fausto versallesco de ella y por su centuplicada hermosura.

Habría podido contestar que no... porque ¡cuán otra esta mujer que la hija aquella del Alondro! Comprendió que fuese célebre.

Pocas mañanas después, averiguados por Gabriel la casa y los hábitos de Doria, que vivía como una dama, subía al elegante primero de la calle Monte-Esquinza. Se anunció como «un amigo», sin anticiparle el nombre. Un lujo de duque, el salón. Doria apareció con una bata de duquesa y con el pelo suelto. Le pareció tan limpia como la marquesa, como Matilde Irréis... en esta impresión de limpieza que le obsesionaba como no vulgar en las mujeres. La escena fue de odios y recuerdos. Sólo que Doria, irritada, rebelde, no le echó... como creyó él que iba a hacer, o a arañarle, al ímpetu primero de sorpresa. La despreocupación seguía formando su carácter. Se sentó y acabó por sonreír con extraño diabolismo.

-«Bien... y ¿qué quieres? ¿Verme? Pues ven, hijo, si te place, de dos a tres por las tardes; no tengo más hora, y a ésa salgo en coche. ¿Qué quieres, que te vuelva yo a querer?... Pues hijo, ve si puedes; pero te aviso que actualmente mi cariño es algo más caro y difícil... Sí, sí, inténtalo, que será muy divertido; ¡quién lo duda!... Era guapa, y eras guapo y eras rico... ¡natural que tú me despreciases...!después! Por eso, nada de odio. ¡Te debo al fin este lujo!... Tú... o cualquiera: ¡qué más daba, si soy feliz y había nacido derecha para serlo!... Fíjate, pues: sigo guapa y sigues guapo; pero la rica soy yo. Mira, no me vengo de París con las... manos vacías... precisamente... (las tendió llenas de joyas...) y esta lanzadera me la regaló anteayer Alfredo... de quien no quise atender proporciones aceptables. ¡Oh, sí, han dado en decir, no siendo tú, que valgo mucho... y lógico parece que yo sea ahora quien, de ti, se digne ver si se deja conquistar!»

Gabriel partió con los ojos abrasados de belleza, pero sonriéndose a su vez de la infantil vengativa cándida que pronto caería en sus brazos.

A la otra tarde inició el asalto en regla, Doria, coqueta, consintiéndole al descuido ciertas confianzas, no le dejó terminarlo. Él suplicó, se enfadó, volvió a suplicar... Rabió de veras... «¡Ah, la casta heroína de su enojo que no lo supo ser de su virtud!»

Bien; querría decirse que debiera mudar de plan en las siguientes; con la cocota, romántico -como para la Matilde Irréis- A la cocota le placería el amor romántico que la inocente no tuvo... La cercó en idealidades y respetos, a prueba tenacísima del sonreír de burla triunfadora con que le iba ella escuchando, y sólo desistió cuando la oyó contestarle siempre a carcajadas:

-No, hombre, no. ¡Mira que a mí con idealismos!

Gabriel se desconcertaba. Terco, sin embargo, en otras tardes cambió la táctica, desplegando, sin tocarla ya ni la punta de los dedos, porque ella no lo consentía, cuadros de perversa seducción en fantásticos delirios...

-No, hombre, no. ¡Si ya ves que se de lo que estoy más harta!

¿Cómo hacer, entonces? El coche llegaba a llevársela con otro en lo mejor de los coloquios.

Continuó visitándola. Desfallecido, derrotado no sabiendo ya ni que decirla, limitábase a mirarla con la ternura dolorosa de perro fiel molesto.

Un primero de mes, al recibir el desdichado su dinero (junto con el de un plazo de arriendos de su padre), tomó, de los veinte duros de sus gastos, quince...; buscó por las casas de préstamos, y compró y llevó a la esquiva una sortija con chispas de diamante... Ella sonrió y la soltó en el tocador:

-¡Hombre... se la voy a dar a mi criada!

-¡Doria!

-¡Cómo! ¿Pero es que esperas tú... que yo me ponga eso?

La aguardaba el coche. Gabriel, que había venido jadeante y con retraso, salió detrás, sin el valor, al menos, de llevarse la sortija. Se fue a la fonda y consideró largo rato las dos mil pesetas del arriendo... ¡No! Le contuvo su honradez; le contuvo su bondad, incapaz de darle tal disgusto a la familia...; y le contuvo también, y sobre todo, la evidencia de que no convencería a la Doria, como tampoco Alfredo Gil con su lanzadera de brillantes, con una sortija más. ¡Sí, sí veíalo claro! ¡Ambiciosa y para el mejor postor, como todas las vendedoras de placeres!... Su misma venganza era una celeste música que se vendría con rapidez abajo si Gabriel tuviese lo que un conde... De hermoso a hermosa, perdía él. «Feliz del que nace hermoso... y con dinero», habría que adicionarle al adagio, por él tergiversado

para el hombre. Y para la mujer, otra forma: «Feliz de la que nace hermosa... y sinvergüenza...» Esta negativa condición bastábale a una hermosa para convertir en mina y triunfo su hermosura; mientras que a él, la suya de Apolo, le estaba siendo maldición que le estorbaba todas las serias empresas.

El fin de la ridícula aventura. Resolvió no verla más. Fue esta misma tarde a pagar el arriendo, por quitarse tentaciones... y halló que el señor que debía tomarlo estaba ausente de Madrid. No supo dónde meterse luego, sin un céntimo propio. ¿Providencial?... Trabajaría. Se encerró en la fonda y decidió emprender la conquista del nombre y la fortuna. Lloró su alma de poeta, enternecida por este irrevocable propósito de bien, y pensando en su excelente madre.

Pero la soledad y la fiebre de trabajo hicieronle pronto persuadirse de que adoraba a Doria y que su afán consistía en poder llevarla los dos mil duros, los dos mil acaso que le hubiese producido en un mes el estreno... Y la impaciencia le hizo terminar la comedia en quince días. Una cosa así como entre de Mæterlinck e Ibsen.

Salió, con su manuscrito una noche y recorrió tres teatros. Un brevísimo calvario, en cuya salida, al revés que en la entrada del infierno, leyó el *lasciate ogni...* terrible. El Español, la Comedia y la Princesa, avanzada ya la temporada, tenían estrenos de más. Cosecha de sonrisas, en resumen, por parte de los tres amables directores... sus amigos...

-¡Cá, hombre, no lo creas!- le comentó otro amigo literato. -¡Lo que hay es que tú no tienes nombre!

-¡Cómo! ¡Que yo no tengo nombre! -dijo Gabriel asombrado.

-Bueno, digo de cartel -repuso el otro, por no arrancarle la ilusión de que un nombre literario fuese el ser en Madrid personalmente conocido de las gentes, como Garibaldi, por ejemplo; y aconsejó, lleno de amistosa simpatía hacia el Gran simpático: -¡Como les llevases una recomendación de fuste, ya verías!

Gabriel se dio en la frente un puñetazo, recordando a la marquesa.

Se vistió su levita y su huit reflots y la vio a los pocos días. Siempre tan gentil... como extasiado al mirarle. Acordaron que ella escuchase la comedia, y la nueva tarde de la lectura, con té y brioches en el bello saloncito, observó el lector que la marquesa, ¡tan limpia, tan limpia!... le prestaba más atención a él mismo que a la obra... «El pasaje aquel de los carneros!...» hubiese podido decirle también ingenuamente. Pero su orgullo de autor quedó aplacado bajo su orgullo de hombre... de buen mozo... y no supo si alegrarse... ¡Qué limpia, qué limpia esta marquesa!

Le gustó, con o sin carneros, la comedia. Era lega, sin embargo, la auditora, y propuso una nueva reunión, con asistencia del director del teatro.

El jueves próximo llegó el de la Princesa al saloncito; mas con una hora de retraso, que forzosamente aprovecharon ella y Gabriel en intimar; prefirió que la llamase Josefina,

amistosamente, y dio detalles del marido, hombre demasiado de sport, a quien no veía a lo mejor en dos semanas.

-¡Hola! Qué bien nos hizo esperar. ¡Las siete! ¡Una hora justa! -increpó ella amable al director, cuando entraba.

-No, perdón; exacto, señora marquesa...; la cita fue a la siete.

Y como enseñaba en prueba la carta, ella tuvo que confesarse tan aturdida que hubiese avisado a Gabriel, «equivocadamente», para las seis.

Entendió Gabriel, y agradeció con una líquida mirada, que ella le recogió sonriente. «¡Bravo, suya una marquesa... y obra al teatro!» Temblaba, restituyendo a su brevedad primitiva el adagio para hombres, y asombrado de su total olvido de la Doria... ¡Ah, una marquesa... una marquesa!

Por mirarla, por ver que, en efecto, ella le estaba derramando siempre la ávida dulzura azul de sus ojos (¡feliz del que nace hermoso!) comprendía el autor que ni entonaba bien la lectura. El juego resultó tan evidente, que hasta el director de la Princesa lo advirtió..., y tampoco atendía gran cosa. ¿Fue por esto? ¿Fue porque no le dio Gabriel expresión a las escenas? ¡Bah! La cuestión estuvo en que sucedieron al final dos cosas raras: una, que el director «halló bellísimo el asunto de la obra, pero mal ejecutado», e indicó reformas, muchas reformas; otra, que no le importó a Gabriel apenas, aunque las reformas eran tales que equivalían a escribir de nuevo los tres actos.

-Ya sabe usted que yo recibo los jueves, a las seis. ¿Hasta el jueves?

-Hasta el jueves -prometió Gabriel, besándole la mano a la marquesa.

A las seis en punto, en cuanto llegó el jueves, estaba el dramaturgo en el hotel. Josefina le recibió completamente sola, todavía.

-¡Oh! Pero... ¿de veras le dije a usted que a las seis? ¡Si es a las siete! ¡Qué cabeza, qué cabeza!

¡Tan hermosa, tan artística! -arriesgó Gabriel, sentándose en un muelle diván, a invitación de la dama, como para... la escena del sofá.

Y a poco se tira una plancha, echando mano instintivamente a su cadena sin reloj, al hablar de horas. Al reloj, empeñado el lunes, le debía las cien pesetas con que tomó coches y butacas de teatro, en toda la semana, por buscar a la marquesa. Declaró que nada había hecho en la comedia. No sabía qué le pasaba, que le era imposible trabajar. Únicamente había releído los tres actos, y... tenía razón el director: mal planeados. Saltó una idea, de Josefina: «En la Abadía de los reverendos padres del Palmar, al pie de Guadalajara, alquilaban celdas. ¿Por qué el autor no se iba a una, a fin de escribir con la calma necesaria, lejos de los ruidos e inquietudes de la corte? Justamente ella poseía una finca allí, y quería llevar a sus niñas un mes, por indicación del médico». -Temblaba, temblaba Gabriel, ¡Qué

limpia la marquesa! Ofreció partir. Ahogado de emoción y de respeto, de miedo a malograr con impaciencias su ventura, no habíase atrevido ni a pedirle un beso en prenda a Josefina, cuando llegó la primera invitada.

Cuestión a resolver por Gabrielito en la soledad de su fonda y ante las dos mil pesetas del arriendo. Cuestión ardua, cuestión trascendental: ¿debía él irse al Palmar con siete duros, confesándole a la amada, aun antes de tenerla, que era poco menos que un mendigo; o al revés, continuar apareciéndosele en hombre de posición y de prosapia, sin más que utilizar «estos billetes»? Su padre los repondría. Él, cuando dominase el corazón de Josefina... ¡ah, de una auténtica gran dama, Grande de España! estrenaría en la Princesa y restituiría a su padre.

-Sí -terminó enérgico y en voz alta, de puro convencido. ¡Todo menos irme al Palmar sin dinero y sin un buen traje de campo... como el de D'Annunzio en el retrato aquel... Se hermanan tan mal el amor y la miseria!...

Su empresa era completamente d'annunziana.

Levantado tempranito al otro día, recorrió medio Madrid comprándose un traje de campo, polainas de cuero barnizado, flexible inglés con plumita de faisán, canana, cartuchos, bolsas, una escopeta marca Jabalí... y hasta un setter con cadena que llevaba por la Puerta del Sol un golfo.

-¡Se vende el perro, se vende!

El perro, quince duros. Pero elegantísimo... ¡Ahora, si cazaba o no cazaba... le era igual! ¡Él cazaba a la marquesa!... ¿Iba a andar regateando un... marqués amante-consorte?

A las tres y cuarenta y cinco de la tarde tomaba el tren. Ya instalado en la perrera el setter, miraba él desde la ventana la animación de los viajeros. Otros trenes acaban de partir. De pronto, divisó Gabriel a una mujer hermosísima que llamaba la atención de todo el mundo. La Matilde Irréis, y no teniendo él tiempo de bajar, porque iba a salir su convoy, la siseó discretamente:

-¡Eh! ¡Matilde, Matilde!

Acercose ella al estribo.

-¡Niño! ¿Dónde vas?

-De viaje, ¿sabes? ¿Y tú?

-¡Anda!... Pues de despedir a «mi editor.» Acaba de marcharse para Roma... y yo también me iré pronto...¡Digo, ahora que yo pensaba buscarte y que nos pasáramos un mes... ¡Quédate!

-No puedo.

-¿Vuelves pronto? ¿Cuándo? ¿Adónde vas?

Sonaba el pito. El diálogo se precipitaba.

-¡No sé, no sé! Mira... voy al Palmar, provincia de Guadalajara. Es un convento donde alquilo un cuarto, y que está por la estación siguiente a Alcalá. ¿Por qué no vas un día... antes de marcharte a Roma?

-No sé, no sé. ¿Dices que cae por Alcalá?

-Sí.

-¡Quizás vaya! Hablaban ya a voces, en marcha el tren.

Gabriel se dejó caer en el asiento, y... lamentó su ligereza. Sin embargo, sonrió. ¿Ligereza? ¡Bah, no iría Matilde y si fuese, por un día, su marquesa podría ver que era hombre a quien buscaban las mujeres!

Este vehementísimo deseo, indudablemente fue el que le inspiró la invitación... en honor de Josefina. Pero le pesaba, le pesaba... o...

En fin, no sabía si le pesaba. Y lo probable sería que ni volviera a acordarse Matilde.

- IX -

Gabriel había venido a reformar con calma su comedia.

A los ocho días no había empezado aún. A los diez, tampoco.

¡Qué limpia su marquesa! Tenía las rodillas mismas tan blancas como el seno, y los pies, como la lengua de dulces y suaves.

La inmortalidad y la divinidad debían de ser algo así como un idilio campestre con marquesa -en que el setter los seguía jugando con un grifón.

Ni D'Annunzio... ni...

Le parecía éste un país de príncipes y hadas.

De cuando en cuando llegábanle cartas de Villaleón, remitidas desde Madrid, como una tosca realidad absolutamente incomprensible. En una lo noticiaba su madre que Policarpo Carballo (Rigoletto), que se hacía rico a todo escape y compraba fincas, iba a casarse con Concha... antes de irse este verano al balneario de que era director... ¡Concha, bah! ¡Su exnovia!... A cualquier cosa le llamaban en un pueblo una guapa y una rica...

Rompía estas cartas que solía encontrar cuando volvía de noche a la celda, y no las contestaba siquiera.

Esta sentimental Josefina, apasionada hasta el delirio por «su Apolo», o despreocupada hasta lo inverosímil, se había traído servidumbre de confianza: el ama de la niña pequeñita, una doncella y un cochero.

Y la Abadía, era Abadía... pero una fonda en regla al mismo tiempo independiente. ¡Maldito si veía a los frailes para nada! La finca y la Abadía distaban un kilómetro. A no ser por previsión elemental, él pudiera haber instalado enteramente su equipaje en el harto más confortable palacete de su rubia. Pero no; se separaban generalmente por las noches, y tampoco Josefina venía jamás a la Abadía. Él la buscaba desde la hora de almorzar. Él se instalaba con ella. Coronas, escudos por todas partes: en el papel de cartas, en los platos, en las sábanas, en las camisas y en los alfileres con que se sujetaba Josefina las batas japonesas...

¿No era todo ello más que de él? ¿No era más suya y para siempre Josefina, que si fuese su marido?... Y más aún, sin contar con el frenesí de la blonda enamorada, mientras más testigos tuvieran de su amor en los sirvientes: del marido podría ella incluso separarse con un divorcio; del amante, nunca... sujeta por el «secreto de su honra.»

Si Gabriel fuese un miserable, y no un poeta, podría explotarla. Pero... ¡bah, al contrario! Cuando le invitaba Josefina a escribir, a trabajar, el pobre autor, tan pobre y tan noble en el fondo, incluso mentíala por altivez. Como al director de El Liberal, y movido por el mismo invencible sentimiento de no mendigar socorros o favores, decía que él «no necesitaba para vivir, del arte.»

Era el decoro de esta pasión, nacida y crecida entre blasones, y que no debía caer en pequeñeces. Algunas noches, sin embargo, viendo a su rendida amante rubia y rosa, dormir, alumbrada por el farol elegantísimo, él, se estremecía reflexionando que cuando volviesen a la corte y tuviera que alternar con ella entre grandezas, no le bastarían los veinte duros de sus gastos... Entonces meditaba escenas de la comedia y acariciaba el oro trimestral que hubiesen de valerle sus estrenos. Ganando tanto Alfredo Gil con su vil «género chico...»¿por qué no ganar doble en el «grande»y con otra dignidad?

Hubo, para mayor agrado, hasta sus nubes leves en este sereno cielo de ventura. Josefina era celosa, absorbente..., y él, no por mortificarla, sino por confirmarse ante ella en el papel de hombre acaudalado y pródigo, le refería sus últimos lances galantes:

-Sí; ¿sabes?... ¡La Doria! La sostuve antes que nadie, allá por mi país. ¡Yo la lancé como...

estrella!

-¡Ah!

Josefina conocía a la Doria de verla en los teatros con su lujo escandaloso. Se quedó muy grave, contemplándola en un antiguo retrato recortado, donde sólo había conservado Gabriel la cabeza, para suprimirle el traje de percal.

-Sí; ¿sabes?... y a la miss Pearl Saunders, ¿no la conociste? ¿La domadora de Apolo? Pues fue mi amiga también.

-¡Ah, sí!

De miss Pearl, no era cierto; Gabriel únicamente había ido una noche con ella a Tournié; pero se lo mentía a su marquesa, como a la sazón a los amigos.

Josefina le miraba sin hablar; seria, muy seria. Ocurría la sedente escena bajo un sauce, al borde de un pequeño lago artificial, esperando la hora del almuerzo, y ella conservaba con un mano en la hierba, crispadamente, el retrato de la Doria. Gabriel la admiraba, en tal eléctrica quietud, la atención de alarma dolorosa que mete más un amor en las entrañas; recordó a Matilde Irréis, y pensó cuán bien cayese aquí su presencia en teatral confirmación de semejantes aventuras... ¡Sí, sí, ella, de tren a tren, en la Abadía!... ¡Josefina con más o menos tardías noticias del paso de la hermosa, o viéndola quizá!... ¡Y aun tal vez violenta escena entre las dos de enamoradas!... «¡No vendrá!» -pensó en seguida tristemente; y deplorándolo, le habló de la Matilde, luego de sacar de la cartera su retrato.

-Mira... ¿la conoces?... ¡Otra amiga que sostuve! La Matilde Irréis.

A esta no la recordaba Josefina. La miró; aparecía sentada en un rústico sofá, vestida de blanco y con los brazos sobre el respaldo abiertos. Cruzó por su frente otra envidia de belleza. Sonrió y rompió los dos retratos. Estaba pálida. Gabriel besó las finas y blancas manos destructoras y arrojó a la hierba los pedazos, por sí mismo. Ni con una sola palabra comentó el trance la celosa pasional, que le habló inmediatamente de otras cosas.

El delicioso pensamiento, sin embargo, del encuentro de las dos enamoradas, quedó en Gabriel como una tentación. Nada más que con haber visto la efigie de Matilde, le abrazó luego en la siesta su marquesa con ansias nuevas locas... Pues el encuentro, o si no el encuentro, el paso fugaz de la rival por la Abadía, en la prometida visita de una tarde (y pronto sabida por la aristócrata celosa al verle en falta junto a ella), vendría a significar: para la aristócrata, la insensatez de pasión consiguiente, al saber que a él le asediaban las bellezas; y para la bella bohemia y generosa con coche de alquiler, la evidencia de que igual a él se le entregaban las lindas y rubias marquesas con trenes propios.

Sí, tenía esta noche Gabrielito la misma lúcida excitación insomne que si se hubiera tomado diez cafés de los cafés. Todo le hacía ansiar la aventura, incluso su naturalísima bondad: no haberle escrito Matilde, que tanto cariño le tuvo, y cuando ella se iba a Italia, lo

estimaba indigna grosería. Y cogió un papel (por cierto con corona de marquesa, en oro y en relieve -de tres pliegos que se trajo una noche para copiar a Josefina versos), y le escribió; no llamándola, precisamente por no poner de parte suya imprudencias voluntarias; pero sí diciéndola que continuaba aquí, en cumplimiento del deber que la fatalidad le impuso, haciéndolos encontrarse la estación aquella tarde.

La de este pueblo estaba cerca del Palmar. Y como se despertó Gabriel al día siguiente antes de las ocho, hora en que iba al cruce de trenes un carrujillo de la fonda, lo tomó y fue a echar la carta por sí mismo. Se había vestido aprisa y le duró dentro del coche el aturdimiento del sueño. Ya en el andén, le despejó la serenidad de la mañana; entonces se aterró y rompió la carta... ¡había estado loco sin duda! Los trenes se juntaron. Llenose la pequeña cantina de viajeros. Él, como única disculpa a la debilidad de su carácter, a la gran debilidad que le había hecho tantas veces cometer tantas imprudencias, se formuló un nuevo apotegma filosófico: «La jactancia de los secretos de amor, podrá constituir un social perjuicio, casi siempre irreparable; pero no un agravio, porque lleva rendido en el fondo un honor de orgullo para la perjudicada»... Además, sabía Gabriel que este perenne conflicto entre el orgullo propio y el perjuicio ajeno era demasiado fuerte para la mayor parte de los hombres: apenas habría algunos, bien raros, que no diesen, por uno u otro modo, a los cuatro vientos las más secretas deshonras de las pobres deshonradas...

Y una voz de ensalmo, de ensueño, de fantasma, cortó su elucubración:

-¡Hola, niño!... ¿Me esperabas? ¿Sabías...?

Se volvió Gabriel y se quedó espantado..., a punto de creer en Lucifer y en toda la telepatía: era, la que estaba delante de sus ojos, Matilde Irréis..., alta, blanca, negro el pelo, con un traje color eminencia, y la pluma del sombrero cayéndolo hasta un leve boa marrón que revolaba con la brisa... Pero la escala de sus asombros había llegado a la cima una hora después, en la celda, al ver que era de Matilde todo el equipaje que había transportado en la baca el cochecillo; venía por ¡seis días! (¡atiza!) ya definitivamente despedida de Madrid...

-No me esperabas, ¿eh?... ¡No me esperabas, ladrón!... ¡Y mira que sin escribirme... ¿Creías que iba a acordarme sólo con oírte «¡el Palmar!», en un segundo?... Bueno, te disculpo porque no sabías mi casa ahora... Ni yo tampoco la tuya; pero, buscando, buscando la hallé, y me informaron de esto... ¿A qué cartas en seguida, si perdí, en buscarte, una semana?... La mejor carta, yo... ¿no te parece?

Gabriel tuvo que aceptar a la bellísima viajera como una pesadumbre de gloria, de hechizo... No sabía qué hacer... Por lo pronto le enseñó los pedazos de la carta, que había conservado en el bolsillo «por respeto a la corona»... «Te había escrito, mira: la rompí porque tenía tu antigua dirección, ¿sabes?... Y además, yo te esperaba siempre, cada día»... Luego, y asimismo de un modo provisional, hasta que reflexionase, aprovechó una breve ausencia de Matilde en el tocadorcillo de la alcoba, y le escribió otra breve carta a Josefina: «Estoy ligeramente enfermo, alma mía, con algo de fiebre, y me quedo en cama hoy. Mañana, como siempre, te veré.» Al enviarla con un chico, se alegró de que nunca la marquesa (por conocerla los frailes), osara venir al Palmar... Y con tal respiro se entregó por todo el día a su Matilde... -encerrados.

Al anochecer supo que había enviado la marquesa a un mozo para preguntar por el enfermo. Dos veces: una a las tres y otra a las cinco de la tarde.

Al otro día pensó que acaso todo pudiera arreglarse sin violencias. Era viernes. Matilde iba a marcharse el lunes. Pretextándola que reformaba su comedia por la soledad del campo, o que necesitaba unas horas cada tarde para ir meditando y apuntando escenas, le podría dedicar diariamente algún tiempo a su marquesa rubia de su alma..., a quien le excusaría también la brevedad con la convalecencia de la fiebre... La primera parte, no sin extrañeza de Matilde, se salvó en triunfo. Y fue a la finca... solo, libre...; pero le falló el segundo intento: «Estaba en cama la señora marquesa y no le pudo recibir. «-¡Cómo! ¿Sabía ya algo?... Por si acaso, aturdido Gabriel ante el rígido portero, aparentó creerle... Después de todo, ganaba tiempo... y ojalá que el enfado durase así, al menos, por tres días.

Al otro volvió, igualmente por la tarde.

La finca estaba cerrada de puertas y ventanas. Un guarda le informó de que se había marchado, en el tren de las once, la familia.

Gabriel quedose frío. Luego, volviéndose lento al Palmar, se consoló. Era preferible. Evitado el escándalo, él se aguantaría hasta el lunes con Matilde -haciéndose el enojado también con la marquesa, haciéndose el loco, y ya vendrían en Madrid las dulces escenas... de explicación y de perdón.

Y los dos días siguientes fueron deliciosos, porque le contó todo a Matilde, enseñándole retratos de la aristocrática rival, y ella le agradeció el haber vencido, hasta sin saberlo ni pedirlo, a una marquesa.

- X -

Gabriel llegó a Madrid el lunes a las cuatro de la tarde. A las cinco se había plantado su huit reflats y estaba en el hotel de Josefina... que no le recibió. El martes no le recibió tampoco -y dejó una carta. El miércoles se la devolvieron sin abrir. Y el jueves, finalmente, la doncella que estuvo en el Palmar, le advirtió, por encargo de su ama, «que no volviera a molestarse».

Mas he aquí que el jueves también recibió una carta tremebunda: era de su padre, que noticioso de la falta del pago, por el dueño de las tierras, imprecaba al hijo duramente. En vez de mandarle la mensualidad, le remitía diez duros para el tren -advirtiéndole que si pensaba seguir en Madrid lo hiciese por cuenta propia; y Gabriel, con toda su alma tierna enternecida, lloró el disgusto de su casa y reconoció como hartito justa semejante decisión.

Le mataba la amargura. Hizo balance, y se encontró, de las dos mil, con mil cincuenta y cinco pesetas... Y la idea fue súbita, en uno de sus bravos arranques de nobleza: cogió un papel, confesó breve su culpa, prometió vivir de su trabajo, y aun restituir «la diferencia»

pronto; y metiendo en el sobre todos los billetes incluso el que acababan de enviarle, se marchó a escape al correo para enviárselo a su padre en valores declarados...

A la media hora, con su levita y su huit reflats, volvía por la Puerta del Sol con tres pesetas cincuenta en el chaleco. Su orgullo de Cortés que quema sus naves... se había quebrantado un tanto.

«¡Se vende el perro, se vende!» -podría, pregonar también, si no se le hubiese olvidado el setter allá por los campos del Palmar.

En último resultado, y para un apremio, quedábanle la escopeta marca Jabalí y demás arreos de caza.

Mas no se imaginó que los tuviese que vender tan pronto. Al segundo día dejaba por perfectamente averiguado que, entre sus valiosas relaciones con literatos, con directores de periódicos y con altos personajes, no había uno que le pudiese proporcionar un mal destino, ni una plaza de redactor... al menos con la prisa deseada. Por todos los chirimbolos le dieron treinta duros; esto es, la quinta parte de lo que le costaron hacía un mes.

Su esperanza se volvió hacia Josefina. El frac hizo en el Español, y en el Real sus últimos prodigios... La encontró una vez, por fin, la asaeteó con los gemelos, y ella no le hizo durante toda la noche caso alguno... ni para mal ni para bien. ¡Oh, ella que podría hacerle estrenar en la Princesa!

Un fatídico domingo vio dejarse empeñar la levita: nueve duros.

Al jueves próximo, el frac... cinco duros... ¡y éste sí que fue el último desastre!... «De... sastre» -sonrió Gabriel, haciendo todavía un chiste bien amargo.

Y se encerró en la fonda. El chiste era macabro. Arrancados la levita y el frac, de su elegancia de Apolo, era como si le hubiesen cortado a un águila las alas. Se sentía en derrota irremediable. En definitiva derrota, ante un triste porvenir. Veía sólo en derredor la hipocresía y la falsedad humanas -en amigos, en mujeres... Odió entonces su hermosura. Recordó a la Doria, y no podía olvidar a la marquesa... a la Matilde... Luego fueron por su mente desfilando todas las demás mujeres a quienes había servido de más o menos vivo capricho en una suerte de sensual prostitución... ¡en baja prostitución asquerosa y miserable, sin el grande amor siquiera, ni una vez, que era la vida y que yacía enterrado en su alma de poeta; -sin otra dignidad, en él mismo, que la de la ramera de burdel a quien se busca en bestia hermosa para un simple placer de los sentidos!... Así le habían tenido su marquesa, su Matilde, su Doria, su Carola, su Bicharraquito y su maestra y sus criadas del hotel...; así le habían sorbido los sesos y el tiempo, por guapo él... ¡oh, el Gran simpático!, mientras que el feo Alfredo conquistábase nombre y fortuna, y el feo e insignificante Rigoletto, director de baños, fuerte propietario a la vez, se llevaba con la Concha alma y amor que él no quiso... ¡Lloraba, lloraba el infeliz sobre una carta de su madre... única verdad de amor que le quedaba a él sobre la tierra!... «Vente, hijo mío... te puedes colocar de titular en cualquier pueblo de aquí cerca...» ¡Oh!

Mas ¿qué hacía en Madrid, ni cómo estarse? ¿Su carrera? ¡Literato!... Por hábito, desdichadamente, no era capaz de meterse a ganar tiempo, de mancebo de botica, y menos de lanzarse a una bohemia destrozada. En cambio, por nobleza, sería más incapaz aún, como quizás tanto granuja, de convertirse en chulo de la Doria, de otras, si no, por su estilo..., o de explotar en chantages a Josefina, aprovechando sus retratos y recuerdos...

Bien. Se iría a Villaleón. Refugiaría su derrota en cualquier inmediato pueblecillo, la boda con cualquier aldeana con borregos...

A la otra tarde, un destartalado simón, le conducía con un baúl menos que cuando entró en Madrid, y sin sombrerera de copa. Maldito si necesitaría frac ni levita para titular de un pueblecillo. A fin de comprar el billete siquiera de segunda, había vendido las obras completas de D'Annunzio... Iba dulcemente resignado; pero la fatalidad hizo, cruel, que encontrase en un soberbio milord a Doria con... Alfredo...! por la calle de Alcalá...

Sintió en el corazón la puñalada... ¿Le vieron?... Él se escondió... cual si esquivara de la mirada de ambos fealdades repulsivas.

«¡Infeliz del que nace hermoso!» -murmuró.

Y mientras el viejo cochecete siguió arrastrando con sus ruidos de herrería, él pensaba hasta qué punto no le hubieran de creer, allá en su futuro pueblecillo (adonde iba a enterrarse a los veintitrés años de por vida), cuando contase que había sido en este enorme Madrid el amante de celebridades y marquesas...

Súmesese como [voluntario](#) o [donante](#) , para promover el crecimiento y la difusión de la [Biblioteca Virtual Universal](#).

Si se advierte algún tipo de error, o desea realizar alguna sugerencia le solicitamos visite el siguiente [enlace](#).

